

Periodistas platenses y barras bravas

**La visión de los profesionales de los medios de La Plata
sobre estos protagonistas del complejo fútbol**



Tesista: Luis Alberto Rivera

Director: Carlos Giordano

Tesis de grado

Tesista: Luis Alberto Rivera

Legajo: 1799 (Plan 1977)

Domicilio: Calle 464 N° 3690 – City Bell

Teléfono fijo: 475-0524

Teléfono móvil: (0221) 15 – 566-0550

Correo electrónico: luiggirivera@hotmail.com

Título de la tesis: Los barrabravas en la visión de los periodistas de La Plata

Programa de investigación: Comunicación, Medios, Periodismo y Política

Director: Lic. Carlos Giordano

Fecha de presentación: 10 de julio de 2009

Sinopsis: La presente tesis surgió como el desafío de aportar nuevo conocimiento científico en el ejercicio del periodismo deportivo para abordar el cada vez más complejo espacio de las barras bravas en el fútbol argentino.

Instalados ya como un estamento más de cada jornada futbolística, estos grupos suponen un enorme desafío en el tratamiento de la información, asociada al miedo, a la connivencia con el poder y a la carencia de valencias importantes en su conocimiento.

En virtud de ello, me situé en el campo de investigación junto a los periodistas deportivos de la ciudad de La Plata, y se planteó como indispensable profundizar en el mundo de los barrabravas. Allí se pudo apreciar la idea original, corroborada en la presente tesis, de que se trata de universos muy distintos y que los primeros, en su ejercicio profesional, suelen hablar de un mundo que no llegan a conocer en profundidad.

Las palabras claves de este trabajo investigativo son: periodistas deportivos, barras bravas, fútbol, violencia, La Plata, temor, lugares comunes, información.

Contenido

<u>Introducción</u>	6
<u>La motivación de este trabajo</u>	7
<u>Los sujetos de la investigación</u>	9
<u>Objetivo de la investigación</u>	11
<u>Experiencias personales</u>	13
<u>La metodología desarrollada</u>	16
<u>Capítulo I</u>	19
<u>Los periodistas</u>	19
<u>Función del periodista</u>	20
<u>La evolución de la profesión</u>	23
<u>LA GRÁFICA</u>	23
<u>LA RADIO</u>	25
<u>LA TELEVISIÓN</u>	27
<u>LA FORMACIÓN</u>	30
<u>La comunicación hoy</u>	32
<u>El periodismo deportivo en La Plata</u>	34
<u>Capítulo 2</u>	38
<u>El fútbol</u>	38
<u>Aparición y evolución</u>	39
<u>Su desarrollo en Argentina. Significado en la modernidad</u>	43
<u>La presencia constante en los medios</u>	47
<u>La TV. La superprofesionalización. El fútbol que atrapa todo</u>	49
<u>Capítulo 3</u>	52
<u>La violencia</u>	52
<u>El fútbol, un fenómeno de opuestos</u>	53
<u>El fútbol como un escenario violento</u>	56
<u>La década del '70, la espiral de la violencia</u>	59
<u>Democracia, el florecer de las barras organizadas</u>	63
<u>Capítulo 4</u>	68
<u>Las barras bravas</u>	68
<u>¿Qué es un hincha?</u>	69
<u>Sus categorías</u>	72
<u>ESPECTADORES COMUNES</u>	73
<u>HINCHAS MILITANTES</u>	74
<u>LA HINCHADA</u>	76
<u>Adentro de una barra brava</u>	79
<u>Identidad, pertenencia y puesta en escena</u>	86
<u>Capítulo 5</u>	91
<u>Lo que se sabe de ellos</u>	91
<u>Cercanía y distancia</u>	92
<u>El temor omnipresente</u>	94
<u>La necesidad de no ser ellos</u>	98
<u>Los lugares comunes</u>	101
<u>LOS INADAPTADOS</u>	102
<u>LAS COMPLICIDADES</u>	102
<u>LAS COSTUMBRES</u>	104

<u>LA FINANCIACIÓN</u>	105
<u>LA ACCION</u>	106
<u>Conclusiones</u>	108
<u>Citas</u>	108
<u>Bibliografía</u>	108

Agradecimientos

No hay forma de no empezar por los afectos más cercanos. Ellos son los que soportan todo: alegrías, tristezas, tiempos compartidos, ratos que se pierden y se van para no volver, horarios que no se cumplen, planes que se deshacen por la obligación profesional.

Por eso, en primer lugar, a Sil, por caminar siempre a mi lado, por bancarme en todo, por soportar la difícil tarea de estar al lado de un periodista. Simplemente por estar, con todo lo que ello significa.

A mis viejos, porque además de educarme en la más absoluta de las libertades, siempre mantienen viva la llama del orgullo por el hijo que concibieron y moldearon.

A los colegas, que se abrieron generosamente para poder armar la columna vertebral de este trabajo.

A Carlos Giordano, por soportar estoicamente mi asistemática forma de trabajar y por sus sabios y oportunos consejos.

A Daniel Zambaglione, por su inmejorable aporte científico y por haber marchado juntos en esta historia.

A Miguel Russo, por honrarme con su amistad, por las correcciones aportadas y por abrir, generosamente, su preciada biblioteca.

A todos los que me dieron una mano, aun sin saberlo fehacientemente.

Introducción

La motivación del trabajo

*"El destino mezcla las cartas, y nosotros las jugamos".
(Arthur Schopenhauer)*

Hace más de veinte años que estoy ligado profundamente con los medios de comunicación. Gráfica, radio y televisión han sido escenarios habituales, en distintas etapas, del desarrollo profesional, vinculado siempre al periodismo deportivo y más específicamente al mundo del fútbol.

Por imperio de la tarea periodística, siempre la actualidad le ganó por goleada a la profundidad que generan los campos de la investigación. Y salvo en contadas circunstancias, como todo periodista corrí detrás de la noticia por el peso de su inmediatez y eso se llevaba puesto al resto.

En ese contexto, desde hace mucho tiempo el cada vez más complejo fenómeno de los barrabravas consume amplios espacios de los medios de comunicación masivos sólo cuando cobran protagonismo en forma de noticia: enfrentamientos entre distintas barras, choques violentos con las fuerzas policiales, peleas internas entre distintas facciones, apriete a jugadores, entrenadores o dirigentes, amenazas a periodistas, etc.

Antes y después de cada uno de esos acontecimientos, estos protagonistas desaparecen de la escena que pintan los medios.

Y como todo periodista nace hincha de un equipo antes de convertirse en profesional, hay vivencias de esa época que marcan la piel del periodista. Es mi caso, obviamente. Y en ese rol de hincha, hasta me tocó compartir espacios con los barrabravas y, tangencialmente, vivenciar sus costumbres, conocer algunas de sus relaciones intragrupal y asistir a un fenómeno que mucho distaba de los simpatizantes comunes que van a los estadios de fútbol.

El conocer, de muchos años de hincha, algo del perfil de los "barras" y de haberlo estudiado, desde otra perspectiva, en el ejercicio profesional, alimentó la curiosidad de entender cómo se establecía esta compleja relación entre los periodistas en su rol específico de contar sucesos y estos protagonistas del fútbol generadores de temor y rechazo.

El ejercicio profesional aleja, lenta e inexorablemente, al periodista del hincha. No ya en el sentimiento, que también se ve afectado, sino en el contacto cotidiano. Mucho más cuando se trata de grupos tan específicos y particulares como son los barras. Habitan sectores distintos: uno es de palco o cabina y el otro es de popular.

En más de veinte años de profesión, fui comprendiendo que en la mayoría de los casos, los periodistas hablamos de un fenómeno del cual no tomamos parte activa. Con la debida responsabilidad de cada caso, chocamos con un universo que no nos es propio. Y eso puede llevarnos a tocar superficialmente una realidad que es, por cierto, mucho más compleja.

Unir estas dos realidades, coexistentes día a día en este mundo desarrollado del fútbol argentino, me resultó muy atractivo para el campo de la investigación.

Y además, sonaba interesante la idea de generar un nivel de conocimiento específico que pudiera ayudar a la comprensión del fenómeno tanto para los periodistas en el ejercicio de su profesión, como para los estudiantes que inician el camino académico y que estarán vinculados al mundo del fútbol.

Los sujetos de la investigación

"Llega un momento en la educación de todo individuo en que se llega a la convicción de que la envidia es ignorancia, de que la imitación es un suicidio, de que toda persona debe tomarse a sí misma para bien o para mal como a su semejante".

(Ralph Emerson)

La investigación del presente trabajo tuvo dos aristas fundamentales en cuanto a sus objetos de estudio: los periodistas deportivos de la ciudad de La Plata y los barrabravas.

Mucho se habla y se escribe respecto del accionar de los caratulados o etiquetados por la prensa y por parte de la sociedad como barrabravas del fútbol argentino; término que estigmatiza hasta lograr la naturalización del concepto. Así como cuando el glosario futbolero remite a una acción de juego cuando se dice "posición adelantada" o a una conducta determinada cuando se dice "juego brusco" sin que nadie dude de sus significados, también remite a un individuo preciso la palabra "barrabrava".

A partir del enunciado como título de esta tesis, era ese primer grupo, el de los periodistas deportivos, el que obligaba a un estudio de campo inicial para saber cuál era la visión que ellos tenían de los segundos. Era menester conocer qué pensaban, qué sentían, qué representación les daban, qué conocían de sus costumbres y sus formas.

El segundo de los grupos representaba la posibilidad de abrirse a un mundo generalmente desconocido, justamente como elemento vital que sopesara aquel primer resultado del campo investigativo.

La primera parte de la investigación remite a un terreno que me era absolutamente natural: el del periodismo deportivo. Desarrollé la tarea de campo en un medio en el que no se presentaron mayores dificultades, donde tuve mucha facilidad de acceso a la información y donde se abrieron todas las puertas que fueron golpeadas. Podría convenirse que hasta los propios sujetos investigados fueron los que facilitaron la tarea investigativa.

La segunda fue totalmente distinta. Tuve que adentrarme en un mundo que no conocía y que generaba tanto la curiosidad del investigador como el temor a lo desconocido. No fue fácil la llegada y, de golpe, me encontré en un medio que claramente no era el mío y en el que había que sortear por completo todo tipo de trabas, como así también, convivir con el temor a episodios violentos.

Así como los periodistas me hicieron sentir uno de ellos, al fin y al cabo lo soy; los barras me marcaron todo el tiempo que los periodistas no les somos simpáticos y siempre convivió la idea de qué cosa oculta había detrás de esta investigación.

La interacción del que pregunta con el que responde tuvo dos aristas absolutamente opuestas: mientras para los periodistas es parte de un hecho cotidiano (aunque esta vez estaban extrañamente en el atípico rol de reporteados); para los barras, el que pregunta es automáticamente asociado con la pesquisa policial, el querer saber puede ser perjudicial para sus propios intereses. De allí, la facilidad de un campo investigativo y las constantes dificultades en el otro.

Objetivo de la investigación

*"La ignorancia afirma o niega rotundamente; la ciencia duda".
(Voltaire)*

La investigación tuvo un objetivo básico: tratar de generar nueva forma de conocimiento, basada en un método de investigación cualitativo y con una profusa tarea de campo.

Se propuso como objetivo indagar el fenómeno de los barrabravas como un hecho social ya instalado en el fútbol argentino y cuál es la visión, valoraciones y significados que les da el periodismo platense en su trabajo cotidiano.

Además, intenta generar nuevos conceptos para los periodistas a la hora de encarar el trabajo referido a la cobertura de los episodios generados por los denominados barrabravas en los partidos de fútbol de nuestra ciudad.

Asimismo, la reciente creación de la Tecnicatura Superior Universitaria en Periodismo Deportivo por parte de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata plantea además el hecho de nutrir a sus estudiantes de un material bibliográfico que no sea ya generado por investigadores provenientes de disciplinas como la antropología o la sociología, sino fundamentalmente de la comunicación social.

Sin despreciar en lo más mínimo el saber de esas ciencias, para un mejor desempeño del rol del comunicador, el conocimiento generado por los especialistas en la materia puede ser mucho más importante que los valiosos aportes que traen las citadas ciencias sociales.

Si se da por hecho, y el presente trabajo abunda en la afirmación, que los barrabravas ya constituyen uno de los tantos estamentos establecidos y fortalecidos en nuestro fútbol, pues entonces sonaba más que interesante inmiscuirse en esta relación dual entre periodistas y barras que parecen encontrar un único punto de contacto cuando unos producen un hecho noticioso y los otros deben cubrirlo de manera profesional.

¿Sabemos bien los periodistas de qué hablamos cuando hablamos de las barras bravas? Esa fue la pregunta que disparó el presente trabajo. Y a partir de la misma, se buscó analizar cada uno de los grupos, su eventual interrelación y arribar a la presentación de esta tesis con sus correspondientes conclusiones.

Partiendo de la base de que estamos ante un fenómeno etnográfico, donde las personas y los grupos son ejes centrales de la investigación, el criterio holístico invadía la escena con su fuerza poderosa.

Al mismo tiempo que si se trata de un fenómeno comprendido en su conjunto, sin detenerse en dividirlo o fragmentarlo, el objetivo de esta tesis no debía transitar por otro camino que el desarrollo del trabajo en todos sus frentes: los periodistas, los barrabravas y las intangibles conexiones entre ambas representaciones.

Experiencias personales

*"Muchas veces, cuando creemos estar realizando una experiencia sobre los demás, la estamos verificando sobre nosotros mismos".
(Oscar Wilde)*

Si hubo un elemento motivador para elegir este tema de investigación, ése fue el contacto personal que tuve con los barrabravas, primero en mi rol de hincha y luego en el ejercicio profesional del periodismo.

Hay episodios que me marcaron especialmente en esta cuestión y que actuaron como puntos de partida para intentar comprender este fenómeno social. Sobre todo, la visión que tenemos los periodistas (particularmente los platenses) sobre el mismo.

El primero de esos sucesos se dio en la faceta más pura del hincha: viajaba con el grupo de amigos con los que solíamos ir a ver a nuestro equipo todos los fines de semana, y por imperio de la situación económica lo hicimos en tren.

En ese mismo tren estaba la barra brava de mi equipo. De haberlo sabido, probablemente lo hubiéramos evitado por el temor que eso conllevaba. Aunque en esa época, mediados de los 80, también tenía algún costado romántico el compartir espacio con la "barra". Uno se sentía más protegido estando cerca de "los que iban al frente", ignorando por completo lo que se tejía por atrás. Aquel tren, que tenía como destino final Constitución para luego arribar, combinación de subte mediante, a Caballito, fue algo difícil de olvidar.

Bastan algunas anécdotas. Una fue ver al jefe de la barra brava pasando por todos los vagones, ofreciendo sexo ya que una chica complacía a todos en el primero de los vagones. Las condiciones eran tan delirantes como extremas: hacerlo delante de todos, con la camiseta de nuestro equipo puesta y al ritmo de la batucada que la propia barra generaba en aquel improvisado burdel.

La segunda fue en el largo túnel que une las estaciones de subterráneo Avenida de Mayo y Lima, de la Línea A de la ciudad de Buenos Aires. Ver a esa banda de forajidos romper cuanta vidriera tenían a mano invitaba a creer que no era cierto, a que se trataba más de una escena de una película que a una vivencia tan nítida como que caminaba pisando los vidrios de aquel saqueo. Un suculento botín consistente en costosas cámaras y equipamiento fotográfico era luego repartido con altruismo por ellos mismos, para luego hacerse unos pesos adicionales.

El tercero, tuvo lugar ya en pleno ejercicio profesional del periodismo, en una radio FM de La Plata, ubicada en las cercanías de Plaza Italia. Allí, yo era uno de los conductores del programa “*Fuera de Juego*”, que en determinado momento trató, con un intento de ser bien profundo y sin escatimar crítica alguna, la muerte del líder de una de las barras bravas de la ciudad. Al día siguiente, cuatro de los más representativos compañeros del fallecido, irrumpieron en la emisora con el propósito de romper todo y ajusticiar a quien se pusiera por delante ya que no compartían nada de lo dicho. Las explicaciones del caso y cierto oficio ganado en muchos años de tribuna evitaron la masacre, pero no un par de golpes que dolieron en el alma, pero mucho más en el cuerpo.

La última a la que haré mención se desarrolló en el lugar habitual de entrenamiento de uno de los dos equipos platenses. Todos sabíamos que la barra tenía un acceso casi ilimitado al lugar, al punto que circulaba con mucha fuerza el rumor de que algunos de sus integrantes directamente pernoctaban en el lugar. Y el trato cotidiano con gran parte del cuerpo técnico alentaba todo tipo de sospecha. Un día de entrenamiento, por una discusión presuntamente originada en la negativa a entregar ropa deportiva por parte de uno de los colaboradores del entrenador de entonces, el jefe de la barra discutió con esta persona airadamente, frente a un grupo de seis periodistas, hasta que en determinado momento sacó una pistola de la guantera de su auto y gatilló un par de veces, aunque felizmente esos disparos nunca salieron de aquella arma caprichosa.

Estos episodios sirven como marco referencial para saber hasta qué punto el fenómeno de los barrabravas no me ha pasado de largo.

De la época de hincha queda el recuerdo de cierta fascinación ilusoria que generaba aquel grupo de hombres fuertes, valientes y capaces de alentar en todo momento. De la profesión abrazada, queda las sensaciones del miedo, del apriete y de alguna amenaza encubierta que cruzó el trabajo de cada día y de cada escenario en que las barras bravas ganaron espacio periodístico.

En síntesis, desde que era un adolescente, etapa de mi vida signada por los fines de semana planificados para ir a ver a mi equipo, sentí una mezcla de admiración y curiosidad por esos tipos que alentaban siempre, que gritaban enardecidos y que, alguna vez, en una lejana estación de tren, se jugaron el cuerpo para protegerme de una eventual paliza de hinchas rivales.

Por eso es que, pese a temerles, no me era antinatural compartir con ellos algunas experiencias como las narradas. Fui testigo de momentos de extrema violencia. Vi cómo algún hincha caía mal herido por alguna represión policial o por un enfrentamiento entre

barras. Sentí el temor bien de cerca cuando me amenazaron. Siempre sentí que no tenía casi nada en común con ellos, salvo la camiseta que ambos decíamos amar.

Es más, despreciaba entonces y lo sigo haciendo hoy, cualquier atisbo de violencia contra el otro, la alternativa de agredir a una persona o el uso de la fuerza física para dirimir un hecho tan banal como vestir una camiseta de otro color.

Sin embargo, los barras han despertado una creciente curiosidad por intentar desentrañar eso que antes era fascinación y hoy podría definirse, antes del inicio de este trabajo, como de una mezcla simbiótica de desprecio y miedo.

La metodología desarrollada

*"Si no conozco una cosa, la investigaré".
(Louis Pasteur)*

El presente trabajo se inscribe dentro de la metodología de investigación cualitativa que Rafael Bisquerra explica claramente en su *"Métodos de Investigación Educativa"*. De su teoría, rescaté no sólo las técnicas a utilizar, sino fundamentalmente el concepto de que "el investigador es el instrumento de medida: todos los datos son filtrados por su criterio. El investigador debe adiestrarse en una disciplina personal, adoptando una subjetividad disciplinada" (1).

Dentro de ese paradigma, las técnicas utilizadas fueron la observación no participante, las entrevistas en profundidad y la observación participante.

Todas ellas fueron concebidas y utilizadas como una escalera investigativa. Cada una aportó sus datos valiosos, pero siempre exigió un paso más hacia adelante en la búsqueda de la cualidad investigativa.

La primera me abrió el abanico de un mundo (el de los barras) que creía conocer pero que me era absolutamente ajeno por un lado, y consolidó mis conocimientos de un mundo totalmente afín (el de los periodistas).

La segunda fue la de mayor importancia en la investigación ya que me obligó a separarme absolutamente de mis preconcepciones y meterme a fondo en el objeto de estudio de la tesis: mis colegas, dándoles el centro de la investigación y poniéndolos a ellos, para muchos extrañamente, en el papel de entrevistados.

La tercera me permitió cerrar el espectro de aquello que creía conocer y necesitaba indagar a fondo para poder comparar con el resultado de la segunda etapa del trabajo de campo.

Cada técnica tuvo un momento distinto en su utilización. Una primera instancia fue propicia para la observación no participante. No fue casual su elección. Fue la forma de tomar contacto con esa realidad que desconocía, también con aquella que me era natural, aunque inmediatamente exigió una instancia superadora: observar desde afuera no era suficiente, aunque la distancia física que esta técnica permite y que se adecuaba perfectamente a mis fines fue indispensable en el primer contacto con los barras.

Fueron estas primeras técnicas centradas en la observación no participante las que abrieron el camino de la investigación.

Una vez en el camino, habiendo sentido que la etapa estaba superada, llegó el tiempo de las entrevistas en profundidad. Como quedó expresado anteriormente, las mismas tuvieron un desarrollo asimétrico: mientras fue muy sencillo el ingreso en el mundo de mis colegas, las trabas fueron una constante en los primeros encuentros con los barras.

Esta técnica de la entrevista es de uso cotidiano en mi desarrollo profesional. Sin embargo, fue necesario apelar a una instancia más profunda para su utilización. Ya no bastaba simplemente preguntar, sino que era indispensable hacerlo en profundidad, buscando datos investigativos que enriquecieran la presente tesis.

Al cabo del trabajo, fueron más de cuarenta las entrevistas que me indicaron que era tiempo de retirarme del campo por haber llegado a una saturación nada teórica. Además, el abanico de profesionales y barras entrevistados era lo suficientemente amplio como para sentir que esta parte de la investigación estaba satisfecha.

Paralelamente, sobre todo en el terreno de mi relación con la barra brava propiamente dicha, empecé a desarrollar, enfáticamente, la tercera técnica utilizada que fue la de las observaciones participantes.

Como también expresa Bisquerra, “el diseño de investigación se ve reformulado a medida que avanza la investigación, se va modificando cada vez que se considere oportuno. Es de naturaleza flexible, revolucionaria y recursiva” (2).

Justamente fue esta característica la que me obligó a buscar una siguiente instancia de investigación.

Y si el terreno del periodismo deportivo podía depararme pocas sorpresas por ser mi hábitat natural, involucrarme en el seno de un grupo tan desconocido en su funcionamiento intrínseco era de enorme interés y hasta de cierta excitación investigativa.

Un primer contacto con un ex dirigente. Un primer encuentro con uno de los jefes de la barra. Un café con un contacto clave para abrir la llave de esa puerta infranqueable. Una prueba superada. Un secreto guardado celosamente para ganarse la confianza de los demás. Todo se fue desarrollando lenta y paulatinamente hasta llegar a lo que parecía imposible: entrar en el núcleo del grupo.

La estrategia fue la denominada bola de nieve: primero uno de ellos, después un par, luego otros, hasta que por fin pude adentrarme en el grupo y hasta compartir el lugar donde se reúnen, todo dentro de una complejidad siempre en aumento.

Sólo el aval de uno de sus jefes fue lo que permitió derribar las vallas que naturalmente se levantan cuando uno no pertenece a un grupo tan distante del hábitat natural de un periodista deportivo.

Esto me permitió participar de una manera muy especial en el armado final de la idea que después compararía con los resultados de la observación no participante y sobre todo, de las entrevistas en profundidad.

Capítulo I

Los periodistas

“Si no lo contamos, no existe”

(Lema de “Reporteros sin fronteras”, organización no gubernamental que defiende la libertad de prensa en el mundo y protege a los periodistas perseguidos por su función profesional)

Función del periodista

"Periodismo es difundir aquello que alguien no quiere que se sepa, el resto es propaganda. Su función es poner a la vista lo que está oculto, dar testimonio y, por lo tanto, molesta".
(Horacio Verbitsky)

El siglo XX ha sido, sin lugar a dudas, el siglo de los medios de comunicación masivos. Si los siglos precedentes habían sido dominados por el libro primero y por la prensa gráfica después como métodos excluyentes para la transmisión de mensajes con sus múltiples contenidos, la irrupción de los *mass media* en el siglo en cuestión hizo del periodista el detentor de un poder inimaginable años antes. En el uso de ese poder, el rol del comunicador fue creciendo paulatinamente hasta configurar hoy un escenario en el que todo parece tener fuerza de verdad sólo si se lo transmite por algún medio masivo.

Concebido inicialmente como un mero intermediario entre la realidad y el público, siempre y cuando fuera transmisor de un hecho que despertara interés en el receptor de su mensaje, el periodista es hoy actor de un fenómeno mucho más complejo.

Conforme la sociedad fue pasando de los sectores rurales a las pequeñas primero y grandes ciudades después, la comunicación se transformó no ya en un mero ida y vuelta de información con intereses comunes a emisor y receptor, sino fundamentalmente mutó hacia una enorme trama en la que el ejercicio de la información se da la mano y choca al mismo tiempo con el gran negocio de la empresa informativa

Aquella vieja dicotomía prensa o empresa ha quedado desactualizada. Las dos conviven en un mismo escenario como las viejas máscaras de la comedia y la tragedia en el teatro.

Asistimos hoy a una superación del debate periodismo o negocio. Los medios venden las dos cosas porque están estrechamente ligadas. Para el público son una manera de acceder a la información y para los avisadores un canal para llegar a las audiencias. Sin torcer la ética, el manejo de la información es un bien socialmente necesario; los medios también venden un proyecto político que puede ser la defensa de los valores democráticos en los que se sustentan y los periodistas deben batallar para que este precepto sea una verdad a diario.

Al mismo tiempo, el rol pasivo del consumidor de medios ha quedado en el pasado, generando desde su posición la agenda de los medios y hasta produciendo contenidos. Ya no es solamente el comunicador el único poseedor de la información sino que se reconfigura a diario mediante lo que se ha dado en llamar el periodismo participativo o Periodismo 3.0.

El periodista es hoy un poco de todo: genera la noticia, la contrasta, mide su respuesta en el público receptor y hasta es el agente de su propio sostén. Al periodista moderno no le alcanza con saber relevar adecuadamente sus fuentes de información y redactar correctamente una nota, sino que debe ser además, su propio productor, editor y publicista.

Por lo tanto, el rol del comunicador, en cuanto a transmisor de información con interés público, ha dejado de ser una relación lineal y simple con su receptor, para transformarse en un fenómeno de consecuencias todavía no estudiadas hasta una conclusión rotunda, como se verá en el apartado 3 de este capítulo.

Lo ratifica M., de 42 años, periodista deportivo de nuestra ciudad: “Hoy estamos en un grado de tal intensidad con los oyentes, que, muchas veces, a partir de sus mensajes o de sus opiniones, tenemos que orientar nuestro trabajo cotidiano. Si la gente nos lleva en una dirección y nos parece importante, no dudamos en ir hacia ese lado”.

Dentro del periodismo deportivo en particular, el profesional de los medios de comunicación se ha convertido en un individuo que puede dominar todo. Maneja información específica, analiza las variantes de cada juego, establece patrones de análisis, hasta hace de director técnico cuando su voluntad lo exige. Pero opina, por sobre todas las cosas, opina. El peso de la opinión se ha convertido en el más poderoso elemento de acción cotidiana de la profesión.

Reservado tradicionalmente a espacios en apariencia más serios y trascendentes como el periodismo político, por ejemplo, hoy asistimos a una creciente influencia de los comunicadores en el amplio espacio del deporte.

Bastará con sostener enfáticamente que A está peleado con B, para que el primero ya no sea bien visto por el grueso del público, sobre todo si B goza del beneplácito popular. Un ejemplo concreto. Juan Román Riquelme gozaba de adeptos y de críticos casi en porciones iguales a partir de su especial forma de jugar al fútbol. Podría convenirse que el público en general y los periodistas deportivos en particular, lo amaban o lo despreciaban. Su polémica renuncia a la Selección Argentina disparó el descrédito de aquellos que lo valoraban y su sola oposición a ser parte del equipo nacional derivó en una crítica popular terminante.

Éste es el poder del periodista deportivo de hoy en día. Además, su creciente participación dentro de los medios ha originado un nuevo fenómeno: la popularización de disciplinas antes ignotas para la gran mayoría.

El estandarte de este acontecimiento cada vez más trascendente ha sido la televisión.

Definido rotundamente como un pueblo futbolero, el argentino descubrió, gracias a la acción de los periodistas deportivos que de repente existían deportes como el golf, el tenis o el rugby.

Las hazañas golfísticas de Roberto De Vincenzo en los 60 no tuvieron ni por asomo el despliegue mediático, y por ende su correlativa repercusión pública, que sí merecieron los notables triunfos de Ángel Cabrera en 2007 y 2009 cuando ganó el Abierto de los Estados Unidos y el Masters de Augusta, respectivamente. La explicación cae por su propio peso: para Don Roberto, apenas hubo un enviado que lo seguía en sus torneos; para el cordobés, hubo transmisiones en vivo y en directo a través de una señal de TV por cable y sus logros fueron tapa de la mayoría de los diarios nacionales.

Guillermo Vilas, a partir de su impresionante militancia en el circuito mundial de tenis armó una verdadera revolución, haciendo que miles de chicos tomaran una raqueta con sus manos para imitarlo y otros tantos padres los acercaran hasta algún club para que jugaran a ese deporte hasta entonces “de oligarcas”. La explicación no admite segundas lecturas: fue a partir de su notable exposición en los medios, tanto fuera como un soberbio jugador de tenis, tanto como un hombre de perfil alto, poeta, rockero y pareja de mujeres muy deseadas, que construyó su estatura de mito deportivo.

Hay un dato estadístico que asombra al respecto: Vilas fue el deportista no futbolista que más veces salió en la tapa de la revista El Gráfico, reservada sólo a los protagonistas más destacados del deporte nacional, con 40, contra las 133 de Diego Maradona.

La última referencia es al rugby. El mundial disputado en Francia en 2007 marcó picos de popularidad impresionante para un deporte tradicionalmente elitista. Las hazañas de Los Pumas en esa copa del mundo y su creciente aparición en los medios de comunicación hicieron, entre otras cosas, que los clubes de rugby de todo el país recibieran el doble de jugadores de los que recibían anualmente.

En ese contexto, el comunicador desarrolla su tarea profesional y su rol específico. Con un agregado de enorme peso: a diferencia de otros rubros, en este campo de la comunicación, el periodista deportivo trabaja con información que ya no sólo sirve para abastecer la necesidad informativa de su público, sino que la misma conlleva una indisimulable carga de pasión y sentimiento difícil de comparar con otras cuestiones. Al hincha le va la vida en cada acción de su equipo. La ofensa es imperdonable. El elogio, muchas veces, no alcanza.

La evolución de la profesión

“No escribo donde quiero, pero nunca escribo lo que no quiero. Toda forma de expresión es buena si se entiende, si dice todo lo que siente quien la escribe”.
(Dante Panzeri)

Si el siglo XX marcó la preponderancia de los medios de comunicación, también fue el lapso en el que el periodismo pasó de ser una ocupación privilegiada de unos pocos a una actividad masiva, apetecible y cada vez más compleja. Es en ese marco en que el periodismo deportivo mutó de ser un rol más dentro de las redacciones para convertirse en una especialidad cada vez más definida, al punto de que hoy asoman las escuelas de periodismo deportivo con mayor frecuencia e impacto en cuanto a oferta educativa que aquellas tradicionales de la comunicación social.

La demanda creciente de los adolescentes que se sumaban al ámbito universitario y que pedían por la carrera de periodismo deportivo trajo aparejada una decisión histórica: la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata decidió, siendo pionera en toda Latinoamérica, crear la carrera bajo la forma de Tecnicatura Superior Universitaria en Periodismo Deportivo.

“Una para ponerse contentos: por primera vez la educación pública se ocupa de una profesión a la deriva” señaló el periodista Pablo Llonto en la revista *Caras y Caretas*, dejando implícita la idea de que esa carrera debía generar “una masa de periodistas capaces de olvidarse del éxtasis de un camino prometido hacia la fama, apostando a la búsqueda del pensamiento crítico, y mucho más rumbo al estimulante ejercicio de saber contar las cosas” (3).

Esta afirmación remite a una incógnita respecto a cuál ha sido y es el verdadero perfil del periodista deportivo actual. Para ello, es imprescindible saber de dónde viene esta especialización, cuál ha sido su evolución y cuáles son sus principales valencias como para comprender el fenómeno actual que deriva en que la educación pública lo tome como una variable educativa de mucha preponderancia y que un reconocido colega alerte sobre la necesidad de forjar mejores profesionales.

LA GRÁFICA.

El periodismo en general y el deportivo en particular, nació de la gráfica. Más precisamente de los diarios. Para encontrar una primera crónica hay que remontarse hasta 1867 cuando en

el diario *The Standard* se animó a publicar unas líneas sobre los primeros partidos de fútbol que se disputaban en Buenos Aires.

Pero fue *La Nación* el que se impuso como el pionero de la cobertura deportiva al ser el primero en tener un enviado especial en el exterior para cubrir un acontecimiento deportivo. Fue en Montevideo, en 1903, cuando el diario de la familia Mitre mandó un periodista al partido que significó la victoria de la selección de fútbol del Uruguay sobre Argentina por 3 a 2.

Unos diez años después, fue *La Razón* la que creó una sección especial dedicada al automovilismo. Y si bien su atención inicial estuvo basada más en lo industrial que a lo estrictamente deportivo, la semilla ya estaba sembrada.

Fue el diario *Crítica*, de Natalio Botana, el que rompió todos los moldes al revolucionar el mercado gráfico de la época con un estilo nuevo, muy popular, donde el deporte tuvo mucho más espacio que en las páginas de sus competidores.

"Diario ilustrado de la noche, impersonal e independiente", *Crítica* alcanzó su apogeo en 1927, cuando llegó a vender alguna vez casi un millón de ejemplares diarios, en una ciudad que tenía menos de tres millones de habitantes.

Y mientras los diarios iban creciendo en calidad y cobertura periodística, se gestó el hito de la prensa gráfica del periodismo deportivo: la revista *El Gráfico*.

Creada en 1919 por Constancio Vigil como un semanario de interés general, ya en su tercer número le dedicó su primera tapa al deporte, con una serie de fotos de un campeonato argentino de tenis disputado en Buenos Aires.

Años después se convirtió en "la biblia del deporte". Y durante 80 años fue la publicación más influyente del periodismo deportivo argentino, destacándose por la excelsa calidad de sus escritores y por sus coberturas en el exterior, siguiendo entre otras las campañas de Juan Manuel Fangio y Carlos Reutemann en la Fórmula Uno, de los distintos boxeadores que lucharon por títulos del mundo, copas mundiales de fútbol y Juegos Olímpicos, de Guillermo Vilas en el circuito de tenis y las giras internacionales de los equipos de fútbol.

Fue el que innovó la cobertura futbolística incluyendo las calificaciones individuales a los jugadores y marcó récords de venta como cuando Argentina se consagró campeón del mundo de fútbol en 1978 y 1986, con 595.924 y 690.998 ejemplares, respectivamente.

Ser la tapa de *El Gráfico* era, claramente, ser el mejor del momento. Tanta era su influencia y su jerarquía.

La aparición de *Clarín* en 1945 y sobre todo la de *Crónica* en 1963 completaron el espectro de diarios con marcada presencia en sus páginas de las crónicas deportivas, al punto de implantar un suplemento especial en un par de días primero y diariamente después.

En 1974 aparecería Diario Popular con una impronta muy marcada en la cobertura del deporte y específicamente del fútbol, en una etapa ya de profesionalización absoluta que derivaría hacia 1996 en la creación del primer, y hasta aquí único diario deportivo del país, *Olé*, consecuencia directa del creciente mercado que ganaba el periodismo deportivo, sustentado en un público que siempre quería un poco más.

LA RADIO.

Si la prensa gráfica fue la pionera de la cobertura periodística vinculada al deporte, aunque más justo sería el concepto si se lo amplía a toda la actividad de transmisión de noticias, surge con fuerza de verdad revelada que fue la radio la que lo hizo un fenómeno de masas.

Fuera por la facilidad de penetración que tenía es mágico aparato en sus comienzos, o bien por la universalidad de su llegada (ya no era necesario saber leer para estar informado), como también por la magia que generaba la recreación mental en el público de aquello que le contaban, la radio fue una revolución cultural que llevó el mensaje periodístico hasta los más infinitos rincones del país.

El 14 de setiembre de 1923, apenas tres años después de la creación de la radio, se produjo la primera transmisión deportiva y atrajo a gran parte de los sectores populares, probablemente sólo representados hasta entonces por el diario *Crítica*, con la épica pelea por el título mundial de box, pesos pesados, entre Luis Angel Firpo y Jack Dempsey.

Un año después, aún lejos del fútbol profesional que llegaría en 1931, se dio espacio a la primera transmisión de un partido de fútbol y fue la victoria de la selección Argentina ante el campeón olímpico, Uruguay, por 2 a 1, aunque no se trató de un relato típico de estos días, sino más bien de comentarios vinculados al partido y a lo que pasaba alrededor del mismo.

Fue el inicio de algo demoledor y que marcaría a generaciones enteras de hinchas de fútbol.

En 1933, como un programa de informaciones desde la redacción de *Crítica*, nació "*La Oral Deportiva*", la primera tira radial del país y la mayor usina informativa de los medios de comunicación nacionales durante varias décadas. Fue Edmundo Campagnale su precursor, José María Muñoz su estandarte y Ernesto Cherquis Bialo su último conductor en tiempos de liderazgo. Desde la década del 40 hasta los albores del nuevo siglo, *La Oral* fue líder indiscutida de audiencia en Radio Rivadavia. Según mediciones de audiencia realizadas en 1968, el 85 por ciento de las radios encendidas sintonizaban AM 630, la frecuencia de

Rivadavia. Cedió definitivamente el trono en los últimos años en manos de tiras como *Competencia*, de Radio Continental, o los distintos envíos de La Red, la primera radio deportiva creada en 1991.

La creciente influencia de la radio derivó en la marca registrada del periodismo deportivo: las transmisiones dominicales. Quedarse en casa y escuchar el partido como si se estuviera en el estadio, darle un servicio a todos aquellos que tenían obligaciones a cumplir y, sobre todo, llevar la información a lugares muy distantes, conformaron el territorio más fértil que podía imaginarse para que la radio fuera un *boom*. Y fue allí donde el periodismo deportivo empezó a encontrar su receta de fama esplendorosa.

Fue Joaquín Carballo Serantes, más conocido como Fioravanti, el inventor del relato deportivo. Líder por naturaleza en los '40 y '50, fue el hombre que hizo de la radio un fenómeno de masas en cuanto al periodismo deportivo se refiere. No había forma de no escucharlo un domingo por la tarde.

Su posta, en liderazgo, la tomó José María Muñoz en las décadas del '60 y '70. "El relator de América" supo transitar esa huella, agregándole más ritmo al relato y anticipándose a la jugada, lo que le dio muchísimo crédito entre los oyentes con la aparición de la radio portátil. Era creíble, contaba lo que pasaba y a veces se anticipaba. Todos hallazgos notables para esos tiempos. Su rotunda identificación con el régimen militar que gobernó la Argentina entre 1976 y 1983 terminaría por mancharlo y siempre quedó ensombrecido por su apoyo a la Junta Militar durante el Mundial de 1978.

Finalmente, la tríada de los grandes relatores se completa con la aparición de Víctor Hugo Morales en el inicio de la década del '80. Fue el que rompió la hegemonía de Muñoz y Rivadavia, con un lenguaje pulido, más vértigo en el relato, el clima de suspenso que generaba y el comentario asociado al relato en una misma persona. Fue el líder indiscutido de los años '80 y '90.

Todos ellos contribuyeron a darle cada vez más desarrollo al periodismo deportivo. Hicieron que la tarea pasara de ser algo secundario dentro de los medios a tener cada vez mayor protagonismo.

No habría que dejar de lado, como muestras del crecimiento sostenido, las transmisiones de boxeo desarrolladas desde el Luna Park y la aparición de *Carburando*, en 1960, creador de la transmisión automovilística que también tuvo altísimos picos de audiencia en los '70 y '80, seguida después, como su competencia natural, por la aparición de *Campeones en el camino*, luego naturalizada como *Campeones*.

LA TELEVISIÓN.

La gráfica marcó el camino, la radio fue pionera de lo masivo y fue la televisión la que revolucionó el periodismo deportivo. Nacida en 1951 en el país, no fue hasta 1970 cuando mostró su voraz crecimiento hasta convertirse, muchas veces, en el rector de la conducta de los aficionados.

Muy poco tiempo después de haberse asistido a la primera señal de TV, fue un San Lorenzo – River Plate el que se anotó como el partido de la primera transmisión, en diferido por supuesto, de la televisión vernácula.

Las dificultades del pueblo para acceder a los costosos aparatos de TV, los vaivenes políticos y gubernamentales de aquellos años y los altos costos que generaba el flamante medio, hicieron que pasaran varios años hasta que la televisión pudiera imponerse en materia deportiva.

Hubo intentos aislados por entonces, como *Visiones deportivas* (Canal 7, 1953) o *La Cabalgata Deportiva Gillette* (Canal 7 y Canal 9, 1956-1963). El primer programa con continuidad fue *Polémica en el fútbol* (Canal 9, Canal 7 y Canal 11, 1961-1975), una suerte de tribuna abierta donde se debatía de todo, con un panel periodístico y la nada desapercibida presencia de hinchas en el estudio.

Esa década del '60 marcó la aparición de los Mundiales con transmisión en diferido, de algunos partidos de Tercera División y de Primera B en directo, y de las primeras imágenes de partidos de mucho significado como los de la Copa Libertadores.

Había entonces, un temor reverencial: que las transmisiones televisivas alejaran al público de la cancha. Tanto que la Asociación del Fútbol Argentino las desalentó primero y las prohibió más tarde: menos público en las canchas significaba menos dinero para los clubes.

1970 fue el quiebre de esta historia. La aparición del satélite vinculado a las comunicaciones masivas revolucionó todo. Así se pudo ver en directo el Mundial de ese año, pese a que la Argentina no había logrado la clasificación, y meses después, desde el Madison Square Garden de Nueva York, la pelea entre Muhammad Alí y Oscar Bonavena alcanzó unos increíbles 79,3 puntos de rating. La TV ganaba esta batalla de manera rotunda.

El rutilante crecimiento de los espectáculos deportivos se reflejaba claramente en las mediciones de audiencia. En 1977, por ejemplo, la final de la Copa Libertadores entre Boca Juniors y Cruzeiro midió 60,6; la pelea por el título del mundo entre Carlos Monzón y el colombiano Rodrigo Valdés registró 53,1 y el programa *Camino al Mundial* tuvo 40,2. Recién en el cuarto lugar apareció un programa no deportivo y fue la serie *La mujer maravilla*, con 33,7.

Para entonces, los canales invertían mucho dinero: Canal 11 siguió la campaña de River, el 9 acompañó a Guillermo Vilas en su conquista del mundo del tenis y el 7 mostró a Carlos Reutemann en la Fórmula 1, además de continuar con la televisación del fútbol local.

Más tarde llegaría la creación de Argentina Televisora Color en consonancia con la organización del Mundial '78 y ya todo sería un fenómeno de masas. El Argentina 6 - Perú 0 de ese torneo tuvo nada menos que 84 puntos de rating.

Este crecimiento exponencial sería imparables. La TV había opacado a los restantes medios de comunicación. Y si hay un hito en la historia del periodismo deportivo, ése fue el nacimiento de Torneos y Competencias, la primera productora destinada exclusivamente a producir y transmitir espectáculos deportivos. Corría el año 1984 y su crecimiento derivaría en la creación de Fútbol de Primera en 1985 y luego en la televisación de los partidos de la AFA, a través de la compra de los derechos en forma exclusiva y por varios años.

La aparición de la TV por cable que se dio en los grandes centros urbanos a partir de 1983 muestra a las claras la incidencia mayúscula del deporte. Argentina se transformó en el tercer país del mundo en cantidad de abonados a este sistema, sólo por detrás de los Estados Unidos y Canadá. Cuando se consultaba al público sobre la motivación de su suscripción, decían tanto “para poder tener mejor calidad de imagen” como “para poder ver los partidos”. El cable trajo aparejada la especialización. Y no tardaron en aparecer las señales de exclusividad.

Casualmente, con la influencia que tiene el fútbol en nuestra sociedad, el primer canal deportivo que se vio por estas tierras no hacía hincapié en esa caprichosa pelota pateada por 22 protagonistas. Fue ESPN, de origen norteamericano y del grupo de medios de Ted Turner, el primero en hacer pie en Latinoamérica.

Inspirado en ese modelo, Carlos Ávila, dueño de TyC, ideó el primer canal argentino de deportes, TyC Sports, que salió al aire por primera vez el 3 de setiembre de 1994. Autodefinido como “el canal del deporte argentino” se hizo referente de los deportes olímpicos siendo la pantalla de los Juegos desde 1996 a la fecha, además de asegurarse la transmisión de los partidos de fútbol de Primera División y del Ascenso, como asimismo de los partidos de básquet de la Liga Nacional, pagando sus derechos a cambio de la exclusividad.

Y asociado a capitales estadounidenses y con producción regional de TyC, Fox Sports salió a pelearle el mercado latinoamericano a ESPN y el argentino a TyC Sports. No es casual: Ávila puso los pies en este emprendimiento cuando fue perdiendo el control de su primera criatura a manos del Grupo Clarín. Hoy detenta la exclusividad de la transmisión de los dos máximos torneos continentales: la Copa Libertadores y la Copa Sudamericana.

Tiempo después aparecería América Sports, visiblemente afectado por la imposibilidad de acceder, derechos mediante, a la cobertura del fútbol.

De la mano de este crecimiento, llegó el gran negocio: desde hace más de quince años, TyC impuso el *pay per view* que se había desarrollado en Estados Unidos. El fenómeno no es más que el pago por adelantado para asegurarse determinados espectáculos en la pantalla de cada hogar. Aquí se lo llamó fútbol codificado.

LA FORMACIÓN.

Como hilo conductor de estos tres grandes medios de comunicación, hay un perfil que une a la formación de los periodistas deportivos: la función autodidacta.

Recién en los últimos años, con mayor precisión en la última década y media, se desarrolló una creciente aparición de comunicadores recibidos en distintos centros de formación, fundamentalmente en las escuelas superiores en Periodismo Deportivo que afloraron en el ámbito privado.

Hasta la última década del siglo XX, el común denominador de los periodistas deportivos era el ingreso a los medios de comunicación por el escalón más bajo de la periodística. Desde allí, casi como un cadete, se empezaba una carrera que jamás era garantía de éxito.

Los primeros cronistas deportivos, ésos que bien podrían ser considerados los pioneros de la profesión, tenían un valor agregado en las redacciones gráficas: pertenecían al mundo cultural, su bagaje de conocimientos de la literatura, por citar una disciplina, eran superiores al resto. Y tenían una técnica y riqueza de escritura que los ponía en una posición inmejorable.

Cuentan los viejos cronistas deportivos que el ingreso a un medio de comunicación, en aquellos tiempos la prensa gráfica o la radio, era por las ganas de comunicar, de transmitir noticias y no tanto por su apego al deporte, o por la pasión que el fútbol les podía despertar.

Fueron los casos de Félix Frascara, Ricardo Borocotó, Dante Panzeri o Julio César Pasquato por citar a los más destacados escribas de aquellos tiempos.

El camino era inequívoco: si se disponía de talento y bagaje cultural, la llegada al periodismo se imponía por sí sola; si se trataba de alguien con más ganas de progresar que su acervo, había que remarla bien desde abajo.

Conforme el caso, primaba la formación interna en los medios, mientras se desandaba el camino del trabajo cotidiano, antes que un paso por instancias superiores del proceso educacional sistemático.

Es recién a partir de los años 40, cuando la cobertura deportiva y fundamentalmente del fútbol se hace notablemente popular, que se empieza a revertir el esquema: son los jóvenes entusiastas los que se acercan a las redacciones para buscar un lugar en el periodismo deportivo.

A., de 72 años y el de mayor edad entre cuantos formaron parte de las entrevistas de campo de esta investigación, lo reseñó de esta forma: “Para nosotros, no había chance de estudiar periodismo. Era una actividad universitaria con poca difusión por entonces. Y además, en nuestras familias, muchas veces había que trabajar antes que estudiar. Entonces, a los que nos gustaba el fútbol, nos metíamos en mi caso en una radio y hacíamos lo que fuera necesario hasta que alguien nos diera la chance de meter un bocadillo en el micrófono”.

M., de 49 años, expresó que “llegué al periodismo como creo que llegamos la mayoría, por ser futbolistas frustrados. En algún momento quise ser jugador y no pude, luego árbitro y no me daba la edad, y trabajando en una cabina en locución en un estadio, alguien me abrió la puerta del periodismo deportivo”.

Ambas referencias conllevan un elemento unificador: la ausencia de formación previa y la voluntad unívoca de seguir ligados al fútbol.

Los periodistas deportivos ingresaban a los medios por donde se abriera una puerta. Son incontables los casos de destacados profesionales que comenzaron haciendo crónicas policiales, información general o en algún caso hasta carreras de turf. Y después les llegaba el tiempo de los estadios, de los partidos.

Como contrapartida, muchos de los periodistas que llegaban a ocupar posiciones de privilegio en las redacciones, venían del periodismo deportivo. No era casualidad: la gimnasia de un domingo futbolero y el amplio despliegue que se le daba al fenómeno, hacían de un cronista deportivo alguien capaz de asumir responsabilidades superiores.

El desarrollo mediático, la fama que ganaban los principales profesionales del rubro y la fantasía de que se gestaban suculentas cuentas bancarias hicieron que lentamente se fuera invirtiendo la proporción.

Las principales universidades del país armaron sus propias carreras en periodismo y comunicación social, el desarrollo tecnológico abrió nuevos caminos y los medios se volvieron definitivamente masivos y universales. El deporte se transformó en un negocio híper profesional, en consecuencia necesitaba de más y mejores comunicadores.

Entonces, a partir de los años ‘70, los periodistas ya no se formaron tanto solamente en el ejercicio cotidiano, sino que ese ejercicio servía de profundización a una formación sistemática previa.

Esto se acentuó en los '90 cuando los más destacados profesionales del periodismo deportivo en el país abrieron las escuelas superiores de periodismo deportivo, todas en el ámbito privado, que captaron rápidamente el interés de los jóvenes que se desilusionaban con las carreras tradicionales y creían encontrar aquí una rápida, fácil y remunerativa salida laboral.

Fueron los casos de la escuela del Círculo de Periodistas Deportivos (funcionaba ya desde 1960) y, sobre manera, las de Quique Wolff, Fernando Niembro y Marcelo Araujo, la Escuela de los Dos Congresos, Deportea, Eter, Círculo de la Prensa (todas en la ciudad de Buenos Aires), o las de Juan Carlos Morales (Mar del Plata), Víctor Brizuela (Córdoba) y las distintas sedes de Deportea en Rosario, Tucumán y Jujuy.

Pero las crecientes camadas de comunicadores formados ahora afuera y que golpeaban las puertas de los medios de comunicación torcieron la historia: ahora los medios informativos no se nutrían de jóvenes entusiastas o celebridades con impronta cultural, sino de esos noveles profesionales con un perfil muy técnico, y educados, generalmente, en la ausencia de profundidad y capacidad de discernimiento.

Ésta es hoy, la bolsa en la que los medios meten la mano para abastecerse de la mano de obra que desarrolla la cada vez más influyente tarea del periodista deportivo.

La comunicación hoy

*"El avance de la tecnología transforma irremediabilmente la manera de pensar al mundo. Vivimos en una gran aldea en el que todo cuanto sucede, es conocido y puede afectar a todos".
(Marshall McLuhan)*

La globalización, ese fenómeno que une al planeta como si en determinadas circunstancias fuera el patio de una casa, ha trastocado todos los sentidos de la comunicación.

No se vive ya en compartimentos estancos, sino que un hecho, presuntamente aislado, puede tener consecuencias de interés global. Es el fenómeno de la aldea global que describe Marshall McLuhan con tanta puntilliosidad.

Pero no sólo es rescatable esa idea de un mundo común a todos, unido a distancia por los cada vez más modernos sistemas de comunicación, sino también la nueva forma de entender el mensaje, lo que conlleva y lo que genera.

Ya McLuhan había enunciado este fenómeno en el final de la década del 60 cuando establece que el medio es el mensaje y que los medios no son otra cosa que una prolongación de los sentidos humanos. El adelanto tecnológico y su consecuente aplicación en la transmisión de información generan una nueva percepción de la realidad.

Si antes la brecha era entre quienes accedían a la lectura y quienes eran analfabetos, luego hubo generaciones separadas por quienes fueron educados al influjo de la televisión y quienes no. Nunca habrá imaginado que 40 años después de su aporte científico, el mismo tendría carácter de profético: hoy subyagan contemporáneos que se distancian nítidamente por la posibilidad de acceder a la información por las nuevas tecnologías como Internet.

El autor canadiense explicaba que si por mensaje se entendía únicamente el contenido o la información que llevaba, entonces se dejaba de lado una de las características más importantes de los medios: su poder para modificar el curso y el funcionamiento de las relaciones y las actividades humanas.

En ese contexto de medios de comunicación trabajan hoy los periodistas. Saben, y la mayoría juega con el poder que eso les da, que cualquier cosa que escriban, digan o muestren tendrá un efecto de consecuencias imprevisibles. Hablar mal de un jugador o de un técnico puede tener peores consecuencias que las de criticar a un presidente de la Nación. "Esto se ha transformado en una locura, al punto de que hemos tenido que ir a las canchas custodiados por la Policía ya que habíamos hechos comentarios negativos sobre un determinado equipo de fútbol o de algunas acciones dirigenciales de ese club" aporta C., de 48 años.

Al mismo tiempo de esa creciente influencia de los mensajes mediáticos, subyace una realidad incontestable: la carencia de recursos para expresar lo que se quiere comunicar.

Quizás por imperio de la imagen que parece dominarlo todo, se asiste a una sistemática liviandad en la calidad y el manejo de la información, y hasta notorias dificultades en el uso del idioma.

Esa interrelación cada vez más estrecha entre comunicador y receptor también ha trastocado la credibilidad de lo que se transmite. Si en los tiempos de la no televisión el discurso periodístico era casi verdad dogmática, hoy la posibilidad de ver lo que pasa ha generado en el público un criterio de evaluación propio y desarrollado.

Entonces, entra en colisión lo que ve con lo que le transmiten. Y eso deriva en un cada vez más profuso consumo mediático, pero al mismo tiempo no genera la credibilidad de antaño. La gente recurre a los medios pero no les cree del todo. Sin embargo, la presencia, en especial de la TV, es dominante.

“El fútbol factura mucho más que cualquier otro espectáculo. Y eso coloca a los periodistas deportivos en una posición bastante particular: muchos de ellos son miembros del jet set... Y, en general, además, tienen una relación difícil con el libro. Estoy convencido de que el deporte no se puede explicar bien si no está acompañado de una buena teoría cultural, una teoría sociológica. No es un fenómeno aislado. Y eso no lo podés esperar de la mayoría de los periodistas deportivos argentinos” afirma el sociólogo Pablo Alabarces (4).

El periodismo deportivo en La Plata

"Creo que el periodismo deportivo actual es bastante pobre en términos de formación. No hay una cultura deportiva, en nuestro país, indispensable para este oficio. Soy bastante pesimista, aún generalizando y corriendo ese riesgo, con el futuro del periodismo deportivo argentino".
(Juan Pablo Varsky)

El periodismo de la ciudad de La Plata está referido fundamentalmente al diario *El Día*. Nacido casi con la misma ciudad, apenas dos años después cuando la capital de la provincia de Buenos Aires era un trazado perfecto pero repleto de baldíos, fue ese periódico el que se convirtió en el eje central de la información local de la ciudad. En el periodismo deportivo se dio exactamente igual.

La larga hegemonía del periódico controlado actualmente por los Kraiselburd lo convirtió en referente de la noticia deportiva para los platenses. La convivencia esporádica con otros matutinos no hizo más que potenciar su creciente influencia.

De hecho, *El Día* es el único periódico que ha podido soportar los distintos avatares de la sociedad platense, imponiéndose desde sus orígenes y resistiendo los empujes de sus circunstanciales competidores.

El Día ya dedicaba algún espacio al deporte a fines del siglo XIX. Hay que recordar que el primer club importante de la ciudad, Gimnasia y Esgrima La Plata, nace tres años después de que el matutino estuviera en la calle y Estudiantes, el otro gran referente histórico, recién lo hace en 1905.

Sin dudas es la aparición de *El Argentino*, diario fundado en agosto de 1906, el que le da a la ciudad una alternativa y en consecuencia, obliga a *El Día* a profundizar su oferta. Eso, más la consolidación de Gimnasia como institución, el surgimiento de Estudiantes, el desarrollo sostenido del fútbol y la creciente demanda sobre deporte y no ya sobre noticias "cultas", generan el espacio donde se empezará a gestar el periodismo deportivo de la ciudad de La Plata.

Se debe citar como uno de los grandes referentes a Osvaldo Tomatti. De faceta pública como Mercurio, fue desde sus crónicas picarescas y su particular estilo para narrar el fútbol, que marcó toda una época desde sus comienzos en *El Día*. Fue cronista deportivo, jefe de deportes y secretario general del diario durante más de 40 años de trayectoria. Y ya retirado del día a día, siguió escribiendo sus columnas desde donde deleitó a cientos de miles de platenses con

expresiones que marcaron una época como “el chutazo” y “el centro shot”, o frases como “¡Sube la papa, suben los melones, y de La Plata salen los campeones...!”

Las magníficas campañas de Estudiantes y Gimnasia en el fútbol amateur, campeones en 1913 y 1929 y sobre todo la profesionalización del fútbol en 1931 no hicieron más que darle a la ciudad el motivo exacto para que el público no quiera ya sólo enterarse de lo que pasaba a nivel político en la ciudad, la provincia y el mundo; o el lado social de la creciente capital provincial; o bien los avatares económicos de la República; sino que, por el contrario, quería verse reflejado en el seguimiento a sus clubes, verdaderos generadores de pasión.

El Día fue el pionero y cada aparición de un competidor, sobre todo con *El Argentino*, lo hacía redoblar la apuesta.

Pero si hay un medio gráfico que revoluciona la cobertura deportiva, ése fue el vespertino *Gaceta*. Fundado el 8 de octubre de 1963, desde su estilo popular y amarillista, sale a conquistar a un público que todavía no estaba satisfecho con lo que le ofrecían los diarios tradicionales.

Desde su estilo, más llano, más espectacular, de escasa profundidad, y a partir de su aparición por la tarde, fue ganando un espacio que los matutinos no podían cubrir. Y eso se notó básicamente en las sextas ediciones de los domingos, cuando se ofrecían los resultados de la fecha de fútbol muy fresquitos.

El hermano menor de *Gaceta* fue el *Diario Popular*, que se empezó a editar en La Plata el 1 de julio de 1974. Rápidamente ganó mercado en las clases más populares y su buen éxito de ventas lo convirtió rápidamente en un potencial rival para *Crónica* a nivel nacional, por lo que a partir de 1978 se trasladó definitivamente a Avellaneda, desde donde se convirtió en el diario del sur del Gran Buenos Aires y adquirió una relevancia ya de índole nacional.

Mucho fútbol, amplia cobertura de las carreras de automovilismo y un gran desarrollo de toda la información deportiva le dan un nuevo cariz incluso a *El Día*. Con una salvedad muy importante: los tres medios pertenecían al Grupo Kraiselburd, lo que no significaba competencia, sino más bien simpleza en los esquemas de trabajo y complementación informativa.

La aparición del diario *Hoy* en 1993 vino a realzar la tarea del periodismo deportivo. Por su bajo precio y por un perfil de lector insatisfecho con lo que le ofrecía *El Día*, el diario que nace de la familia Balcedo se plantea dar batalla fundamentalmente en dos campos informativos: deportes y policiales. W., 42 años, que trabajó durante 12 años en esa empresa lo reseñó: “Siempre se nos pedía algo más en materia de deportes. Había que tener más y

mejor información que *El Día*. Era casi una obsesión no sólo en los tiempos iniciales, sino en cada día de trabajo”.

Todo esto no hizo más que darle crecimiento al periodismo deportivo. Lo indicaba la realidad de un deporte cada vez más masivo, más ligado al espectáculo a consumir que a la actividad para practicar, pero también se transformaba en un ejercicio superador por imperio de la competencia.

La radio, en cambio, siempre estuvo más ligada a un fenómeno nacional que local. Radio Universidad Nacional de La Plata fue fundada en 1924 pero fue recién a finales de la década del '80 cuando encontró su propio espacio para difundir el deporte, en lo que fue un programa fundacional: Eco Deportivo. Y en 1988 tuvo la pionera tarea de empezar a relatar a Estudiantes y Gimnasia cuando salían de la ciudad, algo hasta entonces totalmente novedoso.

En 1937 se crea Radio Provincia de Buenos Aires. Voz oficial del Estado bonaerense, siempre estuvo más vinculada, al igual que su hermana mayor, la universitaria, al aporte cultural y a la información política. Sin embargo, fue la primera que empezó a relatar los partidos de fútbol de Gimnasia y Estudiantes, a veces hacía transmisiones de básquet, e implantó la tira diaria dedicada exclusivamente al deporte, la inolvidable *Mesa de Deportes*.

Pero no fue hasta los años '90, con la aparición masiva de las Radios FM, cuando se desató la fiebre de periodismo deportivo. Acceder, a muy bajos costos o directamente en forma gratuita, a espacios radiofónicos que antes estaban vedados, hizo crecer exponencialmente la oferta laboral y los noveles profesionales y algunos aventureros que se volcaban al ejercicio de la actividad. Todo se complejizó tanto que en 1997 se creó La Redonda, la primera emisora platense dedicada íntegra y exclusivamente al deporte.

En materia de televisión, la evolución fue mucho más escasa. Canal 2 nació en 1966 pero nunca terminó de ser un canal local y eso conspiró contra cualquier tipo de producción deportiva.

Recién se vislumbró una generación propia de contenidos en periodismo deportivo a partir de la aparición del cable en 1991 y luego con la competencia entre Dardo Rocha TV, primera licenciataria del cable en La Plata, y Televisión Selectiva, el canal que respondía al grupo El Día.

Hasta fines de los '80, como ya quedó expresado, el periodista deportivo era un autodidacta. Se formaba en las redacciones o en las radios. Los que trabajaban en la gráfica conjugaban la curiosidad propia de los periodistas con una importante dosis de cultura general. Eran, casi, escritores puestos a hacer periodismo. Y una vez en las redacciones se incorporaba lo que podía faltar desde la cuna.

La otra posibilidad era la de arrancar muy de abajo en la redacción y mostrar toda la probidad y picardía individual para crecer en la profesión.

Es en los '80 cuando se rompió esa tendencia y los periodistas empezaron a ingresar con una formación universitaria, o al menos terciaria, en las redacciones. Pero esa masificación y apertura de espacios, también trajo aparejada una pauperización de la profesión, asistiendo a fenómenos casi grotescos como personas incapaces de articular dos palabras con sensatez, ex jugadores o entrenadores que ganan espacio simplemente por su pasado famoso o personajes creados ad hoc para montar un espectáculo televisivo.

Capítulo 2

El fútbol

“Se juega como se vive”

(Xabier Azkargorta, entrenador de fútbol)

Aparición y evolución

“Después de muchos años en los que el mundo me ha permitido variadas experiencias, lo que más sé, acerca de la moral y de las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol”.
(Albert Camus)

Quedarse con la paternidad del fútbol y fundamentalmente con el rótulo de haberlo inventado es una discusión que aún hoy apasiona a los investigadores y en la que los ingleses suelen inflarse el pecho para adoptarla como propia.

Sin embargo, hay decenas de juegos antiguos que bien podrían ser la semilla de esta actividad hoy universal. Aunque algo, ciertamente, habrá que reconocerle a los ingleses: ellos le dieron forma y lo regularon de la manera en la que se lo conoce hoy.

La actividad más antigua que se asemeja al fútbol data de los siglos III y II A.C. Estos datos se basan en un manual de ejercicios militares correspondientes a la dinastía Han de la antigua China. Ese juego era llamado *Ts'uh Kúh* y consistía en lanzar una pelota con los pies hacia una pequeña red. Había una variante que le agregaba una modalidad donde el jugador debía sortear el ataque de sus rivales.

También en el Lejano Oriente, aunque unos cinco o seis siglos después del juego mencionado anteriormente, existía una variante japonesa llamada *Kemari*, la cual tenía un carácter más ceremonial, siendo el objetivo del juego mantener una pelota en el aire pasándosela entre los jugadores.

En Europa hay datos de dos formas de juegos, llamados *Harpastum* en Roma y *Episcleros* en Grecia, sobre el cual se tiene muy poca información. El primero era disputado por dos equipos en un terreno rectangular demarcado y dividido a la mitad por una línea. Los jugadores de cada equipo podían pasarse un pequeño balón entre ellos, y el objetivo era enviarlo al campo contrario. Esta variante fue muy popular entre los años 700 y 800.

Ya en la Edad Media, particularmente en las Islas Británicas y en el continente europeo aparecieron otras versiones de fútbol primitivo o algo parecido.

El registro más antiguo de una actividad similar surgió en el año 1170. Los historiadores explican la realización de un juego de pelota practicado por los jóvenes londinenses. La violencia de estos juegos y la necesidad de que los soldados practicasen la arquería en lugar de patear una pelota llevaron a que Eduardo II de Inglaterra prohibiera el juego en 1314. Desde entonces los juegos continuaron en forma ilegal.

El *soulé*, por su parte, era un juego de pelota francés que se practicaba a través de los prados y los bosques. El fin era devolver el balón en un lugar indicado, el fogón de una casa por

ejemplo. En ciertos casos, hasta había que mojar el *soulé* en una fuente antes de alojarlo en la ceniza. El juego era pues sólo una galopada inmensa entrecortada de peleas más o menos encarnizadas. El instrumento de juego podía ser una pelota de cuero, una vejiga de cerdo llena de heno, una pelota de tela o una bola de madera.

El *fútbol de carnaval* era practicado en las Islas Británicas y estaba carente de regulación. El número de participantes por equipo era por lo general ilimitado, llegando incluso participar pueblos enteros. Prácticamente cualquier forma de trasladar el balón a la meta contraria, a veces ubicada en el pueblo rival, era válida, aunque no se permitía asesinar a otra persona.

En Italia se practicaba una variante del fútbol medieval llamada *calcio fiorentino*, deporte más organizado y menos violento que el de sus pares británicos. El deporte tuvo sus orígenes en Florencia en el siglo XVI, siendo 1580 el año en que Giovanni Bardi presentó el primer juego de reglas. Se jugaba con dos equipos de 27 jugadores cada uno, y el objetivo era sumar más puntos que el equipo rival. Para esto se colocaba un agujero a cada lado del campo de juego, el cual era de dimensiones similares a un campo de fútbol actual, pero cubierto de arena. Utilizando cualquier parte del cuerpo se debía introducir la pelota en dichos agujeros, con lo cual se obtenían 2 puntos, pero si se fallaba el tiro se sumaba medio punto al equipo rival.

Sin embargo, desde América Latina también se alzan voces reclamando la paternidad sobre el fútbol. El *pok-ta-pok*, según su denominación en maya, conocido luego como *fútbol maya*, es un deporte proveniente de un antiguo juego practicado en América, en ese imperio desde al menos 500 años A.C. y luego en los imperios zapoteca y azteca. El juego fue prohibido por los conquistadores españoles aunque varios siglos después, en la Copa Mundial de Fútbol 2006, fue considerado como un antecedente milenario del fútbol moderno.

Aunque las reglas originales son imprecisas, se sabe que se jugaba con una pelota de goma, que la misma no podía ser tocada con las manos, y que debía ser introducida de ese modo en un aro, ubicado en cada extremo del campo de juego. Actualmente se juega con dos equipos de doce jugadores, cuyo objetivo es pasar una pelota de goma por un aro ubicado de forma perpendicular al suelo a tres metros de altura. La pelota solo puede ser tocada con los antebrazos, codos, hombros y cadera.

De todas formas, no hay más remedio que concluir en que fueron efectivamente los ingleses los que le dieron forma a un juego de pelota, a la que impulsaban con el pie y al que por eso se lo llamó *football*.

Fue a mediados del siglo XIX cuando los británicos comenzaron un lento pero inequívoco proceso para regular el fútbol de carnaval, estableciendo reglas escritas que pudieran ser compartidas por quienes quisieran practicarlo.

Por entonces el fútbol era practicado entre los estudiantes de las escuelas secundarias privadas con reglas muy imprecisas que variaban considerablemente de escuela a escuela. Por ejemplo, en algunas escuelas se podía correr con la pelota en las manos, en otras había una línea de fuera de juego, en algunas se podía tomar y patear al jugador contrario, otras promovían un juego más grupal basado en el pase alejándose de las que instaban por un juego más individual basado en la habilidad y la fuerza de cada jugador. Y en cada escuela existían infinitas variantes y modificaciones.

Fue en 1848 cuando dos estudiantes de la universidad de Cambridge, Henry de Winton y John Charles Thring, hicieron un llamado a miembros de otras escuelas para definir un único juego de reglas: las reglas de Cambridge, creadas junto al University Foot Ball Club. Actualmente no se conserva ninguna copia de las reglas de 1848, aunque todavía existe una que corresponde a 1856, posiblemente diferente en cuanto a contenido.

Las reglas de Cambridge fueron tomadas como base para la creación del fútbol asociado y de la Football Association en 1863. Las únicas diferencias radicaron en que las reglas de la Asociación no permitían el juego brusco y la utilización de las manos para trasladar el balón.

A pesar de la unificación en un código único, las disputas sobre la creación de uno definitivo y universal continuaron hasta finales de los años 1870, particularmente con los seguidores de las reglas de Sheffield, quienes tenían pequeñas modificaciones. En 1878 se celebró finalmente la fusión definitiva entre Sheffield y Londres, y la creación de la International Football Association Board puso fin a todas las diferencias.

Desde entonces, se inició una creciente y paciente difusión que fue desde Gran Bretaña hasta los más recónditos lugares del mundo.

El vehículo por excelencia fueron los colegios ingleses que se fueron diseminando a lo largo y a lo ancho del planeta.

El fútbol se extendió paulatinamente al resto de los países europeos a finales del siglo XIX gracias a la actividad de los soldados, marineros, funcionarios de las colonias, hombres de negocios, ingenieros y maestros ingleses que practicaban el nuevo deporte y promovían su difusión entre los habitantes de cada lugar al que llegaban.

Con la organización sellada, el número de estudiantes que lo practicaron creció de manera tal que a alguno se le ocurrió cobrar entradas para algunos partidos. Sin saberlo, puso los cimientos del fútbol profesional y de este enorme negocio que hoy mueve miles de millones de dólares.

Desde sus comienzos, el fútbol en Inglaterra se caracterizó por ser amateur. Sin embargo, desde la creación de la FA Cup en 1871 y el cobro de boletos para presenciar los encuentros,

los futbolistas comenzaron a recibir ofertas económicas por jugar. Esto abrió un largo debate sobre el profesionalismo en el fútbol, que recién quedaría zanjado en 1913 con el acuerdo entre la Federación Internacional de Fútbol Asociado y la International Board, dando lugar a la entidad madre que es hoy la FIFA.

Su desarrollo en Argentina. Significado en la modernidad

“El fútbol no es precisamente orden en el sentido académico. Mucho más es desorden. Más que orden es picardía, siendo que es el arte de lo imprevisto”.
(Dante Panzeri)

Instalado en todo el mundo a través de la actividad colonial británica y de la creciente influencia de las *Public Schools*, en Buenos Aires el fútbol entró por las clases más altas. Lejos del concepto popular que tiene hoy como significado universal, el fútbol era en la incipiente Argentina un fenómeno de clase.

Fue en las familias más acomodadas de Buenos Aires, donde ese deporte que se iba haciendo masivo en Gran Bretaña encontró a sus primeros entusiastas participantes.

Como aporta con contundencia Juan José Sebreli, “para humillación de los populistas, el fútbol, ese supuesto deporte del pueblo, es un típico producto de la más refinada burguesía conservadora” (5).

Paradójicamente, el fútbol arrancó en la Argentina por los más acomodados, pero se hizo masivo a partir de los sectores con menores privilegios. En las orillas de Buenos Aires, Rosario y Montevideo, desde 1870, los marineros ingleses que llegaban a esos puertos hacían de difusores jugando partidos improvisados con los hijos de los inmigrantes, locales y extranjeros, que se iban asentando en esas ciudades.

También hubo un fenómeno sociológico: el fútbol se desarrolló en las clases bajas cuando las ciudades empezaron a mutar por grandes centros industriales y se rompió el esquema tradicional de las comunidades aldeanas.

Surgió en estos tiempos, también, un concepto que en la Argentina fue y es sinónimo de fútbol: el potrero.

Esos vastos sectores entre la ciudad y el campo, donde las familias dejaban pastar al poco ganado del que disponían, se empezaron a transformar en canchas improvisadas de fútbol. Entonces, ese lugar donde potreaban los animales, pasó a ser el sitio donde los chiquilines se prendieron sistemáticamente a ese juego que los ganó rápidamente.

No es casual que los grandes clubes se formen luego en lugares densamente poblados y con un componente social muy arraigado en la pobreza: la Boca, Avellaneda, Parque Patricios, Lanús, Boedo.

Hay un componente socioeconómico indudable: los deportes nacionales de entonces, el pato y el polo, estaban reservados únicamente a las familias acomodadas que podían tener una caballada acorde al deporte. En cambio, al fútbol podían jugar cuantos jugadores quisieran,

sin mayor necesidad que disponer de un potrero y una pelota, por entonces un manajo de estopa o trapos que se articulaban para conformar algo parecido a una pelota.

El bajo costo, las enormes cantidades de terreno del que todavía se disponía y la creciente influencia de ese juego que llegaba con los barcos, derivaron en que ese deporte clasista se empezara a transformar en un fenómeno de masas.

Eduardo Galeano lo describe poéticamente: “Fue un proceso imparable. Como el tango, el fútbol creció desde los suburbios... Se podía jugar sin nada más que las puras ganas... Gracias al lenguaje del fútbol, los trabajadores expulsados por el campo se entendían perfectamente con los trabajadores expulsados por Europa” (6)

¿Pero qué hizo que ese deporte clasista fuera un fenómeno de masas?

El desarrollo urbano generó muchedumbres en las ciudades. El avance industrial de principios del siglo XX generó puestos de trabajo, pero también tiempo libre en el que ya no se trabajaba la tierra. Y ese ocio mutó hacia la adopción de simpatías por los clubes.

No en vano en las últimas dos décadas del siglo XIX y en la primera del siglo XX, surgieron los más importantes clubes de fútbol argentinos. Es esa etapa la que marca una doble identificación con este deporte: los habitantes de las ciudades lo juegan en el potrero y luego se convierten en simpatizantes de un club. Ese doble rol, estimulado por los medios de comunicación, es la semilla que derivará en una masificación total del fútbol.

En la primera década del siglo XX comenzó un proceso de popularización del fútbol, mediante la creación explosiva de cientos de clubes de fútbol que canalizaron el ingreso masivo al deporte de los sectores populares, muchos de ellos trabajadores y descendientes de inmigrantes, o ellos mismos inmigrantes. La masificación del fútbol en la Argentina produjo un paralelo alejamiento del fútbol de los clubes vinculados a la comunidad británica y la clase alta, que se volcaron principalmente al tenis, el rugby y el hockey sobre césped femenino, con el fin de evitar su participación en el deporte espectáculo y preservarse como instituciones orientadas exclusivamente a la práctica del deporte recreativo de sus socios. El sociólogo Eric Dunning, experto en el estudio del deporte, señala que “la separación entre deportes elitistas y deportes populares fue un proceso general, que se repitió en la mayor parte de los países del mundo, de la mano con la reducción de la jornada de trabajo y la consecuente aparición del tiempo libre para amplios sectores de la población” (7).

Lo cita la revista *El Gráfico* en 1930: “Los hinchas de antaño fueron desalojados de las canchas. La mersa los echó. Y la galera, los guantes patito y las chicas de sombreros buscaron el rugby el cricket” (8).

Los diarios primero, y la radio después, hicieron el resto. Todos se veían subyugados por ese fenómeno en el que no sólo podían disfrutar de un juego, sino que además podían exteriorizar todas las pasiones contenidas en sus relaciones familiares y en la dureza de la pirámide laboral.

El padre se hizo hincha de un equipo, se lo trasladó al hijo y los grupos de amigos ratificaron la tendencia. Se iba a la cancha en grupo, como una salida social. Lo que para las clases pudientes era el acceso a la cultura en sus múltiples expresiones, para los estamentos populares lo fue el fútbol.

La razón por la cual el hombre medio urbano argentino de las primeras décadas del siglo XX convivió con esa pasión desenfadada es un camino muy intrincado. Confluyeron y confluyen en la elección de un equipo, motivos familiares, sociales, psicológicos, sociológicos, económicos, de cercanía, de herencia.

Lo cierto es que inexorablemente, el fútbol ganó terreno de una manera que quizás pocos imaginaron. Monsieur Perichon, un cronista deportivo de los años '20 definió esa prédica de la siguiente manera: “Una vez en la cancha, comienza a sufrir. Porque ahí reside la tragedia del hincha. Él no asiste al espectáculo mismo en el deseo de presenciar un cotejo superior. El no ha desafiado a la inclemencia del tiempo y las incomodidades de la distancia para darse el regalo deportivo de una lucha de contornos clásicos. Él no está ahí, apretado y sin aliento, con el fin de aplaudir al vencedor después de haber visto las bellezas incomparables del fútbol de verdad. Él se ha hecho presente pura y exclusivamente para ver victorioso a su club. Todo lo obsesiona, entonces, pero desde ese precario y anhelante punto de vista” (9).

En esa estructura de pensamiento es donde el fútbol no dejó de crecer. Se lo juega en los ratos libres, es la cita obligada de los chicos y los adolescentes y el potrero o la canchita pasa a ser el lugar por excelencia. Y la educación física escolar, más allá de su rigidez en la formación atlética, muy vinculada a una cultura militar del esfuerzo físico, encuentra en el fútbol una práctica constante como elemento motivador y también como un juego recreativo.

Se generó, así, la dualidad del jugador por el placer de jugar y del hincha que acude al estadio cada vez que puede.

Lo ratifica M, de 23 años, hoy dedicado al periodismo gráfico: “De chico jugaba mucho, no sólo entre amigos sino para equipos de ligas juveniles. Y siempre iba a la cancha con mi papá, con amigos. Me gustaban las dos cosas y a veces costaba decidir”.

Esta impresión es la que recogí en la investigación y la que marcan también testimonios escritos de principios de siglo pasado.

El fútbol atrapa al argentino tanto por su posibilidad de jugarlo como, fundamentalmente, por la chance de tenerlo como protagonista en una tribuna. Ese fenómeno se mantiene, con las características modernas, hasta estos días. Hoy, el argentino común lo juega en instancias más organizadas (ligas regionales, ligas de amigos, torneos privados, gimnasios, estadios techados). Y, puesto en espectador, hace cualquier cosa por estar presente junto a su equipo, ya sea en su propio estadio como viajando donde sea necesario para seguirlo.

La presencia constante en los medios

“Dentro de una cancha de fútbol, se escenifican ciertas tragedias o dramas de la sociedad que hay que saber leerlas”.
(Oswaldo Soriano)

El fútbol argentino adquiere un desarrollo exponencial desde los primeros años del siglo XX. La aparición del diario *Crítica* contribuye notablemente a darle espacio popular a un fenómeno que se tornaría avasallante a partir del profesionalismo, abrazado en nuestro país en 1931.

Con ingresos muy importantes y con la necesidad de generar soportes económicos que pudieran sostenerlo, el fútbol necesitará de los medios de comunicación no ya para difundir sino, fundamentalmente, para vender.

En ese rubro, la radio, desde esa misma época, va a jugar un rol fundamental. Sustancialmente, porque le permitirá no solamente transmitir desde la pasión del relato, sino también encontrar un lado comercial que termina de cerrar un círculo perfecto.

Pero además, la radio va a llegar a todo el país. Y esto va a redundar en un fenómeno solamente comparable al Uruguay: la centralización del fútbol.

El fútbol, en la Argentina, nació en Buenos Aires. Si bien los dos primeros clubes en ver la luz fueron Gimnasia y Esgrima La Plata y Quilmes Athletic Club, no hay forma de no incorporarlos, futbolísticamente, a ese gran pulpo llamado Buenos Aires.

Todos sus clubes están instalados allí. Después fueron llegando los satélites en el interior del país, pero ese marcado centralismo hizo que hubiera hinchas de los clubes porteños por todo el país.

¿Cómo puede ser que en Salta o Bariloche, a más de mil kilómetros de Buenos Aires, haya hinchas de Boca, River, Racing o San Lorenzo por citar a algunos equipos con mucha raigambre popular? ¿Qué ligazón tiene un habitante de esos lugares con un equipo que tiene su sede en otro punto del planeta? ¿Por qué un hincha siente pasión por colores que probablemente jamás pueda ver en vivo?

Una primera aproximación encuentra al centralismo mediático como el responsable de esta historia. Fue la radio, fundamentalmente, la que llevó ese sentimiento, envuelto en forma de relato. En todo el interior del país, los hinchas de fútbol escuchaban los partidos de Boca, de River, de cualquier equipo de Buenos Aires. Y por tanto machacar, se los terminó adoptando como propios en las diversas provincias.

Después, el sentido de pertenencia genera el club de referencia al lugar donde cada uno habita: La Plata, Rosario, Santa Fe, Córdoba, Mendoza, etc.

Pero, aún así, permanece aquel idilio con el club grande a la par del amor por el club del lugar.

Este fenómeno, no se da en otras culturas futboleras. En España, por ejemplo, los de Madrid son del Real o del Atlético, los de Sevilla son del Betis o del Sevilla, los de Bilbao son del Athletic, los catalanes son del Barcelona o del Espanyol. Es difícil que conviva ese sentimiento de pertenencia con la adopción de un club grande que vive en la distancia.

Conforme ese fútbol incipiente se fue transformando en algo masivo, creció hasta límites que siempre parecen correrse un poco más. Benito Mussolini fue de los primeros que utilizó al fútbol como medio de sopor para entretener su pueblo con otras cosas y no tuviera que preocuparse por los problemas de todos los días.

Para los argentinos, el Mundial de 1978 fue la prueba más elocuente de hasta dónde puede llegar el fútbol. Fue el soporte para enmascarar los crímenes la dictadura más sangrienta de cuantas hubo en el país.

Ese '78 fue una clara muestra de aquel nacionalismo hueco donde mientras el país flameaba con una bandera por un mundial, a pocas cuadras de aquellos genuinos festejos iban desapareciendo persona tras persona hasta sumar 30.000 desaparecidos por el terror de Estado.

En la misma sintonía, mientras el país perdía una guerra de proporciones absurdas en Malvinas, los canales de TV se peleaban por los derechos del Mundial de España y la gente esperaba que las transmisiones de la Selección Argentina no fueran interrumpidas por alguna cadena nacional para transmitir las noticias de la guerra.

Otro ejemplo, más reciente, deja en claro el peso específico que tiene el fútbol en la vida política de la Argentina. Corría el mes de diciembre de 2001 y se había decretado el estado de sitio por la delicada situación institucional que se vivía, con un gobierno democrático yéndose en forma anticipada por un estallido popular. Increíblemente, se buscó por todas las formas levantar ese estado de sitio y permitir que se jugaran dos partidos, solamente dos, a los efectos de que Racing pudiera coronarse campeón después de 35 años. El fútbol era un efecto distorsivo tremendo de acuerdo a todo lo que estaba pasando en el país.

La TV. La superprofesionalización. El fútbol que atrapa todo

“Nos hemos acostumbrado a que el fútbol se vive solamente en la televisión. Hoy se cubre lo que más vende, sin pensar en lo que se juega”.
(Claudio Morresi)

Si los diarios fueron el paso indispensable para la difusión masiva y las radios se encargaron de llevar el fútbol argentino a cualquier punto del país, fue la televisión la que transformó todo.

La historia del periodismo deportivo fija al 18 de noviembre de 1951 como una jornada insoslayable: fue la primera vez en que se televisó un partido de fútbol. Se trató de un San Lorenzo - River disputado en el viejo Gasómetro de Avenida La Plata, a través de Canal 7, la emisora del Estado, sólo con dos cámaras y con el auspicio de YPF.

Empezaba una lenta y paulatina conquista que derivaría en lo que es hoy esta verdadera manía de fútbol televisado que se traduce en un dato contundente: los diez partidos de Primera División tienen transmisión en vivo y en directo.

Un quiebre insoslayable en este dominio absoluto del fútbol a través del aparato de TV se da en 1970. Fue cuando entró en acción el satélite, que permitió ver en directo el Mundial de Fútbol que se jugó en México. Desde entonces, las transmisiones deportivas, y específicamente las futbolísticas lo dominaron todo.

Siguiendo esa línea, vale la pena repasar el rating de algunos hitos del fútbol por TV: el partido en el que la selección venció 6-0 a Perú en el Mundial 78 logró 84 puntos, el poco popular Canal 2 alcanzó los 48 puntos durante el Mundial 86 y la final llegó, sumando los distintos canales, a más de 100 puntos.

El 27 de marzo de 1984, a partir de la sociedad entre Carlos Ávila (por entonces productor de un programa de golf) y José Carlos Santoro, un ex director del Banco Provincia, nació Torneos y Competencias, la empresa que produciría el quiebre en materia deportiva televisiva. A mediados del año siguiente le compró a la Asociación del Fútbol Argentino los derechos de televisación de los torneos del fútbol oficial y de los partidos del seleccionado y dio un salto hacia el liderazgo.

De allí nació *Fútbol de Primera*, la transmisión por sistema codificado de pago previo, el fútbol televisado en directo en fechas desdobladas por la TV y tantos otros pasos que le dieron al fútbol un poder creciente y un negocio exponencial

De aquel contrato inicial que se firmó sólo por tres meses y dio nacimiento a la sociedad AFA & TyC, se llegó a un convenio de exclusividad hasta 2014 y a un negocio que hoy representa unos 900 millones de pesos al año y apenas reparte a los clubes unos 140.

La privatización de los canales en la década del '90 desató una guerra de proporciones ya que todos querían un pedazo de esa gran torta que generaba la pelota corriendo por las distintas canchas.

Para ese entonces, además, se había extendido con fuerza la televisión por cable, que había nacido en los sesenta para abastecer a zonas aisladas que no recibían la señal por aire y que llegó en 1983 a los grandes centros urbanos, empezando por Buenos Aires. Rápidamente, Argentina se transformó en el tercer país del mundo en cantidad de abonados a ese tipo de sistema, detrás de Estados Unidos y Canadá: llegaron a alcanzar a un 70 por ciento de los hogares con TV. El deporte, y sobre todo el fútbol, fue una de las claves en ese crecimiento.

Así aparecieron los canales específicos como ESPN, TyC Sports y Fox Sports, que no hicieron más que alargar la oferta y profundizar una influencia que ya era importante.

De allí el salto a los canales de aire y la locura por los mundiales, por ejemplo. Hubo casi 100 enviados especiales por cada uno de los tres canales que transmitió desde Francia 1998 y hasta los noticieros de horario central se transmitían desde allí. Las principales figuras artísticas también se mostraban en las distintas sedes. La apuesta era muy simple: la convertibilidad entre peso y dólar 1 a 1, los bajos costos y sobre todo los altísimos niveles de audiencia obligaban a ello.

La crisis de 2001 y los mayores costos de producción de un certamen que se jugó en Corea y Japón (y en horarios muy incómodos) impidieron que, en 2002, se siguieran batiendo récords. Todo ese panorama generó una abundancia de espectáculos deportivos y una creciente influencia en lo que se dice. F, de 37 años, periodista radial, aporta su visión: “Es increíble cómo las formas del relato televisivo se impusieron en el lenguaje cotidiano. Por un momento, los adolescentes hablaban entre ellos como si fueran Marcelo Araujo con expresiones como ‘¿estoy crazy?’ o ‘estoy todo cagado Macaya’ o ‘lo que te devoraste’. Y no eran expresiones referidas al fútbol sino a cualquier cosa que pasara a diario. Recuerdo una vez que chocaron dos autos en el centro y uno de los conductores, muy ofuscado, se bajó gritándole al otro protagonista del choque si necesitaba un *telebeam* para medir la distancia de frenado. Risueño y en cierta forma dramático”.

Eso derivó también en programas vacíos de contenido. La mayoría de los envíos televisivos establecen pautas de acción con el entrevistado que exceden la complicidad hasta transformarse en entrevistas huecas, de poca profundidad y sin análisis; las polémicas de la

fecha ganan espacio por sobre el comentario del juego; las intimidades de los planteles se comen al análisis de las causas y los porqués un equipo gana o pierde. La inmediatez del resultado todo lo puede.

En definitiva, se le da al fútbol, un espacio que supera su realidad. Pareciera que todo pasara, la felicidad y la tristeza, la dicha o la pena, por si un equipo sale campeón o se va al descenso. Ganar está emparentado con la gloria; perder es pariente del fracaso. Todo se mide en esos modos. No hay términos medios.

Eso altera los estados de ánimos colectivos. Una sociedad futbolera, como la argentina, tendrá menos problemas si a la Selección le va bien. No importará, o al menos quedará todo maquillado, si la inflación deprecia los salarios, si la inseguridad es un problema latente o si la calidad institucional no es la adecuada. Esos serán problemas a resolver después de un Mundial, luego de ver si Boca o River son campeones o si determinado jugador es la figura que reforzará a tal o cual equipo.

Sobran ejemplos de este fútbol que todo lo atrapa: un Mundial organizado para tapan la más cruenta dictadura militar de la historia, una guerra en territorio nacional olvidada para dar paso a la participación de la Selección Argentina en otro Mundial, campañas políticas que se arman en torno al fútbol, un estado de sitio levantado de apuro para poder definir un torneo local.

El fútbol todo se lo come. Al punto de que hoy está en consideración nada menos que como un eje fundamental del proyecto de ley de servicios audiovisuales, en cuanto a si es ley que se deba pagar para ver fútbol o se mantiene la estructura actual de un negocio millonario por donde se lo mire, sin ningún tipo de intervención estatal. Se presenta así como toda una definición de lo que significa el fútbol en estos tiempos en nuestro país.

W., 51 años, lo refleja: “Tengo una vinculación sistemática, estructural y si se quiere primordial para mi vida con el fútbol. Veo mucho fútbol. Vivo de ver fútbol, escuchar fútbol, hablar de fútbol y escribir de fútbol. Notas periodísticas y ensayos. Pero cuando no estoy en el ejercicio profesional nada me cuesta confesar que me ocupa mucho la cabeza el destino de mi equipo predilecto. En fin, amo el fútbol”.

Si para un profesional de los medios, tamizado permanentemente por su propio trabajo, tiene un significado tan especial, para el público común adquiere, además, la impronta de autoridad que conlleva un mensaje emitido por un medio de comunicación.

Capítulo 3

La violencia

“No existís, no existís..., no existís”

(Canto de cualquier hinchas del fútbol argentino, respecto a su tradicional rival)

El fútbol, un fenómeno de opuestos

“Nosotros nos reconocemos como ‘nosotros’ porque somos diferentes de ‘ellos’. Si no hubiera ningún ‘ellos’ de los que somos diferentes, no tendríamos que preguntarnos quiénes somos nosotros”.
(Eric Hobsbawm)

Quizás por la necesidad de encontrar siempre un opuesto con el cual identificarse y medirse permanentemente o por una cuestión básica de los grupos humanos de encontrar su propia fisonomía en la confrontación, el fútbol argentino se fue convirtiendo, casi desde sus orígenes, en un fenómeno de opuestos.

Así como se trató de un fenómeno netamente porteño y desde allí, como ha sucedido en casi todos los órdenes de la vida geopolítica del país, se fue traspolando a todo su territorio, también encontró su forma de ser en el juego de los opuestos.

No existe un Boca si no es en su enfrentamiento con River. No hay Racing sin Independiente. No se entiende a Gimnasia si no es por Estudiantes. O viceversa en cualquiera de los casos. Es en esa dualidad de coexistencia y enfrentamiento que cada club, pero sobre todo sus hinchas, encuentran su razón de ser.

Cuenta F, 35 años, periodista gráfico: “Es una de las cosas más extraordinarias que tiene el fútbol argentino. ¿Por qué el hincha argentino parece preferir más la desgracia ajena que el triunfo propio? Me vuelvo loco cuando en los estadios ni bien se festeja un gol del equipo del que son hinchas, automáticamente aparece el insulto para el rival de toda la vida. Da la sensación de que únicamente el festejo es completo si además conlleva el sufrimiento del enemigo”.

Esta rivalidad tradicional, hoy corporizada en el ser del hincha argentino, en realidad llega desde los orígenes mismos de los clubes de nuestro país. Si en el inicio del fútbol organizado existe un fuerte componente de sentido de pertenencia local, es básicamente por el fenómeno regional o barrial, y también por el sector social de donde nacen.

En la Argentina de inicio del siglo XX, los clubes nacen en los sectores más populares de Buenos Aires, fundamentalmente, y de sus zonas de influencia: la Boca, Avellaneda, Parque de los Patricios, Boedo, Lanús.

Allí vive el proletariado, cuya referencia es el barrio, el pago chico. No hay forma de extrapolarse a otros destinos por su bajo nivel socioeconómico. Entonces, la identificación con los clubes surgentes es inmediata y obligada.

Es un hecho que en la Boca, todos serán de Boca o de River, cuando allí creció y se desarrolló. En Avellaneda serán de Racing o de Independiente. En La Plata tendrán que ser de

Gimnasia o de Estudiantes. En Rosario, de Central o de Newell's. Hay un fenómeno identificador que es innegable.

Cuando surgen esos clubes, los vecinos adhieren irremediabilmente. Los grandes, por su militancia dirigencial o por simple atracción. Los más chicos, porque el mandato familiar es irreductible. Para ellos, no ser de allí trae conflictos sociales. No existe otra alternativa.

No ser de los clubes del barrio, además, genera otro grado de marginalidad: no se forma parte de la comunidad que va creciendo en el lugar donde uno vive y pasa la mayor parte de su tiempo.

Pero, al mismo tiempo, nace inmediatamente esta sensación de diferenciación que el fútbol argentino tiene como marca de nacimiento. Las mayores rivalidades, la identificación negativa, aun hasta extremos de violencia ideológica, se dan cuando coexisten dos clubes en un mismo lugar.

La rivalidad insalvable entre Boca y River se da porque ambos tienen un mismo radio de acción: el barrio de la Boca. El traslado del segundo a Belgrano primero y a Nuñez después no engaña al enfrentamiento que estaba signado por la disputa de un mismo territorio cuando ambos nacían. Después solamente tuvieron que acrecentar esta decisión de ser distintos.

La escisión de un grupo de socios de Gimnasia para crear Estudiantes tiene su razón de ser en la necesidad de diferenciarse uno del otro. Después, la rivalidad subyace y se incrementa porque los dos disputan un mismo lugar: la capital de la provincia de Buenos Aires.

Lo mismo sucederá en Avellaneda, en Rosario, en Tucumán, en Santa fe o en Córdoba. Y no es casual que esta realidad se repita en las principales ciudades del país como un espejo de lo que pasa en Buenos Aires. Ya quedó explicado que esa rivalidad fue el reflejo exacto de lo que pasaba en el gran centro urbano y que la radio, fundamentalmente, se encargó de difundir por todo el territorio nacional.

Conforme el fútbol se va desarrollando, hay una necesidad imperiosa de encontrar el rival del cual diferenciarse.

Así, alejados de los clubes grandes, también crecen clásicos con la misma fuerza, a escala menor: hay un Banfield porque existe un Lanús, hay un Atlanta para diferenciarse de Chacarita, surge un Argentinos Juniors para ser la contra de All Boys...

Sobran los ejemplos de esta dualidad de rival y referencia contemporánea. La mayoría de las veces está referida a una cuestión geográfica que bien podría dirimirse como una pelea por el dominio territorial. Queda mucho más claro en las ciudades del interior, que, lejos de agruparse detrás de un único objetivo para pelear contra el centralismo porteño y tratar de insertarse en el fútbol grande, crea sus propias opciones clásicas: Rosario Central o Newell's

en Rosario, Colón o Unión en Santa Fe, Talleres o Belgrano en Córdoba, Atlético o San Martín en Tucumán, etc.

Pero también se da esta dicotomía en ciudades con menor presencia de fútbol profesional: Juventud Antoniana o Central Norte en Salta, Aldosivi o Alvarado en Mar del Plata, Atlético o Ben Hur en Rafaela, Rivadavia o El Linqueño en Lincoln.

En estos partidos va la vida, entendida únicamente como la decisión de ponerle todo a un partido, de cada región en particular.

Sin embargo, el fenómeno de identificación propia y en virtud del clásico rival se mantiene y persiste aún con la desaparición gradual de los barrios y por ende su vida propia e intrínseca. Es más, el paso del tiempo lo afirma al punto tal de encontrarnos hoy con clásicos que poco tienen que ver específicamente con la territorialidad y sin embargo se retroalimentan de manera constante.

Con seguridad, esto responde a las condiciones sociales vigentes en el mundo entero en la época de la industrialización y de la sociedad que de ella deriva, cuando los modos tradicionales de lograr identidad en las relaciones familiares o barriales entraron en crisis. Hoy, es más fácil ser de Boca que del club del barrio. Hoy es más normal identificarse con un club súper profesional aunque distante, que encontrar representación en organizaciones intermedias.

Sin embargo, sigue predominando el fenómeno de la diferenciación. Hay una necesidad casi extrema de encontrar el rival que le dé sentido a la propia vida del hincha. Y esto se traspolo en postales futboleras que adquieren fuerza de ley: un jugador que haya vestido una determinada camiseta no puede gritar un gol contra su ex equipo cuando le toca enfrentarlo, un futbolista del clásico rival nunca podría jugar en el otro equipo, un rival nunca será ídolo si jugó en la contra, se festeja tanto una victoria propia como una derrota del rival de toda la vida.

En ese contexto de oposición eterna, de valorización del sentimiento propio pero sobre todo de desvalorización del otro, es donde el fenómeno de violencia encuentra en el fútbol un caldo de cultivo que, según pasan los años y esa dualidad de profundiza, será el germen de una situación que lastimará a las entrañas mismas de un deporte pasional como pocos e intrincado como ninguno.

El fútbol como un escenario violento

“La sociedad instala el fútbol en un lugar donde se entiende como legítimo cierto nivel de violencia. Allí vale el insulto, la bronca, la descarga”.
(Enrique Macaya Márquez)

Los datos estadísticos indican que el 16 de julio de 1916, con un fútbol en pleno crecimiento y lejos todavía de la fiebre profesional, cuando se produjo el primer episodio de violencia en el fútbol argentino.

Las por entonces improvisadas fuerzas del orden -apenas 18 policías presentes en la cancha- nada pudieron hacer para evitar lo que algunos investigadores coinciden en llamar el primer hecho de violencia del fútbol argentino. Las crónicas de la época dicen que aquel frío día quisieron entrar 40 mil hinchas en el estadio de Gimnasia y Esgrima de Buenos Aires en un partido entre las selecciones de Argentina y Uruguay. Ése, precisamente, fue el primer problema: allí, y únicamente amontonados, cabían 20 mil. Así arrancó la barbarie aquella tarde en la arbolada zona de Palermo.

Fue tal el descontrol que, más allá de suspenderse el partido, los sombreros que usaban los señores y señoras presentes allí, terminaron totalmente quemados por el fuego que consumió el 90 por ciento de las tribunas de GEBA. Y muchos de los cuellos palomita de las pitucas camisas acabaron manchados con la sangre de los cientos de heridos.

La violencia en el fútbol tenía su carta de presentación en un deporte todavía lejos de este fenómeno inconmensurable en que se convirtió con el correr de las décadas.

Esto que parece más bien un escenario de los tiempos modernos, en realidad ya existía esporádicamente desde las primeras décadas del siglo pasado. Fue el germen de una espiral cada vez más dolorosa y difícil para la sociedad argentina que se vuelca masivamente al fútbol de cada fin de semana, y también para aquellos que no son parte de esta cultura futbolera pero les toca de cerca, aun sin quererlo.

¿Qué es lo que hace que el fútbol sea ese escenario violento al que no se le encuentra solución?

Hay una teoría catártica que lleva al espectador común a descargar en el fútbol las pasiones contenidas y por qué no, las frustraciones acumuladas en la vida familiar, laboral o social. Es, de alguna manera, un lugar donde el individuo común se permite cosas que no adopta en la vida cotidiana.

Al menos así funcionaba hasta hace un tiempo. Lo cuenta D., de 37 años, periodista de un sitio de Internet: “Yo iba a la cancha con mi papá y me acuerdo que él desafiaba todas las

leyes de mi educación puteando al rival, al árbitro y alguna vez a los propios jugadores de su equipo. Y yo no entendía bien por qué él podía hacer todo eso y a mí me caía todo el peso de la ley cuando apenas me mandaba una macana en casa”.

Esta sensación de que todo se puede en un estadio de fútbol creció de manera notable en las últimas dos décadas. Si antes era vía libre para gritar y dejar aflorar las emociones contenidas, ahora también es un escenario propicio para que uno se saque las ganas de decir y hacer cosas que en otros ámbitos están vedadas.

El ex árbitro de fútbol Jorge Vigliano, al respecto, tiene una frase que pinta de manera exacta esta sensación: “El fútbol es un gran detector de tontos. En una cancha se comportan como tales el más educado y el ignorante que nunca pudo acceder a la más mínima educación. Se igualan todos, generalmente para el lado de decir o hacer una tontería”.

En efecto, hay un componente social que universaliza al fútbol. En un estadio, en el fragor de un partido que se juega con vehemencia en la cancha y se siente con tensión y nerviosismo en las tribunas, no hay clases sociales.

El más poderoso actúa igual que el más postergado. Y si bien lo hacen bajo formas diversificadas, el espíritu es el mismo: hay una violencia contenida que se expresa de distintas formas.

El docto, el instruido, el poderoso, el que puede pagar un abono caro o una platea acomodada, vive en el estadio como un desafortunado más. El marginal, el que no tiene esas oportunidades, el que camina por el lado más difícil de la vida, se expresa igual que aquél.

Insultan por igual el juez y el albañil, el médico y el desocupado, el abogado y el analfabeto. Incluso la estadística de los hechos violentos en el fútbol da cuenta de agresiones a jugadores rivales o integrantes de las ternas arbitrales que provinieron de las plateas más caras, ésas adonde no tienen acceso los hinchas comunes.

Eso se emparenta directamente con la violencia que luego se expresa en grupos organizados que derivan en episodios lamentables. Basta para entenderlo los aplausos que generalmente aparecen en un estadio cuando las barras llegan a sus puestos. Aunque es justo decirlo, en los últimos años esa sensación de fascinación fue mutando hacia un sentimiento de desprecio y repudio, cada vez más creciente.

Pero además de esta catarsis individual y colectiva que se expresa domingo a domingo, también hay en el propio juego una simbiosis violenta que conlleva a la violencia en el fútbol. Los propios términos del juego remiten a ello: “patear”, “rival”, “quemar”, “fusilar”, “enemigo”, “estrategia”, “oponente”, “batalla” . Son todas palabras que de por sí solas remiten a un escenario de confrontación, de violencia.

El psicólogo Jacobus Buytendijk mostró, en su análisis, la relación entre la agresión y las características específicas del fútbol. Afirma que el acto de patear la pelota es ya de por sí esencialmente agresivo y crea un sentimiento de poder. “En el pie y exclusivamente en él está disimulado el secreto de la atracción particular que ejerce el fútbol en oposición a otros juegos de pelota. Ahora bien, el pie significa patear, es decir, una forma determinada de agresión y un comportamiento determinado con respecto al cuerpo, la base de una virilidad demostrativa y la dureza que le pertenecen de modo inseparable, dureza que llaman brutalidad” (10).

La década del '70, la espiral de la violencia

“El pueblo no dejó nunca de alzar la bandera de la liberación, la clase obrera no dejó nunca de rebelarse contra la injusticia”.
(Rodolfo Walsh)

Muchos historiadores de las últimas décadas de la vida social argentina coinciden en afirmar que la Argentina se convirtió en un escenario violento fundamentalmente a partir de los años 70, momento en que distintos grupos extremistas eligieron el camino de las armas para buscar imponer su ideología, lo que fue contestado con la más terrible represión estatal de la que se tenga memoria.

Rara paradoja de este país, que declaró su independencia casi sin alzar las armas: encontró la peor lucha armada en tiempos en que se suponía debía ser la de la instauración definitiva de un sistema democrático que era constantemente amenazado por las alzadas militares y antipopulares.

Horacio Verbitsky explicita, contextualizando este fenómeno, que “para hablar de la violencia argentina en los 70 es imprescindible hablar de la violencia argentina en los 50. Yo tenía 13 años en junio de 1955, iba al colegio a dos cuadras de Plaza de Mayo, al turno tarde, salía un poco después de las 12.30 de la boca del subterráneo, cuando vi cómo comenzaban a caer bombas en la Plaza de Mayo. Desde mi nacimiento hasta ese momento, no había visto nunca ningún episodio de violencia vinculado con la política. El bombardeo de junio del '55 es el comienzo del fin de un gobierno popular, cuyo derrocamiento por la fuerza implicó una sustitución de intereses de clases y una transferencia de ingresos muy fuerte de unas clases a otras” (11).

Si bien el país se ha caracterizado por fenómenos de violencia en gran parte del siglo XX, lo vivido en los '70 potenció los enfrentamientos que nacían en una lucha ideológica y política, y de los que se hizo eco el fútbol transformando a los hinchas comunes en barras, y posteriormente, en barras bravas.

En contraposición a lo que sostiene Verbitsky, el sociólogo Oscar Terán explicita que “toda época tiene su propia textura, para la cual demanda consideraciones específicas. Por consiguiente, los sucesos de las vidas humanas no pueden adosarse a ningún sistema previo; deben en cambio ser considerados en relación con individuos y grupos particulares en situaciones históricas igualmente específicas. Dudo entonces de la intemporalidad del sentido de los actos humanos porque creo que el mismo no es autosuficiente sino que se basa en su conexión con el mundo y con una determinada atmósfera histórica” (12).

Sin embargo, ambos coinciden en ese punto neurálgico de 1955 como la clave de lo que sería esa espiral violenta de unos quince años después.

La década del 70 es, claramente, el momento en que la tranquila sociedad argentina, que salvo en grupos muy específicos había asumido los sucesivos golpes de Estado con una naturalidad increíble y casi con beneplácito, muta hacia métodos violentos que son encarnados por grupos claramente diferenciados y específicos.

Sin embargo, la ola de violencia desatada en esos años encuentra adhesiones: muchos actos subversivos son tomados como una revancha contra el poder establecido y tiránico, mientras que la represión organizada adquiere relevancia popular con aquella célebre frase “algo habrán hecho”.

Así como existen épocas en las cuales las ideas desempeñan un papel menos activo en el escenario político y hay una cierta inercia que permite que pase todo lo que va pasando, hay otras etapas de la vida de los pueblos donde se imponen por sí solas y son el eje motor de los cambios. En ese sentido, las décadas del 60 y 70 estuvieron habitadas por intensas pasiones ideológicas.

Es en ese tiempo que los actores involucrados en las violentas confrontaciones políticas resultaron en buena medida configurados por concepciones con fuertes tendencias totalizadoras, pero provenientes, claramente, de ideas que dominaban el horizonte político y social.

No es la intención ni tampoco el objeto de estudio de este trabajo de investigación realizar un profundo análisis del fenómeno de violencia de esos años, sino encontrar en ese escenario un punto de partida para entender cómo se trasladó al mundo del fútbol y en consecuencia en la expansión y dominio de las barras bravas como elemento preponderante de los últimos años.

La aparición del peronismo en 1945 desencadenó una intensificación de la denegatoria de legitimidad que partió literalmente a la sociedad en dos bandos irreconciliables, casi rompió para siempre el pacto de convivencia en el disenso. Fue a partir de entonces que se estaba “con nosotros” o “contra nosotros”, pudiéndose usar esta expresión desde el lugar donde cada uno quisiera estar parado.

Desde 1946, los actores político-sociales dirimieron centralmente una elección entre ellos y nosotros, entre los buenos y los malos. El período se caracterizó por una notable redistribución económica en favor de las clases trabajadoras; fenómeno acompañado de una caída de la deferencia de los sectores populares hacia las escalas superiores de la sociedad. Todo ello fue generando un marco de violencia incipiente, donde todos parecían tener derecho a estar en contra del otro: unos porque se acababan privilegios de clase históricos, y otros

porque querían avanzar un poco más sobre quienes los subyugaban hasta entonces. Los bombardeos de Plaza de Mayo en 1955 marcaron un punto extremo de la violencia. Sin embargo, fue bien vista por algunos. La violencia ganaba así un prestigio del que no debería haber gozado nunca.

Este trasfondo donde encontramos el origen de la violencia política en nuestro país no se despliega no obstante como un destino fijado para siempre y será enriquecido y complejizado por una serie de fenómenos novedosos y decisivos que se sucedieron como la repetición de golpes militares a gobiernos elegidos democráticamente, la proscripción al peronismo, la falta de oportunidades para las clases que habían asomado la cabeza a partir del 45 y la creación de un Partido Militar que se encargó de ofrecerse, sin voluntad popular que lo ratificara en las urnas pero sí en la práctica, para ser la alternativa obligada de poder capaz de reimplantar el orden perdido.

Si hay una modernización cultural y una radicalización política que describen ya a mediados de la década del 60 una dialéctica en ascenso, junto con ellas operaría la intervención de fuerzas conservadoras desde el Estado y desde la sociedad.

La revolución cubana mostró a los más radicalizados que había un camino armado que se podía seguir. Y preparó a las fuerzas reaccionarias para un enemigo siempre magnificado.

Fueron estos, en modo resumido, los dos grandes factores que generaron esa violencia que caracterizó a la Argentina de los 70, violencia que abrió un debate nunca resuelto y que aún hoy parece dividir a la sociedad entre buenos y malos, siendo el sentido de interpretación de cada “bando” el que uno le quiera dar: hay sectores que afirman que buenos fueron los que buscaron un mundo mejor aun a costa de cometer excesos, mientras que hay otros que siguen creyendo en la inocencia y patriotismo de los que usaron el aparato represor del Estado para abortar cualquier práctica de intento de cambio.

Los episodios subversivos que se desencadenan fundamentalmente a partir del secuestro y asesinato del general Pedro Aramburu, y la feroz represión articulada desde las Fuerzas Armadas derivaron en la peor noche del país que arrancó el 24 de marzo de 1976.

Ese período lamentable de la historia nacional conllevó no sólo ya la pérdida del sentido de país, sino también un debilitamiento progresivo del valor de la vida, de la libertad, de la otredad, del prójimo.

Los que morían, morían por algo y no importaba saber por qué. “Algo habrán hecho”, se decía. “A mí no me vinieron a buscar”, se repetía. Amén de meter la cabeza en la tierra como el avestruz, lo que hacía cada argentino medio era mostrar, muy probablemente de manera involuntaria, un desprecio por el respeto a la libertad y a la vida que derivó en consecuencias

más lamentables que los años sin democracia, los desaparecidos o la herida social que nunca terminó de cicatrizar.

Se generó un caldo de cultivo de violencia que se enquistó definitivamente en la sociedad, no ya como un valor a despreciar sino como una compañía habitual, que terminó por ser natural.

En el fútbol, esos años tuvieron una situación de espejo de lo que pasaba en la vida cotidiana. Si hasta entonces los "barras" eran muchachos pintorescos que hacían gala de su bravura para defender los colores de su pasión, a partir de allí pasaron a ser grupos más o menos organizados donde la violencia creció de manera inusitada.

Aquella violencia primitiva de los hinchas más poderosos era distinta: nada organizada, bastante más aislada y muchísimo menos sangrienta que la de los siguientes tiempos violentos. Antes, la bravura consistía en robar una bandera o correr a un hincha rival. De ahí no pasaba. Ya con la violencia sistemática adentrada en el cuerpo social, y luego con la introducción de la droga y la política, se trató directamente de matar. Incluso, matar premeditadamente.

De hecho, los episodios sangrientos están datados, fundamentalmente, a partir de la década del 80, donde veremos cómo la violencia en el fútbol se convirtió en un fenómeno de proporciones casi inabarcables.

Pero ese germen que dejaron los años 70 estaba instalado y con fuerza para crecer, en gran parte, por la inacción de los que debieron tomar el toro por las astas y no lo hicieron, justamente porque esa mano de obra desocupada luego de 1983 y que había generado el aparato represor estatal de la dictadura, se terminó transformando en un socio permanente, a veces inmanejable, pero ciertamente siempre útil.

Democracia, el florecer de las barras organizadas

“La democracia también es tolerante en aceptar una dosis de injusticia para evitar nuevas injusticias”.
(Umberto Eco)

El final de la noche más larga y oscura de la vida política de la Argentina trajo un aire de esperanza que el tiempo, con su paso inexorable, se fue deglutiendo hasta terminar en el “que se vayan todos” de diciembre de 2001, cuando perdió vigencia todo el sistema de representación que el orden democrático impone de por sí.

Sin embargo, es una verdad casi dogmática que a partir de 1983 se genera una sensación de libertad que el pueblo argentino extrañaba desde décadas atrás.

Paradójicamente, en el mundo del fútbol, ese reverdecir de los valores democráticos trajo aparejada la consolidación y el crecimiento de las barras bravas como fenómeno omnipresente. Efectivamente, el fenómeno de estos grupos alcanza en esos años su mayor grado de desarrollo.

Hay denuncias mediáticas y también judiciales de que muchos de sus integrantes habían sido parte importante del aparato represivo estatal durante la dictadura, en abierta complicidad con los más altos jefes de las Fuerzas Armadas. Y retirados del centro de la escena, estos integrantes de los denominados grupos de tareas debieron encontrar un plano de acción. Ése fue el fútbol.

Es en este tiempo donde la violencia se convierte en barbarie. Y los grupos organizados en torno a las barras de los clubes, empiezan a ser protagonistas reiterados en los fines de semana: se enfrentan entre sí, con las fuerzas policiales, aprietan a dirigentes, entrenadores y jugadores de su propio club. Los desmanes se reiteran sin solución de continuidad y con una frecuencia inusitada hasta entonces, ante los ojos de una sociedad que quería vivir en democracia pero escondía la basura bajo la alfombra.

Amílcar Romero, el primer periodista que investigó en serio el fenómeno de la violencia en el fútbol argentino, definió a esta etapa de las barras bravas como “la del espacio político, alta organización, consolidación y un rol claro, militante, activo, tanto en el proceso electoral con vistas al retorno a la institucionalidad, así como luego, una vez reinstalada ésta, la adscripción y uso de los sectores más mercenarios, incluso por sectores del oficialismo”. (13)

Se produce además, un cambio generacional en las barras. No ya en sus líderes, que siguen teniendo por encima de 30 años, sino fundamentalmente en la “tropa”, formada cada vez más con mayor fuerza, por menores que en muchos casos apenas superaban los 14 años.

Este componente de menores en la orilla del delito vinculado al fútbol tiene dos componentes fundamentales: las leyes que el Congreso de la Nación fue sancionando protegiendo a los menores y la marginación social que la dictadura había dejado y que se expresa en la afiliación a estos grupos de chicos sin esperanzas ni posibilidades.

Es aquí cuando se presenta una hipótesis interesante: si la marginalidad explica la intervención de personas de tan corta edad, pues entonces la violencia de las barras bravas es social y no simplemente sectorizada. Pero, si se tiene en cuenta que estos grupos son utilizados por ciertas agrupaciones o por algunos dirigentes políticos y que las organizaciones sindicales les dan un espacio antes reservado sólo a la militancia gremial, entonces además de social, es política.

Como sea, en esos años del resurgir de la democracia, las barras bravas empiezan a desarrollarse en profundidad, con organizaciones y hasta con sedes.

Es el momento en que las barras no sólo se inmiscuyen en el espectro político y gremial, sino que además empiezan a tener injerencia rotunda con otros estamentos del fútbol, principalmente sus dirigentes.

¿Cómo se da este acercamiento de los que hoy son temidos y detestados? En el plano de los sindicatos, aquella mano de obra de los grupos de tareas se presenta como ideal para la dura dirigencia sindical que resiste al gobierno radical de Raúl Alfonsín y que trata de mostrarse como la única fuente de poder genuino tras la estrepitosa derrota del justicialismo en octubre del 83.

Y se convierten en la fuerza de choque y en estandartes de las numerosas movilizaciones y huelgas que se suceden entre diciembre de 1983 y julio de 1989 cuando Carlos Menem sucede en la presidencia de la Nación a Alfonsín.

Lo mismo pasa en el plano político. Las masivas y multitudinarias movilizaciones del período predemocrático se fueron perdiendo apenas la gente, antes definida como “el pueblo”, empezó a notar que la democracia le permitía votar pero no le resolvía de manera inmediata los problemas cotidianos.

Esa capacidad movilizadora de los partidos políticos tradicionales y también de los que iban surgiendo, encontró en las barras bravas una clientela muy dispuesta y no tan onerosa, al menos en el inicio de esta particular sociedad. Y se da en estos tiempos, una nueva forma de empleo: políticos y sindicalistas contratan a los barrabravas como personal de seguridad

privado, sin instrucción ni contención, pero capaces de garantizar por sí solos una dosis de temeridad en el otro que los convertía en gente importante.

Por eso, empezó a ser cada vez más común ver a las barras en los actos políticos, en las movilizaciones sindicales, en aquellas citas que demandaban no sólo una cuestión numérica, sino fundamentalmente una demostración de poder, de fortaleza. Y si, como veremos más adelante, la construcción de la identidad del barrabrava está asociada a su cuerpo, ¿qué mejor que esos tipos fortachones y valientes para dar una demostración de fortaleza?

La síntesis de aquel tremendo crecimiento de las barras se vio ejemplificada en el Mundial 86, cuando Argentina se consagró campeón en México.

Impulsada por Carlos Bilardo, entrenador de ese equipo, y con aval suficiente en la dirigencia de la Asociación del Fútbol Argentino, se impuso la idea de que la Selección Argentina necesitaba contar con un aliento especial, pero también con un reaseguro de protección contra potenciales ataques de otras hinchadas. Se temía especialmente por los famosos y peligrosos *hooligans*.

Por eso, viajaron especialmente pagados por la AFA una treintena de barrabravas de Boca encabezados por su líder José Barrita, el “Abuelo”, como también unos veinte barras de Chacarita, liderados por Roque Miranda, por entonces enfrentados muy peligrosamente.

Sin embargo, existió una tregua que los puso detrás del gran objetivo común: apoyar a la Selección y mostrar la bravura de los machos argentinos ante el mundo.

El crecimiento de las barras se dio fundamentalmente por la cada vez más oprobiosa cultura del apriete hacia adentro del mundo del fútbol, y de la permanente presencia en los sectores sindicales y políticos.

En este rubro, el fenómeno tuvo un sentido de pago chico de enorme preponderancia. Fue en el Gran Buenos Aires, fundamentalmente, donde cada cacique distrital pactó con las barras para tener seguridad y para que no le embarraran la cancha.

Pero el fenómeno se extendió por todo el país, sin importar si se trataba de estructuras súper profesionales como podía ser el fútbol de Primera División, o de entidades de menor convocatoria y menores recursos como clubes del interior o del ascenso en el conurbano bonaerense.

Así, no fueron de extrañar los cargos que aparecieron en distintas dependencias estatales en donde los barras, algunos con procesos abiertos por efecto de delitos vinculados al fútbol, tenían contratos de tipo político, o revistaban en planta permanente, o más acá en el tiempo, manejaban los planes sociales con los cuales tejían una implicada red de clientelismo.

Varios políticos las utilizaron como grupos de choque para sus campañas electorales. Un ejemplo de esto es la utilización de la barra del club Deportivo Morón por parte de Juan Carlos Rousselot, en ese momento intendente de Morón, quien la utilizó para suspender una sesión del Concejo Deliberante en la que se cuestionaba un plan de obras públicas propulsado por él.

Otro ejemplo de la estrecha relación entre barras y poder político se dio en enero de 1993, cuando el entonces presidente Menem le conmutó la pena a Emilio Narvárez Chávez, condenado por asesinar a Saturnino Cabrera el 14 de diciembre de 1990 en el estadio de Boca Juniors.

Pero la relación más paradigmática de los últimos años fue la de Luis Barrionuevo, dirigente sindical y político peronista, y la barra brava de Chacarita Juniors. La barra brava de este club, presidido durante varios años por Barrionuevo, tuvo incidencia en diferentes situaciones políticas de la Argentina. En 1988 integraron el brazo civil del tercer alzamiento carapintada, encabezado por el coronel Mohamed Alí Seineldín contra el presidente Alfonsín. Pero el hecho más significativo se produjo en marzo de 2003, cuando debían realizarse en la Provincia de Catamarca las elecciones para gobernador. La candidatura de Barrionuevo había sufrido una impugnación, ya que no alcanzaba la residencia mínima que exige la legislación. Debido a esto, el día de la elección se produjeron incidentes en la provincia que obligaron a la suspensión de la misma. Entre los detenidos por los disturbios la mayoría eran integrantes de la barra brava del club de San Martín-

Más acá en el tiempo, también existe una relación muy estrecha entre Los Diablos Rojos (barra del Club Atlético Independiente) y el líder de la CGT Hugo Moyano. El jefe de un sector de esa barra, apodado El Polaco, es guardaespaldas del dirigente sindical. Además, un integrante de esa barra, Emilio "Madonna" Quiroz, se hizo conocido el 17 de octubre de 2006 durante los incidentes producidos durante el traslado de los restos de Juan Domingo Perón a una quinta ubicada en San Vicente. Allí, Quiroz disparó contra un grupo de sindicalistas de la UOCRA, durante un enfrentamiento entre éstos y el Sindicato de Camioneros. Entre los miembros del otro gremio también se encontraban barrabravas de Estudiantes de La Plata y de Defensores de Cambaceres.

Pero como el Frankenstein que termina con la vida de su propio creador, las barras se terminaron comiendo al fútbol. Y pasaron de ser los socios que no traían problemas a los inadaptados que todo lo complicaban.

Ese crecimiento de las barras bravas se cristalizó también en la acción del Estado que no tuvo más remedio que adaptarse, aunque tardíamente, al nuevo escenario.

Así apareció la ley 23.184 llamada “Ley De la Rúa”, la ley que penalizaba específicamente los ilícitos cometidos en los estadios de fútbol y en sus adyacencias, luego modificada por la ley 24.192 que amplió los poderes y atribuciones de aquella norma.

Pero no sólo en lo estrictamente legislativo hubo movimientos importantes. El Poder Ejecutivo de la Nación creó la Subsecretaría de Seguridad de Espectáculos Futbolísticos, dependiente del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, un organismo capaz de regular todo el marco de seguridad en torno a los partidos de fútbol, como asimismo de castigar a los clubes y sus dirigentes por episodios provocados por barrabravas. Y en la provincia de Buenos Aires, desde el Ministerio de Seguridad se crearon oficinas especiales para controlar todo lo vinculado a espectáculos deportivos, se capacitó especialmente a grupos policiales y se gestó el organismo con mayor poder del que se tenga registro en la materia, el Comité Provincial de Seguridad Deportiva (CoProSeDe), capaz de habilitar o suspender estadios, de reprogramar partidos y hasta de disponer, como está en vigencia actualmente, la prohibición de público visitante en los torneos del Ascenso.

Hoy, a 25 años de la reinstauración democrática, el fútbol asume una cuenta pendiente: la de frenar este fenómeno aún creciente de las barras bravas. Sin embargo, a la hora de repartir culpas, las mismas no quedan solamente en las canastas de los clubes y sus conducciones: el poder público y quienes lo instrumentan han sido el caldo perfecto donde estos grupos crecieron hasta tornarse indomables.

Capítulo 4

Las barras bravas

“Las cosas a las que usted les tiene miedo son invencibles, no por su naturaleza, sino por la forma en que usted las ve”

(Jewel Kiltcher)

¿Qué es un hincha?

*"¿Y para qué trabaja uno si no es para ir los domingos y romperse los pulmones en las tribunas hinchando por un ideal? ¿O es que eso no vale nada? ¿Qué sería del fútbol sin el hincha?"
(Enrique Santos Discépolo, en el film "El hincha")*

Desde hace mucho tiempo ya, el fútbol profesional no se concibe si no es a partir de la presencia de los hinchas. Si fuera cierta esa premisa de que para que haya un partido de fútbol se necesitan apenas dos equipos dispuestos a jugar y una pelota de por medio, no es menos cierto que en el campo de un fútbol desarrollado, ya lejos de aquel espíritu meramente lúdico de sus comienzos y abrazado definitivamente a la necesidad de un público que legitime lo que pasa dentro de una cancha, el hincha ha ganado un protagonismo central.

Pero aquí empieza a plantearse la duda respecto a qué es un hincha, cuáles son sus características, qué identidad lo asimila y cómo ese individuo puede mutar hacia algo más complejo y característico como es el barrabrava.

El origen de la palabra "hincha" es algo difuso, pero los historiadores lo ubican en Montevideo, Uruguay, en los albores del siglo XX.

Está referido a Prudencio Miguel Reyes, talabartero de profesión, quien había sido contratado por el Club Nacional de Football para encargarse de las labores que hoy en día son cumplidas por los utileros. Así, en un estadio muchos menos desarrollado de lo que hoy significa el *merchandising* que rodea a los equipos de fútbol en cuanto a indumentaria, se ocupaba, entre otras cosas, de inflar con aire las pelotas con las cuales se jugaba. Esa tarea, la de hinchar las pelotas (otra expresión popular que deviene del fútbol), se realizaba antes de cada partido a mano, ya que por entonces aún no existían máquinas para hacerlo.

Lo notable es que Reyes, además, se había vuelto un entusiasta seguidor de Nacional y alentaba a su equipo con arengas y gritos que sobresalían por encima de los de los demás fanáticos.

Fue cuando los comentarios de la gente no se hicieron esperar: "¡Mirá cómo grita el hincha!", decían refiriéndose al utilero, por su tarea de "hinchar" los balones. El uso constante del vocablo no sólo identificaba a aquel talabartero, sino que su noble aliento generó adeptos y tenía cierta reputación alentar como el hincha. Así fue como poco a poco el término se fue aplicando a todo aquél que durante los encuentros alentaba fervorosamente a su equipo. Rápidamente cruzó el Río de la Plata, se instaló en Buenos Aires y desde entonces, los grupos de simpatizantes que gritaban mucho en los estadios se convirtieron en grupos de hinchas y por ende, en su colectivo, hinchadas.

Esto también tuvo una implicancia de carácter de clase. En los inicios del siglo XX, el fútbol tenía todavía un fuerte sesgo cultural inglés y, por ende, de las clases criollas más acomodadas de entonces. Como los hinchas, ya reconociéndose como tales, se aglutinaban lejos de aquellos, rápidamente se distinguió entre el fino espectador y la hinchada, término que contenía un carácter claramente despectivo.

Definido el hincha, desde el más estricto sentido académico, como “partidario entusiasta de un equipo deportivo” según la Real Academia Española, queda claro que la intrincada trama social que une a ese espectador de fútbol lejos está de ser contenida en esa afirmación.

Existen diferentes posturas teóricas respecto a la identidad. Una apretada síntesis de las mismas podría afirmar que las posiciones más claras, enfrentadas, corresponden a esencialistas y constructivistas.

Algunos investigadores sostienen la primera de las posturas, donde conciben a la formación de la identidad como un elemento estanco, estático, preexistente a los mismos grupos. Se desconoce así la historia propia del grupo, que va constantemente construyendo su propia identidad.

Los nuevos enfoques acerca de la identidad, en cambio, enfatizan su carácter plural, cambiante, constituido en los procesos de cambio por el reconocimiento social. Las identidades son, entonces, construcciones simbólicas que involucran representaciones y clasificaciones referidas a las relaciones sociales y las prácticas, donde se juegan la pertenencia y la posición relativa de personas y de grupos en su mundo.

El resultado, entonces, sería una ampliación del concepto de identidad. Entendida ahora como un proceso constituido sobre diferentes bases, la identidad respondería a condiciones socioeconómicas, políticas e históricas específicas.

Entonces, la identidad cultural permite plantear un principio de diferenciación, otorga reconocimiento, todo posee un sentimiento de identidad fruto de múltiples pertenencias a los diversos grupos en los cuales nos identificamos: hombres, mujeres; identificación política; intereses comunes, proyectos, experiencias, valores; construimos un sentimiento de apego al propio grupo ya sea en función del idioma, herencia cultural, territorio. Todo ello genera personas únicas e irrepetibles, ya que la identidad radica en la existencia de la diferencia.

Entonces, si cada grupo humano se caracteriza fundamentalmente por la identidad colectiva entendida como el estado de conciencia implícitamente compartido de unos individuos que reconocen y expresan su pertenencia a esa categoría de personas, a una comunidad que los acoge, los hinchas de fútbol empiezan a reconocerse, inequívocamente, por su sentido de

pertenencia a los colores, al club, a la pasión que los une y que los representa en el equipo al que aman y siguen.

Sin embargo, sería una labor científica incompleta creer que esa definición de por sí define lo que es un hincha.

El concepto de identidad debe ser concebido como una representación o construcción simbólica. Los grupos se diferencian por medio de una definición que crea tanto al grupo de pertenencia, el "nosotros", como al grupo enfrentado, el "otro" o el "ellos".

Como dice Eric Hobsbawm, "nosotros nos reconocemos como 'nosotros' porque somos diferentes de 'ellos'. Si no hubiera ningún 'ellos' de los que somos diferentes, no tendríamos que preguntarnos quiénes somos nosotros" (14).

Es justamente en esta identidad que se encuentra el alma del hincha: sentirse parte de un grupo no sólo ya por la red de interrelaciones que lo conforman, sino también, casi fundamentalmente, en oposición al grupo que no lo representa ni lo contiene.

En términos fácticos, es posible encontrar que en los hinchas de distintos clubes, haya un tejido muy similar en su conformación. Lo que los distingue es el eje centralizador y la oposición a los demás.

Los hinchas de Gimnasia son, estructuralmente, muy parecidos a los de Estudiantes, por citar los dos polos futbolísticos de la ciudad de La Plata. Su sentido de pertenencia parte de la misma premisa. Pero al mismo tiempo, son claramente opuestos. No se concibe un hincha que pase de un equipo a otro.

Si la mutación política es dable, si hasta se pueden encontrar individuos que ideológicamente han pasado de un extremo al otro, es casi imposible hallar un hincha que, en uso de su voluntad y poder de decisión, haya cambiado de sentimiento.

No es casual. Juega en esto de manera fortísima la ligazón que une a los hinchas con su razón de ser: son hinchas de un club, de un equipo y no de una generalidad.

Es esa camiseta, ese sentimiento, por lo general traspasado generacionalmente sin ser éste el único resorte de la adopción pasional en torno al fútbol, el que los une, los identifica, los moviliza y los hace ir creando constantemente la identidad colectiva.

Incluso, cuando se da una situación que los unifica, como por ejemplo las presentaciones de la Selección Argentina de fútbol, los hinchas se convierten en miembros de una identidad más amplia, con la misma red interna ya expuesta, pero sin dejar de mantener la marca en el orillo.

Por eso no ha de extrañar que en los partidos que juega el seleccionado, los hinchas busquen diferenciarse respecto a su origen sentimental: son capaces de ir a la cancha con una bandera argentina, pero también con la de su propio club.

Sus categorías

*"Un fanático es alguien que no puede cambiar de mentalidad y no quiere cambiar de tema".
(Winston Churchill)*

Conocido ya este actor principal del gran mundo llamado fútbol, se presenta el problema de definición respecto a qué es una hinchada de fútbol y quienes la conforman. Queda claro, mediante una simple observación de un partido de fútbol, que no todas las personas que concurren a un estadio tienen los mismos modos de presentarse y de manifestarse ante el mismo objeto.

Probablemente, incluir a todos los espectadores en un mismo grupo podría obstaculizar seriamente la posibilidad de pensar y de comprender en profundidad esta realidad que engloba a los hinchas.

Se planteaba en el apartado anterior cómo era ese intrincado camino para que un hincha se transformara en un barrabrava. Expresado así, inmediatamente se infiere que estas dos formas de expresión no son simplemente eso, sino que naturalmente están hablando de categorías distintas.

Justamente es dónde empieza el difícil trabajo de mostrar y definir de manera diferencial a los distintos actores que conforman ese universo que habita las tribunas.

En este contexto, hay innumerables prácticas identitarias que contribuyen a demarcar territorios hacia el interior de ese conjunto indefinido de actores sociales a los que comúnmente se define como hinchas.

Por lo tanto, es ineludible partir de las definiciones ya realizadas para empezar a transitar una senda escabrosa que lleva a la identificación de cada quien en el universo futbolero.

Es éste, de por sí, un escenario repleto de actores con origen, desarrollo y objetivos claramente diferenciados.

Rápidamente, se podría convenir que el fútbol tiene como protagonistas a los jugadores, a los entrenadores y su grupo de colaboradores, a los dirigentes, a los servicios de seguridad, a la prensa que le da carácter global al espectáculo, es decir, los demás actores que cumplen un rol determinado para que esa gran máquina pueda funcionar.

Para el final, queda el hincha. No porque tenga un rol justamente secundario o prescindente, sino porque será el motivo de diversificación de lo que viene.

Entre los miles de personas que asisten a un estadio en un partido de alta convocatoria, pero también en el puñado que pueden hacerse presente en un encuentro de características menos

trascendentes o masivas, no todos los actores poseen las mismas cualidades, no todos ven, sienten o actúan de la misma manera.

Pablo Alabarces, uno de los sociólogos que hizo un invalorable aporte al estudio de estos actores, presenta un esquema tripartito en el análisis de quienes concurren a los estadios de fútbol.

Señala, entonces, tres actores sociales que conformarían ese universo: espectadores comunes, hinchas militantes y la hinchada, a la que para evitar confusiones prefiere denominarla barra-hinchada.

Queda claro que, como se trata de un análisis sobre los habitantes de las tribunas, se deja afuera de este escenario a los otros actores que están dentro del rectángulo de juego: jugadores, árbitros, técnicos, médicos, asistentes, quienes por razones expresas se diferencian de los hinchas.

El sociólogo define claramente a cada uno de estos colectivos, presentando un sinnúmero de características, prácticas y simbolismos que demarcan claramente el límite entre unos y otros. Es donde nuevamente aparece el componente identitario que une y la otredad que separa, la que marca territorio propio y ajeno.

A partir de su trabajo, complementado por otros sociólogos como José Garriga Zucal, quedan diferenciados estos tres estratos, que pueden marcar alguna diferenciación respecto a otros trabajos al respecto, pero que básicamente representan y describen este fenómeno.

Recientemente, el profesor Daniel Zambaglione, Magister en Educación Corporal, potenció esta categorización haciendo una nueva división en lo que los sociólogos anteriores denominaron hinchas militantes, aportando los conceptos de hinchas duros nómades, la guardia vieja y la banda o el núcleo duro.

Todos los trabajos de investigación en la materia centran su explicación de estas categorías en la corporeidad. Ella denota un sentido de pertenencia rotundo.

ESPECTADORES COMUNES.

Podría convenirse en que los mismos tienen su razón de ser y sus conductas están vinculadas siempre a las vicisitudes del juego deportivo al que asisten como observadores. Son capaces de reaccionar ante una situación especial pero siempre y cuando devenga del juego en sí mismo.

La corporeidad de estos sujetos se expresa gritando, saltando, aplaudiendo, agitando sus brazos, festejando con abrazos, imitando a los jugadores o hasta pateando pelotas imaginarias.

Pero siempre al compás de lo que pasa dentro del campo de juego. Tienen, en consecuencia, acciones corporales que se ajustan al acontecimiento deportivo.

Sin embargo, pueden conllevar algunas conductas de tipo violento, entre las que se pueden citar el lanzamiento de algún proyectil hacia el juez de línea o hacia al referí, alguna discusión que puede terminar en empujones o golpes, o insultos hacia un jugador si lo que produce como actor no lo satisface. Pero, como se ve, siempre queda enganchado con el espectáculo futbolístico que está observando.

Otra característica que los identifica es el sitio que ocupa: generalmente es el mismo, con repetición de rito como la hora de llegada y los diálogos con sus pares, a los que remite e identifica automáticamente.

Zambaglione aporta que ha presenciado fenómenos típicos de localización y territorialidad: “He escuchado innumerables veces la siguiente frase: ‘correte, nosotros venimos hace mil años al mismo lugar y temprano. Vos recién llegaste y nunca te vimos por acá’. En esta expresión de un espectador común dirigida hacia un espectador no habitué, queda claramente expresada la existencia de un espacio propio: ganado y definido” (15).

El espacio asoma como un factor identitario importante, un lugar distintivo, que señala a los que van a los estadios a ver los partidos, a diferencia de las hinchadas que según los espectadores comunes, no lo hacen.

Los espectadores comunes expresan claramente su distinción con las otras categorías de hinchas, sobre todos con la hinchada, a cuyos integrantes generalmente denomina como “los negros de mierda”.

El espectador común también comparte representaciones del club y del ámbito del fútbol con esos a los que denosta. Participa con insultos (generalmente al rival) y con cantos que hasta enuncian transgresiones legales o conductas xenófobas y que, paradójicamente, nacen del grupo del que buscan diferenciarse.

Alabarces lo explica diciendo que ante un fenómeno violento en un estadio, existe un grupo reducido que lo protagoniza y que a su alrededor hay un círculo más grande que aplaude entusiasta. Esos son los hinchas comunes.

HINCHAS MILITANTES.

Esta categoría incluye a aquellos que tienen como característica principal la fidelidad a su club, a sus colores. Se ufanan en demostrarlo y fundamentalmente de decirlo.

Es parte de la vida de estos espectadores dedicar tiempo a la planificación de los aspectos festivos del partido, eso que ellos dan en llamar “la fiesta de la tribuna” o “ponerle color” a un partido. Para ello, se valen de todo: globos, banderas, cintas con los colores del club, fuegos artificiales.

Los hinchas militantes inscriben en sus banderas el nombre de sus barrios o frases alegóricas que los representa.

Una de las características que tienen estos hinchas también es el grado de organización de las tareas vinculadas a los festejos y también al traslado a otros estadios donde juegue su equipo en calidad de visitante.

Y es ésta otra distinción de aquel primer colectivo: su presencia no sabe de distancias. El honor de pertenecer a este grupo se gana partido tras partido, tanto de local como de visitante. Para ello, es menester soportar cualquier tipo de inconveniente: traslado, clima, obligaciones laborales, familia, compromisos sociales. Todos son vencidos cuando se pertenece a este grupo. En definitiva, nada se interpone al amor por los colores.

En consecuencia, una de las diferencias sustanciales con el grupo de espectadores comunes es el seguimiento incondicional, en el que mientras al espectador común no le avergüenza decir que no va cuando su equipo es visitante, al hincha militante eso lo descalifica, lo minoriza, lo menoscaba.

En ocasiones, este colectivo muestra un grado de compromiso, no ya en la adhesión fervorosa a los colores que ama, sino directamente con la institución. Esto se manifiesta en la organización de eventos que puedan servir para recaudar dinero que se destina al club para diversos destinos, o también en la realización de trabajos de mantenimiento en las distintas sedes de su club.

Finalmente, adquieren categoría institucional: no son pocos los clubes en los que existen la “Comisión del Hincha”, un espacio de discusión exclusivamente dedicado a los simpatizantes de ese club. En esos casos, se está también en presencia de socios que pertenecen a la entidad y que, incluso, pueden convertirse en agentes de participación política.

Una condición que los distingue es que cuando se efectúan eventos que originan ingresos económicos, los mismos están destinados a obras o emprendimientos dentro de la propia institución, o bien a la puesta en escena de las fiestas de la tribuna en las que ellos se sienten a gusto.

Espacialmente, este grupo suele ubicarse más próximo al centro de la tribuna. Sus integrantes son los que eligen un lugar donde puedan ver bien el partido, pero al mismo tiempo puedan

sentir las consignas referidas al aliento colectivo, cantar o saltar. Es más, en varias ocasiones son ellos, los fanáticos quienes comienzan la arenga.

Zambaglione aportó un esquema más en esta categoría cuando habló de los hinchas duros, pero nómades. Refiere que una de sus principales características es que está compuesto por adolescentes o jóvenes de entre 13 y 18 años que se definen por su inestabilidad. Son los que van y vienen, se renuevan, no están siempre. No son seguidores fieles como los hinchas militantes fanáticos. Aparecen en escena, vinculados a la hinchada, pero sólo en determinadas y contadas ocasiones. Por ejemplo, cuando el núcleo duro los requiere, porque otro núcleo duro adversario es más peligroso o es más numeroso.

También se los ve en partidos especiales como en algunas finales o en partidos de copas internacionales. Siempre son apadrinados por algún referente del núcleo duro que se encarga de mostrar al resto la presencia de su barrio, de “los barras” de su barrio y que responden incondicionalmente al llamado del referente.

LA HINCHADA.

Los espectadores que integran la denominada barra o hinchada también se reconocen como hinchas fanáticos, asisten regularmente a los partidos y alientan al equipo en los estadios. Sin embargo, a diferencia de sus compañeros de tribuna, no están afiliados al club.

La hinchada es una definición que parte de ellos mismos y que ha tomado la ciencia para definirla y describirla. Sin embargo, el trabajo de campo remite más a una expresión que ellos empiezan a usar cada vez con más frecuencia: la banda.

Éste es un grupo jerárquicamente organizado, con sentido de pertenencia y militancia determinada. Y se caracteriza por el aguante.

Los explica Alabarces: “La cultura del aguante es una metáfora. Es, fundamentalmente, una ética, una concepción moral del mundo según la cual tener aguante significa ser más macho que otro. Pero los opuestos no son hombre versus mujer, sino hombre versus no hombre. El aguante tiene que ser demostrado continuamente, con la lógica de los hinchas, en el combate. Si no hay combate no hay aguante” (16).

Este es un grupo que se caracteriza por las luchas físicas. Son ellas las que motorizan el ascenso en las posiciones de la jerarquía grupal, al punto que los jefes tienen un gran poder sobre el resto de la hinchada en función de su prestigio como luchadores.

Quien más se la aguanta, más prestigio tiene. No hay líderes sin la valentía de la pelea cuerpo a cuerpo. Pero tampoco hay pertenencia a la hinchada si uno no es capaz de mostrar su bravura en el combate.

Estos enfrentamientos de las barras son instancias deseadas y buscadas para probar la posesión de la virtud que distingue a sus integrantes: el aguante.

Los integrantes de este grupo se ubican en la cabecera del estadio. Detrás del arco se colocan diversos tipos de banderas, pancartas y otros emblemas. El color de las tribunas está asociado al centro, ese espacio que es de la hinchada y de nadie más. Y allí va solamente el que tiene autorización para ir. ¿Quién da la autorización? El aguante, el pertenecer a ese selecto grupo. Si etimológicamente, aguantar remite a soportar, a apoyar, a ser solidario, en la cultura del fútbol, la categoría se carga de otros significados, que conducen, inequívocamente, a la puesta en acción del cuerpo. Es el cuerpo el que define el aguante.

Claro que se puede poner el cuerpo de muchas maneras: estando junto al equipo y gritando (espectadores comunes); alentando incesantemente al equipo, yendo a la cancha de local y visitante, soportando las incomodidades de los estadios y los viajes, resistiendo la lluvia, el calor, el frío (hinchas militantes), y también ofreciéndolo para defender el territorio propio o el orgullo de ser el más bravo (hinchada).

Para este grupo, el sentido dominante del aguante es el de la violencia física. El aguante es, coinciden los teóricos del tema ya citados, una categoría práctico-moral en tanto define en el mundo de las acciones, el universo de lo permitido y lo prohibido, lo aceptado y lo inaceptable.

Estos hinchas, los barrabravas, tienen en el aguante la posibilidad de edificar un sistema de valores, un marco de percepción del mundo y un sistema moral que los define y los contiene.

En definitiva, la identidad construida en el aguante está solidificada en las experiencias físicas. Tiene aguante el que se planta, el que combate, el que no corre. “Aguantártela es no correr cuando se arman los combates, pararte, vieja...” cuenta A., un barra de Gimnasia que anda por los 40 y hace más de diez años que está en el núcleo duro.

“Pararse”, “plantarse”, “no correr”, son formas propias del grupo para referirse a la actitud loable, de ninguna manera repudiable para ellos, del luchador que afronta el peligro frente al enemigo identificado, sea ya una barra rival con la cual no hay amistad, o directamente la Policía, enemigo repudiable de todas las barras, más allá de que en muchos casos haya instancias de negociación y arreglo.

El combate se da tanto en las técnicas corporales de lucha (golpes, patadas, cabezazos, piñas), como en el manejo exitoso de los instrumentos de la contienda (piedras, botellas rotas, pedazos de madera, cuchillos y armas de fuego).

C., uno de los más característicos integrantes de la barra estudiada, confirma que no sólo hay que pelear, sino también ofrecer el cuerpo: “Muchos saben pelear pero aguantársela es distinto. Si te tenés que comer un palazo, te lo bancás. Y si se planta la yuta o los putos del otro equipo con caño, tampoco hay que correr”.

Esa sensación de resistencia es la que caracteriza a los líderes de una hinchada. Incluso la valentía no está referida exclusivamente al machismo en cuanto a su sexualidad, sino más bien a su masculinidad.

El puto es el que corre, el que no se planta, el que pacta con la Policía. De ninguna manera es quien tiene una elección homosexual.

Señalar como puto al que no tiene aguante no remite a su sexualidad sino a su comportamiento social según los parámetros de estos grupos. Ser puto no tiene que ver con la homosexualidad sino con el poder, con la dominación. Los barras expresan esta distinción, entre acto homosexual y gesto de poder, en dos planos distintos, en las prácticas y en los discursos.

De hecho, la barra tripera tuvo como líder referencial durante algunos años a un homosexual. Y eso jamás significó un síntoma de debilidad. T, 52 años, en retirada de la barra, lo dejó en claro: “En la banda, una vez agarró la manija A. Todos sabíamos que era puto. Pero el chabón se la bancaba, pegaba como una mula, nunca corría, siempre iba al frente. Él con su culo hace lo que quiere, pero acá, cuando hubo que poner el pecho, fue el primero, el loco siempre fue al frente, nunca corrió“. Eso le valió ser líder y tener respeto.

Es tal la avidez por demostrar la bravura en el combate, que los más jóvenes muestran su ansiedad. P., un integrante de la barra, que apenas pasa los 18 años, dio testimonio de esa realidad: “Yo nunca combatí, hasta ahora, pero si tengo que combatir, le pongo el pecho... Si te lo piden, hay que hacerlo, sino fuiste, te tenés que ir o te van”.

Pero el aguante también implica un modo de ser, no sólo en el momento del combate. Quienes detentan el poder del grupo por haber sido los de mayor aguante, han modificado su estilo de vida y hoy trabajan de barrabrava.

Según los trabajos científicos publicados en la materia, las barras comenzaron siendo grupos de hinchas fanáticos que necesitaban dinero de los dirigentes para costear los viajes a los estadios visitantes. Nadie pensó entonces que hoy serían un instrumento más de ese amplio mundo llamado fútbol argentino, donde las barras bravas más importantes del país participan

del negocio del fútbol y de otros espacios de poder, imponiendo técnicos, negociando con jugadores y entrenadores, ejerciendo la coerción sobre dirigentes y, en algunos casos, hasta poseyendo parte de pases de los jugadores.

En determinadas situaciones, como las etapas electorales en los clubes, los miembros de la hinchada son los encargados de colocar los carteles o pancartas en apoyo de alguna lista o partido, se encargan de generar cánticos a favor de un candidato o en contra de otro. Reparten todo tipo de objetos de propaganda política y utilizan distintos medios persuasivos para impedir la expresión política que sea diferente de la que ellos sostienen. Así se exhibe la relación con los dirigentes de los clubes.

También participan en actos políticos fuera del ámbito del fútbol, dejando en claro que el espacio geográfico de sus prácticas no se limita exclusivamente al estadio de fútbol propio o ajeno.

Los miembros de las hinchadas poseen estrechas relaciones con el poder político de turno, lo que le permite tener contactos importantes que son utilizados luego para varios fines, como conseguir un empleo (muchos trabajan de guardaespaldas de algunos funcionarios) u obtener asistencia legal en caso de necesitarla por su comportamiento en los estadios.

Todo esto deriva también en el financiamiento que tienen estos grupos y que consiste, básicamente, en el dinero que recaudan por parte de colectas no muy voluntarias y bastante coercitivas a jugadores, entrenadores y dirigentes, como asimismo la reventa de entradas que reciben prolija y religiosamente cada semana.

Pero hay otros métodos que se han desarrollado en los últimos años y que pasan por la venta de ropa deportiva y de *merchandising* del club que reciben de manos de los mismos protagonistas antes citados, como asimismo de fuertes sumas de dinero que punteros políticos otorgan por servicios como seguridad y presencia en actos políticos.

Adentro de una barra brava

*"No es valiente el que no tiene miedo, sino el que sabe conquistarlo".
(Nelson Mandela)*

Quedó expresado en la introducción de este trabajo de investigación, que el objeto central de estudio era la visión que tenían los periodistas platenses respecto a los barrabravas y su creciente protagonismo en el mundo del fútbol.

Tras indagar a una treintena de ellos y considerando que había arribado a una saturación teórica ya que el trabajo de campo no ofrecía más variantes a las ya recogidas, sentí que para sopesar las conclusiones de esa etapa investigativa, podía ser más que interesante intentar adentrarme en uno de esos grupos para comprobar en carne propia cuáles eran las ligazones internas, los movimientos grupales y las relaciones personales que los distinguían y los definían.

Con un bagaje teórico nada despreciable sobre la existencia y las principales características de estos grupos, era atractiva la experiencia personal teniendo en cuenta que yo mismo, además de investigador en este trabajo, asumo la responsabilidad profesional, día a día, del periodismo deportivo.

Cumplida esta etapa, que se presentaba excitante y al mismo tiempo llena de temores y preconcepciones, se abría un campo inmensamente rico para arribar a las conclusiones de esta investigación.

La balanza tendría así en uno de sus platos a la completa información que los periodistas habían aportado, y en el otro, a la experiencia personal en el contacto con una barra brava y el soporte bibliográfico sobre el tema.

Los contactos de tantos años de trabajo me abrieron las puertas para experimentar esas sensaciones en un mano a mano con la barra brava de Gimnasia.

En todo momento hubo en mí una lucha interna muy fuerte. Sentía que la investigación requería un contacto más importante con los protagonistas de la otra parte de esta historia. Pero estaban también los temores sobre cómo sería, qué riesgos correría, que me arriesgaba a un camino desconocido y hasta dónde podía resultar trascendente recorrerlo de cara a la investigación.

La idea que me movía era contraponer lo que los periodistas me dijeron que sabían o dijeron saber sobre este fenómeno, con lo que la propia vivencia me marcaría día a día. Asomé entonces, como una parte esencial de esta investigación, el poder desentramar qué es un barrabrava, qué lazos tiene con sus pares e investigar si, detrás de la puesta en escena cuando

se juegan los partidos de fútbol, esas relaciones grupales, probablemente desconocidas para los periodistas (y que había repasado en los textos) me podían servir para comprender mejor este fenómeno.

El contacto fue un ex dirigente del club. Conocido de nuestra relación laboral entre periodista y directivo, accedió a establecer el nexo con los barras, pidiendo extrema reserva de esa gestión. “No tengo problemas en facilitarte la llegada. Pero no quiero inmiscuirme en el tema porque estoy retirado de la actividad dirigenal y no me hace ningún bien quedar pegado con ellos” me dijo cuando se lo propuse. Fue ésta una primera aproximación a quienes desean alejarse del descrédito que supone estar cerca de los barrabravas

El primer encuentro fue en un bar del centro de La Plata. Allí llegué con mi bolso lleno de miedo y con ganas de preguntar. Fue con F., uno de los integrantes más importantes de una barra brava. Yo sabía que era uno de los jefes, al menos así lo tenía catalogado del ejercicio profesional. Incluso había viajado con él a un par de coberturas. Por lo menos, a una en el interior del país y a otra en Brasil.

Él me tenía registrado, sabía quién era y por eso accedió sin problemas. Preguntó si era para una nota periodística y no entendió demasiado cuando le expliqué que era una investigación universitaria.

Quizás esa realidad y la de sentirse interrogado lo puso incómodo de entrada nomás. Preguntó en todo momento qué era lo que movía a reunirme con la banda. “Si no vas a publicar nada, está todo bien. ¿Pero para qué venís a buscarnos si nosotros somos los pibes malos?” sostuvo con algo de ironía y picardía propia de quien se siente poderoso.

La resistencia se hizo notar al principio. El periodista no parece un enemigo de un barrabrava. Pero molesta si cuenta lo que no debe o no conviene. La presencia de este dirigente, conocido en común, acortó la distancia.

Las preguntas fueron superficiales en el arranque de la charla. Era cuestión de ganarse la confianza. Pocas preguntas y muchas explicaciones de mi parte. Pocas respuestas y cientos de anécdotas vanas de la suya, ratificando siempre su sensación de poderío y de fortaleza.

Surgía a cada rato la promesa repetida una y otra vez de que nada de lo charlado allí se publicaría en el diario para el que trabajo.

El primer encuentro se fue sin demasiado éxito, apenas protocolar y de presentación.

La segunda reunión fue pactada de la misma manera y mediante el mismo contacto. Pero se varió el lugar. Fue también en el centro, pero esta vez en un bar algo más retraído.

En este caso, el entorno favoreció la charla y la misma se produjo con más libertad desde las dos partes. Yo, para preguntar más aliviado, y él, para responder con mayor riqueza de datos a los efectos de lo que buscaba esta parte de la investigación.

Tras una hora y media de charla donde abundaron las anécdotas sobre las andanzas de la barra brava de Gimnasia, sus viajes, sus enfrentamientos y sus amistades, lo inquirí sobre qué posibilidades había de tener un contacto más profundo con la barra, con su núcleo más conspicuo.

Accedí, pero bajo la condición de aquel primer compromiso de no hacer de esto un artículo periodístico. Sin embargo, la concreción de esa propuesta se demoró bastante.

Por eso, accedí por otro costado. L., empleado de un amigo en un comercio de la ciudad, tenía vinculaciones con la barra brava. Podría decirse que es un hincha periférico, capaz de estar con ellos pero sin llegar a una militancia profunda.

Él fue quien me allanó el camino y el que derribó la última barrera. Pero cuando esta charla con la barra en pleno, o al menos con sus más carismáticos integrantes estaba a punto de concretarse, F. se hizo presente a través de aquel dirigente que nos había acercado: “¿Qué pasa fiero? ¿Me estás caminando? Yo te prometí que te iba a llevar con los pibes y resulta que vos me chamuyaste y te cortaste solo?”

Estaba claro que esa jugada lo había molestado. Después entendí que su liderazgo no admitía que se lo cuestione o no se lo espere. Y él entendió que yo estaba traicionando un acuerdo preestablecido al buscar un contacto con la banda por fuera de la relación establecida.

Costó un par de llamados telefónicos y un café más recomponer esa relación que, en términos del trabajo investigativo, asomaba como vital. Finalmente, la llegada al núcleo de la barra se concretó.

Fue en el comercio, un complejo deportivo, donde trabaja este nuevo contacto con la barra brava. Allí estaba, como líder que se precia de serlo, F.

Nos sentamos en una mesa y pese a que eran las 10 de la mañana, la bebida reinante fue la cerveza y el vino en caja. Fue la primera sensación rotunda de que estaba en presencia de lo que creía que iba a encontrar. Allí apareció C., el otro líder que tiene el grupo. Detrás suyo, cuatro barras de menor peso en la estructura pero de presencia intimidante.

Me presentaron al otro jefe. Era más desconfiado y ya no tuvo la predisposición de F. Pero esta vez, el contacto elegido abrió otras puertas, otros canales.

Pasé un par de horas con ellos. Mi contacto ofició de nexos y permitió distender la charla, pero había en el ambiente una natural resistencia, sobre todo en aquellos que tomaban contacto conmigo por primera vez.

Me hicieron notar enseguida que no era del grupo, y que no había interés en estrechar lazos. Mi interés no era el de ellos. Y, por si hacía falta, C. fue a fondo con la sensación de poderío que le gusta enarbolar: “Los fierros dejalos en el auto. Está todo tranquilo”.

Conforme fue pasando la charla, la resistencia inicial derivó en un ambiente más distendido. Para ello, fue fundamental mostrar mi conocimiento del tema, tratando de no posicionarme en el juzgamiento a sus conductas violentas sino más bien demostrando que el fenómeno de las barras no me era ajeno. El relato de experiencias pasadas y sobre todo el aval de F. terminaron siendo vitales para derribar las barreras existentes y empezar a recoger datos y vivencias vitales para la presente investigación.

Tras una charla inicial bastante interesante, quedó implícita la necesidad de un segundo encuentro. Y lejos de negarse como pensé instintivamente que podrían hacer, aceptaron con gusto.

Fue unos días después, en el mismo lugar. Aquí hubo una puesta en escena más importante, como fue, por ejemplo, la exhibición de un arma en la cintura de uno de los integrantes de la banda que, por casualidad o no, asomó a mi vista. Estaba claro que había un principio de intimidación que no querían dejar pasar por alto.

Las diferencias se marcaron aún más, aunque la confianza generada en el primer encuentro fue importante. C., cada vez que alguno contestaba con algún signo de fiereza o de desprecio, jugaba a mi favor: “El pibe está laburando. No lo bardeemos”.

La profundización de la distancia que nos separaba era gestual, idiomática, de aspecto. Yo venía de afuera del grupo, era claramente parte de otra representación grupal. Me vestía distinto, hablaba distinto. Pero el aval de los jefes me puso siempre a salvo.

Empecé a percibir costumbres, modos, vocablos, secuencias, complicidades.

La barra es “la 22”. Sus integrantes son “los pibes”. El grupo más selecto es “la banda”. Las armas son “los caños”. El valor y el coraje acá tienen un nombre excluyente: “huevos”. Las banderas son “los trapos”, la policía es “la yuta”, los que corren son “putos” y los que se plantan son los que tienen “aguante”.

Todo esto asomó en cada momento de la charla, como si de golpe se hubieran dispuesto a mostrar el ADN del barrabrava.

El leit motiv es siempre Gimnasia. Se habla de eso, pero no solamente de eso. Porque es el disparador de su sentido de pertenencia. Para ellos, es más importante la banda que el equipo, la 22 que el club. Como lo explicó, en su lenguaje rudimentario pero efectivo, P., uno de los pibes: “A *Ginasia* lo respetan por la 22. Nosotros nos plantamos contra quien sea y le demostramos a todos que el Lobo no es ningún puto”. Ninguna referencia al Gimnasia

institución, al equipo que lo representa, al ídolo que los puede identificar. Importa siempre la barra brava.

En todo momento, fueron los denominados jefes los que manejaron la charla. El resto fue aportando algunas intervenciones aisladas. Sin embargo, cuando algún tema lo ameritó, cuando algo muy interno había que aclarar, los llamaron aparte y se masticó todo en silencio y lejos del investigador.

Empezaron a aparecer otras cosas. Los líderes (lideran porque se los sigue, se los respeta y se los ve en el frente de batalla primero que todos) tienen un control total del grupo. Nada se puede salir de su órbita y si pasa algo o alguien pretende hacerlo, la violencia interna lo dirime.

Con más elementos de importancia para la investigación, la segunda charla se consumió con una serie de anécdotas entre risueñas y tragicómicas, donde por ejemplo masacrar a trompadas a un policía es para ellos un motivo de orgullo y para el investigador una dosis de miedo que se incrementaba en el contacto cotidiano con ellos.

Fueron en total siete encuentros de estas características, con un recorrido más que interesante por sus costumbres y sus relaciones grupales que se describirán en el capítulo siguiente como parte de lo que denominé “Identidad, pertenencia y puesta en escena”.

Esas charlas tuvieron un límite que no se pudo superar: el lugar donde paran. Ese espacio propio, íntimo y exclusivo donde la barra brava tiene su razón de ser y que es impenetrable para quien no es de la banda. Apenas pude rescatar que es un barrio de la periferia de La Plata, Ringuelet, que allí guardan sus trapos y que sólo acceden los que ellos permiten. Es un negocio que oficia de todo: ciber, pool, kiosco. Pero por sobre todas las cosas, es el lugar de la barra. No se trata de un escondite secreto. Simplemente, que llega quien quiere llegar y corre sus riesgos: en estos casos, o se es del grupo o uno es un potencial enemigo. Y esa es la aventura a asumir para quien quiere descubrirlo.

Quedan, en el final, algunas frases que acaso sirvan como síntesis de esta experiencia rica y plagada de temores que planteó la investigación. Acá van:

“Yo no soy barrabrava. Esa es una gilada de la yuta y de los periodistas. Yo soy de la banda y voy al frente por Gimnasia y mis amigos. Y si tengo que dar la vida por ellos, la doy. Voy al frente, no corro”. (C.)

“Todos los periodistas se la pasan hablando de nosotros cuando hay algún bardo. Pero no dicen nada de todo lo que hacemos por los pibes pobres, de los que no tienen para comprarse una camiseta, de los pibes a los que bancamos cuando caen. Es más fácil hablar de que somos esto o aquello”. (F.)

“Con el loco Fierro estábamos más organizados. Fue el mejor momento que supimos tener y nos respetaban en todos lados. Fuimos los únicos que llevamos la bandera grande a la Boca y la aguantamos. Hasta preparamos un ataque con bombas molotov que nadie hizo antes”. (H.)

“Esta marca me la hizo un *rati* (policía). Me sacudió con una escopeta y me la dio cerca del ojo. Pero yo me le planté igual. No corrí”. (P.)

“Este tatuaje me lo hice yo, con unas agujas y tinta china, en el lugar donde paramos. Es en homenaje al Flaco Olivia. Era mi amigo, se la aguantó siempre y ahora está muerto. Así lo recuerdo yo. Todos los días me lo veo y lo recuerdo. Es en su memoria, como un homenaje”. (S.)

Identidad, pertenencia y puesta en escena

“La identidad comunitaria se basa sobre todo en la ‘conciencia de comunidad’ existente que fomenta la imitación entre sus componentes, facilitando, a la vez, la identificación”.
(Max Weber)

La investigación desarrollada en el campo con los mismos protagonistas de esta historia y el amplio contenido bibliográfico ya expuesto en la clasificación de los hinchas, permite redondear un concepto de identidad y pertenencia a este grupo.

Y surge una conclusión rotunda: los barrabravas no son un fenómeno que encuentra su razón de ser inmediatamente antes, durante y después de un partido en el que juega su equipo, sino que responde a una militancia que se gesta cada día como quien pertenece a cualquier otro grupo social.

La identidad del barrabrava excede por mucho el ámbito del fútbol. Nació del mismo y referencia automáticamente al mismo, pero apenas si es una parte de su sentido de pertenencia.

La experiencia en el campo permite sostener esta idea. Hay en la recolección de datos y en la interrelación con los individuos que componen este grupo una riqueza que bien podría motivar otro tipo de investigación.

Pero a los efectos de este trabajo, vale la pena repasar las características más importantes del fenómeno, a modo de soporte para contraponer a lo recogido en el campo con la otra parte de la investigación, los periodistas.

El sentimiento de pertenencia compartida por todos los barrabravas es el aguante. El aguante es casi un estilo de vida: hay que ir al frente, jamás borrarse y exponerse a lo que venga, aun a costa de perder. Para ellos, el aguante remite a una acción de lucha corporal, es un combate cuerpo a cuerpo contra un par, a la vez enemigo, donde el verdadero hombre debe poseer una postura y acción corporal que lo identifique como buen luchador. Tener aguante es símbolo de honor y de prestigio.

Podría convenirse que esa cultura es la que los une, los identifica, los contiene. Se es barra en cuanto se tiene aguante. Y se tiene aguante en cuanto se quiere pertenecer a ese grupo. Pero la interacción de los individuos hizo que esta cultura traspasara el mundo del fútbol y, hoy por hoy, se puede aplicar a otros estamentos de la realidad cotidiana. Cada vez es más masiva. Ya se desplazó del fútbol: ahora también cruza el mundo de la cumbia, el del rock y el de las organizaciones territoriales.

Pararse y poner el pecho son términos que remiten a la acción de lucha, al enfrentamiento en el cual los barrabravos se sienten cómodos. Quienes más lo hacen, mayor jerarquía tendrán en la hinchada.

Los hinchas llaman a estos enfrentamientos “combates”. Y “combate” se denomina a todo tipo de enfrentamiento corporal, ya fuera interno para dirimir roles y liderazgos, o externos contra el otro (equipo rival o Policía) para demostrar el aguante.

El cuerpo es la herramienta de la lucha en esos combates. Por eso, generalmente se asiste a cuerpos con formas bien masculinas, ya no en cuanto a su sexualidad, sino a su fortaleza. Son, en definitiva, cuerpos preparados para el combate.

Pero también esos cuerpos son el reflejo de la lucha. Porque sus marcas, sus cicatrices, remiten a cuanto ha sabido pelear uno de ellos.

Entre los miembros más caracterizados de la banda, esos que marcan liderazgo, hay blandos y duros. ¿Qué los diferencia? Los primeros son los que no soportan el consumo de sustancias alucinógenas o los que aflojan con algunos tragos o con un porro. Los duros, en cambio, son los que se entonan con sustancias más fuertes y son capaces de sostenerse en el combate también con la ayuda de aquellas sustancias que remiten a mayor aguante.

En consecuencia, no sólo se es parte de la cultura del aguante por ponerle el pecho al combate, sino también por poder soportar esas sustancias y no ser víctimas de ellas.

Hay tres elementos que asoman como condiciones *sine qua non* para pertenecer a este grupo: la negritud, asociada a la marginalidad; la constante lucha contra la policía, y el amor incondicional por los colores.

Cuando los hinchas cantan “somos los negros de mierda” no lo hacen sólo como una cuestión folclórica, sino que en esa condición de negritud está implícito el orgullo que significa ser negro en función de no ser blanco, asociada esta última condición a la blandura para el combate.

La lucha con la Policía está siempre referida al enemigo habitual. Si bien hay amistades y enemistades con las hinchadas rivales, las fuerzas del orden representan, siempre, el rival a vencer. Ser *rati*, *yuta*, *cobani*, es sinónimo de desprestigio. Para un barrabrava, pese a que existen acuerdos estratégicos con las distintas policías, ese uniforme remite a combate inminente.

Finalmente, el tercer elemento clave es la incondicionalidad a los colores. A tal punto, que hoy la camiseta del club es casi una vestimenta permanente cuando antes era asociada únicamente al partido de fútbol. Pero, además, se vislumbra ese amor en la ofrenda corporal

con los tatuajes. Los mismos son recurrentes: el Lobo, el escudo del club, la 22, una bandera, el nombre de un amigo de la barra caído en combate, etc.

Otro elemento interesante es la moda del barrabrava: zapatillas importantes, muchas veces costosas, ropa deportiva (bermudas o pescadores casi siempre) y gorra. Todos visten más o menos igual. No importa la época del año, hay un atuendo que se repite casi constantemente.

Por último, hay una férrea disciplina. Los que mandan, mandan en serio; y los que están por debajo, obedecen. No hay democracia alguna en las decisiones internas de una barra brava. La verticalidad es absoluta y cuando hay cuestiones que el propio jefe no puede dirimir, todo se resuelve en la pelea. Incluso, con los propios jefes en la cuestión. Y los líderes, muchas veces, se imponen por su propia fortaleza física. También son líderes porque demuestran su bravura a la hora del combate con el otro, como cuando tienen que mostrarse fuertes ante sus propios seguidores.

Todo deriva en este sentido de pertenencia. Pero además, hay una puesta en escena que también es típica de estos grupos. Si hay una militancia diaria, si existe un sentido de pertenencia, si hay una forma de ser que los identifica y los realiza, también hay una faz pública que es la que toma mayor relevancia. Es el acto de asistir a los estadios.

Los pibes paran en el barrio, en un barrio que les es propio y donde mandan sus relaciones internas casi con fuerza de ley. Y si no son de allí, se frecuentan. Pero ese lugar es el que le pertenece. La sede del club puede ser, ocasionalmente, el lugar de encuentro, pero sólo cuando se arma una movida muy grande y hay que darle un cariz más institucional.

La barra brava tiene una logística muy especial. Hasta tienen handys con los cuales se pueden comunicar al instante y movilizarse como una verdadera tropa al servicio de su causa y guiados eficazmente por sus comandantes. Pero para ello, es necesaria una economía que los sostenga. Y ése es uno de los puntos de la llamada puesta en escena de una barra brava.

Los fondos para mantener esta estructura provienen del fútbol, o bien de los contactos que el mismo genera.

Sólo los jefes son los que tienen contacto con jugadores, entrenadores y dirigentes para fines recaudatorios. El resto de la hinchada puede ir sólo como soporte de aquellos o bien para una cuestión más ligada a la idolatría de un jugador, para pedir una foto o una firma de autógrafo. Pero sólo los líderes de la banda tienen la autoridad para pedir dinero y manejarlo. Hacerlo por afuera de esta verticalidad puede ser causa de expulsión del grupo.

Los jefes reciben y reparten. Es otra condición que se respeta a rajatabla. Pero al mismo tiempo, hay un espíritu altruista que sorprendería a más de uno: cuando hay, hay para todos. Y si no hay, nadie se corta solo.

Ese dinero es el que sirve para armar cada movilización, ya sea de local o de visitante.

Cada salida a un estadio se prepara. Si es contra un equipo con el que no hay amistad, hasta se programa cómo combatir, por dónde ir, qué cuidados tomar. Si es un partido tranquilo, la prioridad es el cotillón: los trapos, las banderas, los bombos, el humo, la pirotecnia.

Los trapos se guardan en el lugar donde la barra para o bien en una casa de uno de los pibes de la hinchada. Allí creen que están más seguros que en cualquier otro lado. Hasta hace unos años se guardaban en el estadio, pero la fuerza de las noticias que los vinculaban a la dirigencia en esta suerte de asociación ilícita fue derivando hacia otros métodos más “prolijos”.

El ritual de ir al estadio es siempre el mismo. Muchos salen juntos desde el mismo barrio, pero también se van juntando en un lugar determinado, muy cerca de cada estadio, el que ya es asumido como “el lugar de la banda”. Allí aparecen primero los hinchas más alejados del núcleo de la hinchada y son los que van calentando el ambiente hasta que se produce la llegada de los hinchas más carismáticos y de los líderes.

Es cuando se produce el reparto de entradas, las que son proporcionadas por parte de los dirigentes a sus jefes o a quienes ellos den potestad, manteniendo también ese principio de verticalidad ya descrito. En algunas ocasiones hay un pacto con las fuerzas policiales, quienes dejarán pasar a la hinchada sin exigir entrada a los efectos, dicen, de evitar focos de conflicto.

La entrada al estadio es parte de una ceremonia especial. Los líderes se plantan primero y detrás de sí se forma una fila en la que también hay una escala grupal: van primero los que más aguante tienen. Ingresan todos juntos en una suerte de desfile improvisado pero con ribetes propios, al compás de una canción de cancha determinada y con el reconocimiento general del resto de los hinchas y simpatizantes que, paradójicamente, los legitiman empezando a gritar más que antes.

La hinchada luego ocupa su lugar, se muestra como el motor del apoyo al equipo cuando los partidos se desarrollan por caminos normales y son la avanzada del combate si las circunstancias lo exigen.

A la hora de la desconcentración, el ritual se repite. Habitualmente, son los primeros en irse, bien escoltados por la Policía, en tiempos de paz; o bien en hábil despliegue de estrategia cuando se trata de plantarse en el frente de batalla.

Esta es la faz pública de los barrabravas. La que se conoce. O más bien la que se ve apenas cualquier desprevenido echa un vistazo sobre sus movimientos. Es lo que podría denominarse

puesta en escena, ya que es cuando confluye allí la preparación semanal y encuentra, quizás, su razón de ser esa militancia de la que se hablaba.

Capítulo 5

Lo que se sabe de ellos

“El fútbol es demasiado deporte para ser sólo un negocio. Y el negocio es demasiado importante para que el fútbol sea solamente un deporte”

(Ezequiel Fernández Moores)

Cercanía y distancia

" Un desacuerdo tal vez sea la distancia más corta entre dos mentes".

(Khalil Gibran)

Periodistas y barras bravas caminan por veredas bien distintas. Si se concede que unos y otros tienen entidad como para ser considerados partes de este mundo futbolístico, queda claro que tienen pocos puntos de contacto.

Transitan sendas con escasos puntos de contacto. Si la relación entre periodistas y jugadores o entrenadores tiene una interacción permanente, no ocurre lo mismo cuando se trata de los hombres de prensa y los habitantes de esos grupos temidos.

Hay una relación de distancia que ambos se esfuerzan por mantener. De un lado, por la necesidad de no prestarse a complicidad alguna que pudiera ser malentendida. Del otro, porque la difusión de sus actividades, muchas lindantes con el delito, no son bienvenidas.

En consecuencia, se crea una relación de cercanía y de distancia permanentes.

Lo ratifica M., de 42 años, periodista radial: "Les tengo mucho miedo. Si me amenazaran, tomaría todos los recaudos. Generalmente, me manejo con temor y con pocos elementos de análisis. Eso hace que desarrollemos la tarea profesional con algunas limitaciones. Siento que no tenemos mucho respaldo de las empresas y de las fuerzas de seguridad y eso aumenta los temores".

Aparece aquí una de las palabras más escuchadas en todo el trabajo de investigación: el miedo, el temor.

Esa presencia, omnipotente en el accionar periodístico, parece condicionarlo todo. No ya el ejercicio de la profesión puramente entendido, sino también los más mínimos movimientos de entrada y salida del estadio. Como explica M., 39 años, periodista gráfico: "Me preparaba más cuando iba a la cancha como hincha. Ahora estamos un poco más resguardados, aunque hay que tener algún cuidado mayor en algún partido o en situaciones especiales, como llegar bien temprano, irse bien tarde, ponerte lentes oscuros. Cuando era hincha era más claro: uno sabía dónde ir y dónde no meterse".

Es aquí donde, ocasionalmente, la actividad de periodistas y barras bravas parece encontrar un punto de contacto. Se encuentran únicamente cuando el accionar de uno afecta directamente al otro u obliga a la intervención inmediata de uno de estos estamentos.

¿Cómo se da esta circunstancia? Si las barras provocan algún episodio de violencia que adquiera trascendencia pública, al periodismo no le quedará más remedio, lo desee o no, que

tomar cartas en el asunto y ponerse a trabajar en un escenario para el que naturalmente no está preparado: va a cubrir un partido de fútbol.

Lo explica E., de 38 años, periodista radial: “Me molesta cuando los barras toman protagonismo. Pero hay que cubrirlo. Depende de cada uno cómo lo cubre. Creo que siempre debe quedar clara la condena a estos personajes que son siniestros para todos”.

Por el contrario, cuando el periodismo se ocupa de informar sobre su accionar, en la mayoría de las veces en forma de crítica o directamente de denuncia, los barras encuentran la excusa justa para hacer gala de su bravura y pasan a la acción directa, coaccionando sobre aquellos que osan poner en evidencia lo que ellos generan de manera pública pero no quieren bajo ningún punto de vista que tome difusión masiva.

El temor omnipresente

"La bravura de la que muchos hacen alarde es un hábil cálculo sobre el miedo que domina a sus adversarios".
(Honore De Balzac)

Hay, entre estos dos estamentos del fútbol, periodistas y barrabravas, una relación de poder desigual. Si bien no necesariamente deben colisionar, ocurre que los intereses de unos no concuerdan necesariamente con la actividad del otro.

La relación de fuerzas, empero, tiene aristas muy particulares. Mientras el periodista se vale únicamente (o al menos debería hacerlo) de su ejercicio profesional y enmarca todo dentro de su actividad, los barras apelan a la coerción o directamente a la coacción para tratar de imponer su poder.

El trabajo de campo me encontró, cuantitativamente hablando, con una conclusión terminante: el temor creciente de los periodistas cuando tienen que referirse al fenómeno de los barrabravas. Pero si se apela a un criterio más cualitativo, las conclusiones de la investigación no son menos terminantes: el miedo está fundamentado y de ninguna manera es una postura corporativista o simplemente una conclusión pasajera.

Los ejemplos de los entrevistados eximen de mayores comentarios.

Dijo F., 39 años, periodista radial: "Les temo, claro. Pero no es un temor que me paralice. Cuando me han amenazado, sentí miedo en el momento y nada más. No me impidió seguir realizando mi cobertura, aunque no es una situación nada agradable sentir en carne propia el poder de una amenaza, máxime cuando uno sabe que de donde proviene la amenaza hay poco prurito para ejecutarla".

Aportó J.M., 28 años, periodista gráfico: "Obvio que me generan temor. Creo que nadie se siente muy cómodo junto a ellos. Comprobé, sin quererlo, que son capaces de cualquier cosa. Y así como alguna vez me ayudaron a que no recibiera una paliza de una hinchada rival, no me gustaría que me toque al revés. Eso me genera mucho miedo".

Lo ratificó M., 23 años, periodista gráfico: "A cualquiera que va a los estadios, le agarra un poco de temor cuando los ve. Uno tiene miedo de que le pase algo. Cuando los veo, trato de no meterme cerca de ellos, de no hacer nada que les dé margen para meterse con uno".

Contribuyó también con su opinión, M., 38 años, periodista televisivo: "El temor a estos grupos siempre está porque uno piensa que se pueden meter con uno o con la vida de uno o de sus familiares, ya que ellos son capaces de manejar información que a uno lo deja mal parado. Y como no manejamos sus mismos códigos, son de temer".

Otro testimonio es el de F., 35 años, periodista de un diario: “Me da inseguridad coexistir en un mismo ámbito. No tengo ningún empacho en admitirlo. Sus métodos violentos me generan mucho temor de que se vuelvan en mi contra”.

La investigación permitió también llegar a la conclusión de que hay una clara disparidad entre las conductas de unos y de otros. Mientras los periodistas enarbolan la palabra y la honestidad de su trabajo profesional, le achacan a los barras manejarse únicamente con el lenguaje de la violencia, ya fuera verbal o directamente física.

Los colegas coincidieron en que están en una situación de indefensión casi exclusiva, ya que ni los medios para quienes trabajan, ni tampoco las fuerzas de seguridad son capaces de brindar la más mínima protección cuando la precisan.

En lo estrictamente personal, alejado por un momento del núcleo de esta investigación, creo que vale la pena reflejar un hecho que me tuvo como directo protagonista.

Corría el año 1991 y el por entonces líder de la barra brava de Gimnasia, Marcelo Amuchástegui, Fierro, murió en un hecho que las fuerzas policiales de la ciudad de Rosario catalogaron como un enfrentamiento armado tras haber efectuado un delito común, un robo.

Por entonces, yo trabajaba en el diario *El Día* y conducía también el programa “*Fuera de Juego*” por FM Capital, ambos en La Plata.

El matutino tuvo una cobertura bastante amplia de los funerales de Fierro, que incluyeron un acto en el propio campo de juego de Gimnasia, en el Bosque, con la ceremonia de esparcir las cenizas del malogrado líder en el césped del estadio. Se detalló allí la presencia de un juez federal de La Plata, hincha confeso de Gimnasia, y la noticia mereció no sólo un amplio despliegue, sino también una parte importante de la portada del diario.

Eso generó en un compañero del programa de radio, la necesidad no sólo de reflejar el hecho, sino también de ejercer una fuerte crítica para ese acto y también para la decisión editorial de *El Día*.

En uso de su libertad y de lo que creyó un sano ejercicio de su capacidad crítica, se despachó con duros términos contra todos, menospreciando la figura del carismático líder de la barra tripera y tildándolo directamente de delincuente.

Esto tuvo un efecto inmediato en los propios integrantes de la barra que, alertados por terceros o anoticiados en primera persona de lo que se había dicho, pasaron a la acción.

Al día siguiente, un grupo compuesto por cuatro integrantes de la barra, entre los que se contaba un hermano del fallecido hincha y también los que supuestamente integraban la línea sucesoria en el liderazgo interno tras su muerte, emprendió con furia en la radio al grito de “Vamos a romper todo” y “Nadie va a ensuciar el nombre de Fierro”, tirando todo tipo de

golpes a quien se pusiera en su camino y, efectivamente, desarmando lo que estuviera a su paso.

Solamente la providencia y un segundo de raciocinio de uno de ellos impidió lo que hubiera sido una segura paliza para quienes en ese momento estábamos en el estudio haciendo el programa habitual, aunque hubo que concederles un derecho a réplica que poco tuvo que ver con el sentido de justicia o de ética, sino que estuvo emparentado directamente con el miedo imperante y la necesidad de que aquello acabara lo más rápidamente posible.

Esa sensación de que si un periodista se mete con ellos queda a la buena de Dios es una realidad que los comunicadores platenses dejaron al desnudo, casi con un dejo de profunda resignación. La síntesis la expuso A., 51 años, periodista gráfico y radial: “Cuesta comprometerse porque no tenemos ningún tipo de protección. Hay periodistas que lo pueden hacer porque no tienen contacto diario con ellos y están más amparados. No todos los medios lo hacen de la misma manera. No es ideológico, sino más bien moral este problema. Y después depende mucho de cada medio y cómo lo quiera encarar”.

En la misma senda, pero desde una vertiente totalmente opuesta, los barras también tienen cosas para achacarles a los periodistas. Lo expuso, a su manera, F., uno de los más conspicuos integrantes de “La 22”, la barra brava del Lobo: “Los periodistas hablan de lo que no saben. Siempre ponen cualquier cosa y nos meten en todos los quilombos. Pero no saben que nosotros ayudamos a los barrios pobres que no pueden ir a la cancha, que le llevamos una camiseta a los pibes que no se la pueden comprar, o que a veces le ponemos el pecho a la Policía para que no le peguen a gente inocente. Todo eso no lo dicen. Siempre es más fácil echarnos la culpa de todo. Personalmente, estoy podrido de esa frase de ‘los inadaptados de siempre’ porque no se hacen cargo de decir las cosas como son y meten a todos en la misma bolsa”.

Pero hay un tema que lo saca de su aparente tranquilidad: “Lo que más me jode y me dan ganas de ir a romperles todo, es cuando mienten. Porque nunca vinieron a hablar conmigo o con otro de los muchachos y sin embargo, hablan o ponen giladas. Si tenés tanto huevo para decir esto o aquello, ¿por qué no venís con nosotros y ves si es verdad el cuentito que después inventás? El ejemplo es lo que pasó en ese partido que el Lobo jugó con Boca y que pusieron un montón de cosas que no fueron ciertas. Pusieron que nosotros amenazamos a los jugadores, que los apuntamos con armas de fuego, que hubo jugadores que se largaron a llorar y eso fue todo mentira. ¿Y sabés que es lo más lamentable? Que no había nadie ahí y después armaron una novela terrible. Entonces queda claro que muchos periodistas tocan de oído y no se hacen cargo de lo que dicen. Eso también es violencia. Aunque claro, queda mejor hablar

mal de los pibes de la banda que somos los malos y los violentos. Los periodistas son siempre los buenos y guarda si tocás a alguno porque entonces se arma flor de quilombo”.

El miedo se manifiesta así en dos versiones atípicamente contrapuestas. Los hombres de prensa le temen claramente y la mayoría lo dice abiertamente, al accionar de las barras. Se rinden, rotundamente al poder de la amenaza y a la intimidación física que sobreviene a la misma. Los barras, por su parte, aunque su rol implícito de tipos que se la bancan se lo impida reconocer, le tienen un cierto temor al ejercicio profesional que pudiera poner en evidencia quiénes son, qué hacen y cómo se mueven. Al fin y al cabo, para ellos es un escenario incómodo el que los expone a la consideración pública.

Claro está, no obstante, que los métodos que utilizan son bien distintos y de ninguna manera asoman como compatibles la violencia que esgrimen unos y la denuncia hecha noticia que establecen los otros.

La necesidad de no ser ellos

*“No nos convertimos en lo que somos sino es mediante la negación íntima y radical de lo que han hecho de nosotros”.
(Jean Paul Sartre)*

Si el temor los mantiene a raya, queda claro que, además, estos dos grupos, periodistas y barras bravas, son antagónicos no ya por el lugar que ocupan o por el rol que desempeñan, sino también por la necesidad de diferenciarse del otro. Así como en capítulos anteriores se hacía referencia a que los clubes de fútbol se fueron generando como una necesidad barrial y su crecimiento se vio emparentado con la oposición del otro, también se encuentra un cierto parentesco en la relación periodistas – barrabravas. Pero ahora ya no en el crecimiento por oposición al otro, sino fundamentalmente en la necesidad imperiosa de diferenciarse de ellos. Y en este rubro, la investigación desarrollada permite inferir que es en el grupo de periodistas donde esa sensación se hace más palpable y en muchos casos, explícita: no tienen intención seria, siquiera, de mezclarse en un contacto profesional con los barras.

Lo graficó C., 39 años, platense y corresponsal de un medio nacional: “En lo particular nunca tuve la intención de conocer algo más de ellos. A lo mejor lo asumo como una falla profesional. Pero nunca quise saber algo más. Todo te cambia mucho más desde que tenés familia”.

En la misma sintonía se manifestó S., 30 años, periodista televisivo: “No tuve contacto con ellos ni me interesa hacerlo en el futuro. No creo que merezcan que pierda tiempo en meterme en sus costumbres”.

Asimismo, J., 35 años, se muestra mucho más tajante: “No tengo por qué. Es un problema de los que actúan en el mundo de la seguridad. Lo mío es cubrir fútbol y en ese sentido, los únicos protagonistas son los que entran a la cancha”.

Hay una tesis de que la pertenencia a un grupo o a una comunidad implica compartir el complejo simbólico-cultural que funciona como emblema de los mismos, en lo que los psicólogos sociales han denominado representaciones sociales. En sintonía con ello, podría decirse que pertenecer a un grupo o a una comunidad implica compartir, al menos parcialmente, el núcleo de representaciones sociales que los caracteriza y define.

Definidas como “una forma de conocimiento socialmente elaborado y compartido, y orientada a la práctica, que contribuye a la construcción de una realidad común a un conjunto social”, las representaciones sociales sirven como marcos de percepción y de interpretación de la realidad. Asimismo, se presentan como guías de los comportamientos y prácticas de los

agentes sociales. Así, los psicólogos sociales han podido confirmar una antigua convicción de los etnólogos y de los sociólogos del conocimiento: los hombres piensan, sienten y ven las cosas desde el punto de vista de su grupo de pertenencia o de referencia.

Sin embargo, pueden existir divergencias y hasta contradicciones de comportamiento entre individuos de un mismo grupo que comparten un mismo haz de representaciones sociales.

Caminando por esa senda, queda claro que los periodistas platenses se referencian en esta necesidad no ya de diferenciarse, sino también de alejarse de las antipáticas formas de los barrabravas.

Un ejemplo de esto es la reacción de muchos de los entrevistados cuando en pleno trabajo de investigación se los interrogaba sobre el objeto de estudio y se mostraban sorprendidos por el mismo: “¿Justo con ese tema te vas a meter? Mirá que son peligrosos esos tipos” fue la frase más escuchada. Era otro ejemplo rotundo de la necesidad de no mezclar los porotos y poner a cada uno en el cesto que correspondía.

Era como si los periodistas pidieran, a gritos y con un respeto en el límite del temor, que no se los asociara con ese grupo de violentos que suenan más a delito que a cualquier otra cosa.

“¿En serio te reunís con los barras? Me parece muy riesgoso. ¿Cómo explicarías que estás sentado tomando un café con estos delincuentes?” preguntó M., uno de los consultados en la investigación y quien ostenta más años en el desarrollo de la profesión en la ciudad, descreyendo incluso de la más elemental herramienta de un investigador.

Es que la asociación con estos grupos violentos está indisolublemente atada al desprestigio. Entre los periodistas platenses es tan despreciable el hecho de quedar asociado al accionar o cierto tono de complicidad para con estos personajes oscuros, como es elogiada la tarea de aquellos que, quijotesca, emprenden una pelea por desnudar sus espurias actividades o directamente adoptan una posición de combate contra este flagelo del fútbol moderno.

W., un platense radicado en Buenos Aires pero con relación estrecha con el fútbol platense, lo resume de la siguiente manera: “No me interesa establecer vínculo alguno con ellos. No aman el fútbol y ni siquiera aman los colores que dicen amar. Suelen llegar a la cancha a los 25 minutos del primer tiempo, los desvela más desafiar a la hinchada adversaria que ver el partido, no conocen a los jugadores rivales y a veces ni siquiera conocen a sus propios jugadores. Nada me une a ellos. Eso sí. Me interesa el fenómeno, me ataño estar informado, formarme un juicio, disponer de una posición tomada”.

Esa dualidad asoma como el ideal de los periodistas deportivos en La Plata: estar lo suficientemente alejados como para no salpicarse de todo lo malo que sale del fenómeno

barrabrava, pero al mismo tiempo generar conocimientos que les permitan aproximarse profesionalmente a una correcta cobertura periodística.

Es aquí donde se abre otro capítulo: el de saber efectivamente qué conoce el periodista del fenómeno barrabrava y hasta dónde maneja información calificada.

Los lugares comunes

“Usamos demasiados lugares comunes sin darnos cuenta de que eso es renunciar a pensar”.
(Marcelo Cohen)

Alguna vez un profesor en la por entonces Escuela Superior de Periodismo y Comunicación Social dijo, a modo de ejemplo de lo que no debía ser el ejercicio profesional del periodista, que el peor pecado era esa frase, muy común en las redacciones, que explicitaba que “los periodistas sabemos de todo. Y lo que no sabemos, lo inventamos”.

Quizás por esa irresponsabilidad propia de la soberbia, es que muchos colegas se han ido formando en la falta de profundidad en la más elemental investigación periodística, afrontando el camino, más sencillo y menos jerarquizado, del lugar común, de la frase hecha, de las verdades a medias pero expresadas como dogma. Y también de una realidad, distante, que no se conoce.

Es lo que esta investigación permitió corroborar de manera inequívoca. Hay temas de los que se sabe poco, sobre los que se investiga menos y que, sin embargo, adquieren una entidad importante en determinados momentos, que son cuando se le vuelven en contra a los periodistas. Uno de ellos es el de los barrabravas.

“Hay de todo. Ahora, los que investigan el fenómeno de las barras bravas son muy pocos y también son pocos los que no se dejan engañar por los socios de las barras bravas, por sus cómplices y por los que los ven como muchachos pintorescos” afirma W., con experiencia en investigaciones realizadas en el tema, pero desde un abordaje meramente mediático y con poco rigor científico.

Es en el campo de esta investigación y tanto desde un punto de vista cualitativo como cuantitativo, que se nota en el grupo de periodistas deportivos platenses una tendencia progresiva a los lugares comunes, a la simplificación de tipologías que son más complejas y a la reiteración de ideas que se repiten en los medios sin demasiado análisis de por medio.

Con un agregado importante: no fueron pocos los que dejaron entrever que el hecho de conocer sobre este fenómeno los dejaba más cerca de la complicidad que del rigor profesional. Era como si de golpe, quien tuviera algún conocimiento, estaba más proclive a saludar alegremente el funcionamiento de estos grupos repudiables, que a ser visto como un trabajo profesional o meramente investigativo.

Expresiones como “no conozco sus costumbres ni tengo por qué conocerlas”, “no necesito ni quiero saber qué es lo que hacen”, “conozco su modus operandi y por eso nunca me acerqué”

o la más contundente “meterse en su mundo es darles entidad y convertirse en cómplice” dejaron en claro que hay una marcada tendencia a no tener nada que ver con las barras.

Y por aquello de que no sólo hay que serlo sino también parecerlo, son pocos los que admiten algún interés en profundizar el estudio sobre un fenómeno que afecta la actividad de cada uno de los estamentos del fútbol argentino.

LOS INADAPTADOS.

Uno de los lugares comunes, presente permanentemente en las entrevistas realizadas, fue el de “los inadaptados de siempre”. Esta frase, repetida casi hasta el cansancio, no hace más que reflejar el primero de los lugares comunes en que suelen caer. No resulta necesario recrear las expresiones de los sujetos investigados por reiterativos, pero acaso la que mejor resuma es la de A., 44 años, periodista gráfico: “Los barrabravas son la lacra de este fútbol. Son los inadaptados que le sacan la fiesta a todos los hinchas que quieren ver a su equipo en paz, sin problemas. Pero vienen estos tipos, los inadaptados de siempre, y te complican todo”.

En esa sintonía se manifestaron la mayoría de los periodistas abordados. Sólo hubo una opinión, fundamentada y contundente, en contra de esta posición. La aportó W.: “Son delincuentes orgánicos o mercenarios orgánicos. Nada más alejado que ‘los inadaptados de siempre’. Si alguien está perfectamente adaptado al fútbol argentino es un barrabrava, es decir, un ente funcional a intereses múltiples. Los barrabravas son un eslabón en una monstruosa cadena de complicidades en la que constan dirigentes, jugadores, entrenadores, el Estado mismo y, por qué no decirlo, también los hinchas presuntamente buenos, que secretamente los admiran y hasta en algún caso les piden autógrafos”.

Esta última afirmación remite a otra de las conclusiones contundentes que expusieron los entrevistados: las sociedades de los barras con otros estamentos del fútbol.

LAS COMPLICIDADES.

Si hubo otro aspecto del parecer de los hombres de los medios de comunicación vinculados al deporte que no arrojó divergencias, ése fue el de las supuestas complicidades con otros estamentos del fútbol nacional.

Casi como una letanía, los periodistas remitieron a los dirigentes como el factor más allegado a los barras bravas, sin obviar a jugadores, entrenadores y hasta a las fuerzas de seguridad, o los dirigentes políticos locales.

Valen, para ejemplificar, algunas de las opiniones recogidas en el campo investigativo:

“Son un negocio, con complicidad del Estado, específicamente del área de la seguridad. Tienen connivencia con dirigentes y jugadores que sería de segundo y de tercer orden. Son el último eslabón de esta cadena, pero tienen parte de culpa en este tema”, explicó F.

“Se trata de una organización muy bien diagramada que presta diversos servicios para quienes los necesite, por un valor determinado. Y claro, tienen cómplices dentro del fútbol, que los usan primero y los sufren después”, aportó J.

“Son asociaciones ilícitas que lucran con la connivencia de algunos dirigentes, jugadores y técnicos”, ratificó F.

“La barra brava es un grupo de extorsionadores y delincuentes muy peligrosos usados por los dirigentes y el poder político para sus propios beneficios personales. A veces son usados también por los jugadores y los entrenadores” dijo D.

“Hoy tienen claramente una relación de poder con los dirigentes de turno, ya sea del fútbol en sí, como también del espectro político. Allí están sus principales sostenes para su actividad delictiva” sentenció E.

Queda claro que es unánime la conclusión de que las barras tienen grupos en los cuales sustentan su actividad. En este sentido, los periodistas no dudan en afirmar que los distintos estamentos del fútbol tienen su cuota de responsabilidad en este monstruo que, como un virus de laboratorio, nació sin que le dieran mayor significancia y terminó contagiando a todos.

En esa escala, no fueron pocos los que asumen que ese grado de complicidad está fundamentado muchas veces en el miedo. Como lo explicó M.: “Si nosotros les tenemos miedo, ¿cómo no lo van a tener los jugadores que están desprotegidos, que saben que los van a encontrar todos los días en los entrenamientos y que encima saben que disponen de un status económico que no les hará mella si ponen unos pesitos?”

Asistimos así, en la consideración periodística, a una cadena de complicidades, con objeciones y con atenuantes.

Hay un componente de importante rechazo en la asociación entre las barras y la clase política. Se sostiene que son ellos los que deberían aportar la solución a través de las herramientas del Estado y no convertirse, paradójicamente, en los socios que generan la impunidad de quienes debieran ser los combatidos.

Lo mismo sucede con las fuerzas de seguridad. La sola mención de supuestos acuerdos deriva en el desprecio por los mismos. Justamente son los encargados de reprimir sus acciones los que terminan acordando con el infractor.

Un escalón por debajo asoma la relación barrabrava-dirigente. Se la critica y no se la aprueba, aunque se le da cierta entidad de atenuante. Para ello, se especula con la falta de protección

del Estado. La idea que prima es que si el poder más importante no lo combate, cómo haría un dirigente de un club para hacerlo sin tener herramientas y con menos protección que aquellos. En el final de la escala quedan jugadores y entrenadores. Se les perdona más el hecho de contribuir con la formación y el mantenimiento de las barras bravas por el hecho de su absoluta desprotección.

Claro está, con estos tres protagonistas existe un principio de inocencia por lo citado anteriormente, aunque la crítica dura los alcanza cuando se genera el vínculo con los violentos desde cualquiera de esos estamentos. Lo resumió L. 39 años, periodista gráfico: “Los jugadores no tienen excusa cuando ellos financian el accionar de los barras. Les concedo que muchas veces lo hacen por temor. Pero también a veces los usan. Y me gustaría saber qué pasaría si alguna vez, todos juntos, se pusieran de acuerdo y se plantaran para decirles que no. Alguna vez lo hizo Hugo Gatti, otra vez lo hizo Hugo Villaverde. Y, con alguna dificultad, pudieron seguir adelante. Entonces, ¿por qué no hacerlo?”

LAS COSTUMBRES.

Internarse en el conocimiento que los periodistas platenses tienen respecto al accionar y a las costumbres de las barras bravas remite inmediatamente a uno de los puntos más equidistantes entre lo que efectivamente conocen los profesionales de los medios y lo que pasa dentro de un grupo con características muy marcadas y especiales como ya se vio. No existe ni un conocimiento general, ni tampoco mucha voluntad de internarse en el desentramado de qué son estos grupos, por qué son como son, qué lazos los unen y qué los separa del resto de los protagonistas de este intrincado mundo llamado fútbol.

Quizás la mejor definición la dio M.: “Conozco las costumbres que conocemos todos. No me he metido a analizar en profundidad qué es lo que hacen, cómo son sus movimientos. Pero sí sabemos qué hacen antes de cada partido, que se juntan, que se reúnen en lugares determinados, que reparten las entradas, que entran todos juntos, que llevan las banderas, que se organizan para viajar a las otras canchas”.

Este testimonio, resumen rotundo de todos los recogidos en el seno de la investigación y que mejor refleja lo que los periodistas perciben del fenómeno barrabrava hace referencia solamente a algunos de los lugares comunes que suelen manejar a la hora de la descripción.

Ratificados por el aporte de D.: “Conozco aquellas costumbres que, a esta altura, son de público conocimiento como manejos con la venta de entradas, arreglos de estacionamiento

durante los partidos, compra y venta de ropa del club, etc. Poco más conozco de sus movimientos”.

La síntesis del trabajo en el campo remite a más lugares comunes, en este caso en forma de conductas grupales, que fueron descriptas y resumidas de la siguiente manera:

- a) Reparto de entradas: Es la acción típica, en la consideración de los periodistas, de las barras. Remite a la acción que se desarrolla previa a los partidos y que tiene por objeto que cada uno de sus integrantes ingrese al estadio sin ningún inconveniente, aun en los partidos donde las localidades puedan estar agotadas. Al respecto, la conclusión de sus orígenes es terminante y apuntan a los dirigentes de cada club.
- b) Las banderas: En este caso, se describe el comportamiento habitual de los barrabravas de ser quienes enarbolan las banderas más grandes, o quiénes son los encargados de distribuir cualquier tipo de cotillón especial que se pudiera lucir en un partido determinado, como globos, banderas pequeñas y fundamentalmente, la pirotecnia.
- c) Los viajes: Aquí se describe el método que tienen los barras para poder estar presentes en los distintos estadios donde jugara su equipo, aun sin importar la distancia que medie entre La Plata y ese destino. Para ello se valen de todo tipo de colecta, generalmente obligada, que incluye a dirigentes, entrenadores y jugadores del propio club.
- d) Siempre juntos: Es ésta otra percepción que dejaron las entrevistas con los periodistas platenses. Los barras raramente se mueven solos. Pero lejos de tratarse de grupos que arriban en procesión, para los hombres de los medios, la formación grupal se da en las cercanías del estadio y sólo un rato antes de cada partido. Allí es donde, presumen, entran en acción como tales, como si se tratara simplemente de una puesta en escena o más bien de la interpretación de un rol que hasta entonces no desempeñaban.

LA FINANCIACIÓN.

En este punto hay sí, una idea más elaborada y por ende menos vaga de cuáles son los resortes que manejan los grupos violentos para llevar a cabo sus actividades. Los periodistas remiten, inequívocamente, a dos aspectos fundamentales de cómo se financian: la venta de las entradas y las colectas forzosas.

En el primero de los casos se hace referencia al muy buen número de entradas que las barras reciben fecha a fecha, que les permite no ya solamente ingresar a los estadios sin tener que

desembolsar dinero de sus propios bolsillos, sino también ponerlas a la venta y con eso solventar todos sus movimientos.

En el segundo, la idea predominante es el dinero que reciben de entrenadores, jugadores, dirigentes y hasta a veces de socios muy caracterizados y poderosos, que suelen constituir sumas poderosas que se invierten tanto en la logística (traslados y cotillón) como en el accionar diario de los integrantes de esas barras.

Apenas uno de los entrevistados aportó un dato, real y concreto por otra parte, que se mostró como distintivo de lo anterior: venta de merchandising y explotación de estacionamientos.

Surgidos desde la más absoluta informalidad, estas dos actividades también aportan a la causa: hay barras que tienen ropa de los clubes que a veces venden para recaudar dinero y son ellos los que dominan los sectores para estacionar vehículos, cercanos a los estadios, donde cada concurrente debe dejar un dinero que luego se reúne y se destina a los mismo fines: el mantenimiento barrabrava.

LA ACCIÓN.

En este punto se presenta un lugar común muy firme, pero también teñido de parcialidad, esta última tomada como oposición a la totalidad y no respecto a su subjetividad.

Los periodistas deportivos platenses creen, están convencidos, así lo manifiestan, que la acción de estos grupos empieza y termina un rato antes y un rato después de cada partido.

Obvian lo que este trabajo investigativo corroboró en el campo que podría llamarse “militancia barrabrava”.

En efecto, el pertenecer a estos grupos y reconocerse en sus múltiples implicancias internas no es cosa de un rato. Como ya quedó expresado en capítulos anteriores, los barras se mueven en un espacio mucho más amplio que el que atañe a los estadios de fútbol y su identidad se construye mucho más allá de un partido de fútbol.

Resulta claro que el embrión de su formación pasa por la afiliación a un club, a sus colores y a su camiseta. Pero los trasciende completamente hasta convertirse todos en militantes de las barras mismas.

Es verdad que hay un sentido de pertenencia férreo y muy arraigado, como lo demuestra su propia piel: “Estamos en presencia de un cuerpo que habla, que expresa, que comunica y de esta forma, construye identidad. Un cuerpo que habla el lenguaje del ‘aguante’. Sus mensajes identitarios se dejan develar a través de marcas, cicatrices y también de palabras” (17).

Pero también queda claro que hay personajes que exceden la mera pertenencia a una hinchada de fútbol y se producen los insólitos pases de hinchas, de un club a otro, práctica referida únicamente a jugadores. Como lo aporta M.: “Son profesionales. Como nosotros en el periodismo, ellos son profesionales en lo suyo, vinculados al fútbol. Pasan de club a club si es necesario y venden su aliento”.

La referencia no es casual. Hay registros de barrabravas claramente identificados con un club y que, en determinadas circunstancias, aparecen en las tribunas de otros clubes aportando su aliento. Hay, en este sentido, una mercenarización del aliento.

Toda esta militancia, este sentido de la pertenencia, es una variable que el periodismo deportivo platense desconoce o, cuanto menos, subvalora. La investigación dejó como conclusión contundente que la creencia general pasa porque los barrabravas se juntan un rato antes del partido cuando su equipo juega de local o unas horas antes cuando tienen que viajar a un estadio visitante, que arman su escenario en las tribunas y que un tiempo después de cada partido guardan sus trajes y su ornamentación hasta la próxima cita.

Queda claro que es la falta de investigación en la materia el principal sostén de esta creencia periodística acerca de la acción de los barrabravas asociada únicamente al episodio de cada partido.

Conclusiones

A lo largo de este trabajo he presentado a los dos grupos que fueron objeto de estudio, como asimismo un contexto teórico y social para comprender el marco en el que se desarrollan la actividad de los periodistas deportivos de La Plata y el accionar de los llamados barrabravas del fútbol.

El camino por el campo de investigación en estos dos grupos bien diferenciados, la confrontación de los datos recogidos y sobre todo la vivencia cotidiana con los mismos en un tiempo prolongado de investigación, permiten arribar a conclusiones valederas que ratifican, en parte, las presunciones iniciales en el momento de plantear la hipótesis de trabajo y orientar el sentido de la tesis.

Hay una realidad, profunda, compleja, entramada, que conforman las barras bravas que, en general, es desconocida en el periodismo platense.

Esa construcción social, con reglas que la legitiman y con sentido de pertenencia muy marcado, es ajena a quienes trabajan en los medios de comunicación.

En el capítulo 4, profundicé sobre los conceptos de militancia y puesta en escena de las barras bravas.

El primero de ellos, en definitiva, no es más que esa pertenencia al grupo que lo identifica, y a la serie de representaciones que supone la integración del mismo. Es, como dice Durkheim, “el grupo el que por un lado presiona al individuo para actuar en ciertos sentidos y por otro contribuye a la estabilización de su situación personal”.

Ser barrabrava, entonces, remite a algo mucho más profundo que el pararse en una tribuna y alentar a su equipo, o a armar movilizaciones a determinados estadios para seguir al mismo, estando preparados para la batalla contra otra barra brava si así fuera necesario.

El segundo, por su parte, no es otra cosa que la faz pública de esos usos y costumbres, traducida en su presencia en el antes, durante y después de un partido de fútbol.

Ese sentido de grupo, de cohesión social, es la que los periodistas ignoran, desconocen o en algunos casos directamente descartan y hasta desprecian.

Entonces, la visión que tienen de los que ellos mismos reconocen ya como protagonistas indeseados pero presentes, termina siendo parcial.

Y es en el ejercicio cotidiano de la profesión, pero también en el rol de investigador, que me permito afirmar que no contribuye a la comprensión del fenómeno y, en consecuencia, a la

profundización del mismo, adquiriendo elementos que pudieran combatirlo si esto fuera preciso.

Hay otra conclusión que arroja esta investigación: los periodistas platenses, a todas luces, tienen una visión lejana y siempre no participante de las barras bravas. Son pocos, por no decir nadie, los que se animan al mínimo contacto con los llamados “personajes”.

La explicación más rotunda de esta distancia es el miedo. Efectivamente, esa palabra flameó permanentemente en la interacción con los colegas platenses. El temor a sus prácticas, el miedo a represalias si se entra en confrontación con ellos y la necesidad de sentirse directamente parte de otro grupo sin el más mínimo contacto con las hinchadas, son los disparadores que actúan de manera inequívoca y rotunda en la conducta de los hombres de los medios de comunicación para no establecer puntos de contacto.

En todo momento es preferible mirar de lejos y dirigir sus conductas profesionales a las barras bravas sólo si la puesta en escena de ellos así lo exige en el desarrollo de sus actividades.

Parafraseando a William Sumner, quien elaboró los conceptos del *grupo propio* y del *grupo ajeno*, podría convenirse, en cuanto el primero está unido por el "sentimiento del nosotros" y el segundo por el de ser "los otros", que a los periodistas les cabe perfectamente esta explicación sintiéndose claramente parte de un grupo, por oposición al otro.

Esta diferenciación remite a lo que he denominado lugares comunes del periodismo en relación al tema, que se repiten, tal su concepción, casi como latiguillos a los que en determinadas situaciones, les falta contenido y profundidad.

El más común y que asoma como sintomático para explicar esta conclusión, es el de “los inadaptados de siempre”. Esta expresión, muy difundida cuando los barrabravas asoman en el escenario futbolístico, no hace más que dejar en claro la falta de investigación en el tema en el campo de los medios de comunicación.

Si hay algo que tienen las hinchadas en el fútbol argentino, justamente es la adaptación al sistema.

Las profundas relaciones con los dirigentes políticos territoriales y con los dirigentes de las instituciones futbolísticas así lo demuestran. También lo ratifican las facilidades que encuentran para manejarse naturalmente frente a jugadores y entrenadores, o en los espacios propios de los hinchas, las tribunas, donde son respetados y a veces reconocidos.

Asimismo, quedó flotando en la investigación una doble sensación respecto a la conducta de adentrarse en el fenómeno de las hinchadas y sus signos violentos.

El primero fue el de una dosis de valentía que podía adjudicársele a quien desandaba ese camino, asociándolo con el peligro latente al que se enfrentaba y a la desprotección que los

medios de comunicación, entendidos ya desde la relación laboral empresa-empleado, brindan a los periodistas, y a la falta de seguridad que podría tener un periodista en la interrelación con los barras.

El segundo está asociado a una cuestión ética. Existe una sensación, semiplena podría decirse, de que el de las barras bravas es un territorio donde las buenas personas no deberían inmiscuirse aun cuando se tratara de una situación temporal y académica como lo es una tesis de grado.

Por el contrario, no podría afirmarse que los periodistas tocan de oído o hablan de un tema sin saber. Es verdad que no hay investigación, que algunos datos son vagos y que no hay interés en profundizar la dinámica de estos grupos para entender por qué actúan como lo hacen. Pero al mismo tiempo, existe una base de la cual parten los periodistas para tratar el tema que tiene validez y veracidad.

A grandes rasgos, podría convenirse que todo lo que tiene que ver con la puesta en escena es conocido y bien manejado por los hombres de prensa. Que se conoce la relación entre los protagonistas del fútbol y estos actores a los que se quiere darles un papel secundario que por cierto ya no tienen. Que no son ajenas las prácticas recaudatorias de las hinchadas ya fuera por el reparto de entradas por parte de los dirigentes o las colectas forzosas y forzadas que deben realizar jugadores y entrenadores.

Tampoco son ajenas a los periodistas actividades las delictivas o en la cornisa de serlo, que practican miembros de las barras bravas, aunque en este caso, con mayor vaguedad y por ende, menor precisión.

Sin embargo, el conocimiento general queda allí. Y eso excluye el análisis más profundo.

Estas son las conclusiones que arroja el trabajo de investigación. Existe una realidad profunda, intrincada, compleja, de resortes propios, que es cada día más importante dentro del fútbol argentino: las hinchadas.

Y asoma como un desafío cada vez más trascendente para una obligación profesional mediática conocerla en profundidad. Eso contribuiría a edificar un discurso más completo en el tratamiento periodístico de sus acciones.

Sin embargo, por el momento, hay pocos dispuestos a recorrer ese camino. El miedo y la inseguridad que ello conlleva son barreras que, parece, no pueden ser superadas.

Pero al mismo tiempo surge un reclamo casi corporativo en los comunicadores, respecto a por qué tienen que ser ellos los que se pongan a combatir, más allá del fenómeno de análisis que sí les es propio, un tema que, entienden, está más relacionado con la conducción del Estado y

con las políticas de seguridad, al punto de plantear si es el rol de un periodista combatir o al menos denunciar esta problemática.

De uno u otro modo, la presente investigación concluye con la certeza de haber recorrido un camino que pueda aportar elementos importantes en el análisis de este fenómeno, especialmente para los colegas que admitieron desconocerlo en profundidad.

Citas

- (1) BISQUERRA, Rafael. “Metodología de la investigación educativa”, Madrid, Ediciones CEAC, 1996. Pág. 275.
- (2) BISQUERRA, Rafael. “Metodología de la investigación educativa”, Madrid, Ediciones CEAC, 1996. Pág. 283.
- (3) LLONTO, Pablo. Revista “Caras y Caretas” N° 2229, Buenos Aires, 2008. Pág. 50.
- (4) ALABARCES, Pablo, Reportaje en el diario Perfil, Buenos Aires, 5 de noviembre de 2006.
- (5) SEBRELI, Juan José. “Fútbol y masas”, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1981. Pág. 15
- (6) GALEANO, Eduardo. “El fútbol a sol y sombra”, Buenos Aires, Catálogos, 1995. Pág. 33
- (7) DUNNING, ERIC. “Sport matters: Sociological Studies of Sport, Violence and Civilisation”. Londres, Routledge, 1999
- (8) REVISTA EL GRÁFICO, 9 de agosto de 1930
- (9) MONSIEUR PERICHON. “Shot al arco”, Buenos Aires, Anaconda, 1953, Pág. 20
- (10) BUYTENDIJK, Jacobus. “El juego y su significado”, Madrid, Revista de Occidente, 1935, Pág. 227
- (11) Entrevista en el diario Perfil, 4 de noviembre de 2007
- (12) TERAN, Oscar. “Nuestros años setentas”, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1993, Pág. 47
- (13) ROMERO, Amílcar. “Muerte en la cancha”, Buenos Aires, Nueva América, 1985, Pág. 76.
- (14) HOBBSWAM, Eric. "La política de identidad, la izquierda", Lima, Revista Nexos, 1996
- (15) ZAMBAGLIONE, Daniel. “El aguante en el cuerpo”, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Tesis de Maestría en Educación Corporal, 2008, Pág. 23
- (16) Entrevista en el diario La Nación, 26 de diciembre de 2007
- (17) ZAMBAGLIONE, Daniel. “El aguante en el cuerpo”, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Tesis de Maestría en Educación Corporal, 2008, Pág. 64

Bibliografía

- ALABARCES, Pablo. *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2004
- ALABARCES, Pablo. *Hinchadas*, Buenos Aires, Prometeo, 2005
- ARCHETTI, Eduardo. *Fútbol y ethos*, en Monografías e informes de investigación, Buenos Aires, FLACSO, 1995
- ARCHETTI, Eduardo. *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*, Buenos Aires, Antropofagia, 2003
- BISQUERRA, Rafael. *Metodología de la investigación educativa*, Madrid, Ediciones CEAC, 1996
- BUFORD, Bill. *Entre los vándalos*, España, Editorial Anagrama, 1992
- BUYTENDIJK, Jacobus. *El juego y su significado*, Madrid, Revista de Occidente, 1935
- DUNNING, ERIC. *Sport matters: Sociological Studies of Sport, Violence and Civilisation*,. Londres, Routledge, 1999
- DURKHEIM, Emilio. *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Editorial Prometeo, 2004
- ECO, Umberto. *Cómo se hace una tesis, Técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura*, Barcelona, Gedisa, 1994.
- GALEANO, Eduardo. *El fútbol a sol y sombra*, Buenos Aires, Catálogos, 1995
- GARRIGA ZUCAL, José. *El aguante: Prácticas Violentas e identidades de Género Masculino en un grupo de simpatizantes del fútbol Argentino*, Tesis de Licenciatura en Antropología Social, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 2001
- GOMIS, Lorenzo, *Teoría del Periodismo*, Barcelona, Paidós Comunicación, 1991
- HALPERIN, Jorge. *La entrevista periodística*, Buenos Aires, Paidós, 1995
- HOBSBWAM, Eric. *La política de identidad, la izquierda*, Lima, Revista Nexos, 1996
- LEVER, Janet. *La locura por el fútbol*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983
- LEVINSKY, Sergio. *El negocio del fútbol*, Buenos Aires, Editorial Corregidor, 1995
- MACAYA MARQUEZ, Enrique. *Mi visión del fútbol*, Buenos Aires, Grupo Editorial Temas, 1996
- MONSIEUR PERICHON. *Shot al arco*, Buenos Aires, Anaconda, 1953
- PASQUALI, Antonio. *Comunicación y cultura de masas*, Caracas, Monte Ávila, 1972
- RANDALL, David. *El Periodista Universal*, Madrid, Editorial Siglo XXI, 1999
- ROMERO, Amílcar. *Deporte, violencia y política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985
- ROMERO, Amílcar. *Muerte en la cancha*, Buenos Aires, Editorial Nueva América, 1986
- SCHER, Ariel y PALOMINO, Héctor. *Fútbol: pasión de multitudes y de elites*, Buenos Aires, Cisea, 1988

- SEBRELI, Juan José. *Fútbol y masas*, Buenos Aires, Editorial Galerna, 1981
- SUMNER, William. *Folkways*, Berlín, Bhorman Editorial, 1967
- TERAN, Oscar. *Nuestros años setentas*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 1993

Documentos

- AZKARGORTA, Xavier, *Cuadernos de psicología del deporte*, ISSN 1578-8423, Vol. 4, N°. 1-2, 2004 , pags. 153-158
- GARRIGA ZUCAL, José. “Acá es así. Hinchadas de fútbol, violencia y territorios”, en *Acá, Revista de Antropología*, número 9, Universidad Nacional de Misiones, Posadas, Argentina, 2006
- LLONTO, Pablo. Caras y Caretas, Edición 2229, Buenos Aires, Año 2008
- LOPEZ Andrés y LOPEZ Mariano, *Primeros apuntes de la historia del periodismo deportivo en Argentina*, Texto de Periodismo Deportivo I, de la FPyCS de la UNLP, 2009
- TORRE, Alfredo. *La negociación periodística*. Pdf, publicación del taller de Periodismo de Investigación de la FPyCS de la UNLP, 2003. También en <http://www.saladeprensa.org/art528.htm>
- ZAMBAGLIONE, Daniel. *El aguante en el cuerpo*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Tesis de Maestría en Educación Corporal, 2008
- Archivos de los diarios El Día, Hoy, Diagonales, Clarín, Olé y La Nación, y de las revistas El Gráfico y Caras y Caretas